

CAPÍTULO X

Carmelita de Corazón.

La vida humana es una peregrinación del corazón del hombre hasta el corazón de Dios. A lo largo de ella no todos los hombres y mujeres encuentran fácilmente el rumbo, algunos ni siquiera lo encuentran, pero otros, como Madre Clara María de Jesús, cuando lo encuentran no se apartan nunca de él hasta descansar en Dios.

El camino de Madre Clarita fue el del Carmelo.

El título de *Santa María del Monte Carmelo* está vinculado a una Orden Religiosa que se originó a mediados del siglo XII, precisamente en el Monte Carmelo en la tierra de Galilea.

El hecho de haber nacido en el Carmelo, un monte con referencias bíblicas muy importantes, pone a la Orden del Carmen en una doble vinculación: la primera, al Profeta Elías y la experiencia contemplativa y, la segunda, quizás la más importante, a la Santísima Virgen María como modelo perfecto del seguimiento de Cristo.

La difusión de la Orden, tanto masculina como femenina, en Europa y luego en América, lleva consigo la expansión geográfica de la devoción a Nuestra Señora del Carmen, de manera especial, a través del Escapulario y los privilegios con el que los papas lo han enriquecido.

Grandes exponente de la santidad del camino carmelitano son *Santa Teresa de Jesús* y *San Juan de la Cruz*, ilustres reformadores de la veneranda Orden del Carmen.

Nuestra Señora del Monte Carmelo, más que una imagen con características determinadas, o ciertas formas de culto mariano, representa para el devoto, sobre todo para los y las Carmelitas, un ideal concreto de seguimiento de Cristo, tal como lo afirman notables estudiosos del tema carmelitano.

“En la tradición primitiva del Carmelo, María es simplemente la Señora tal como resulta en el contexto del Evangelio, la purísima Virgen María que acoge y guarda en su corazón la Palabra de Dios y que con su “sí” se convierte en la Madre del Hijo de Dios hecho hombre. Sin querer acentuarlo demasiado se dirá que los hermanos del Carmelo miran a María de Nazaret, la Esclava del Señor, como inspiradora, guía, señora de su vida, centrada en la custodia contemplativa de la Palabra. Por eso la verán como Madre y Hermana al mismo tiempo, en una atmósfera orientada a seguir sus pasos y a vivir en plenitud la vida teologal ‘en el servicio de Cristo’, dentro de un clima de sencillez y austeridad.”

Los y las Carmelitas miran el ideal de su vida encarnado en la Santísima Virgen María.

Las Ordenes Mendicantes, surgidas en la Iglesia principalmente en los siglos XII y XIII de nuestra era común, quisieron que los laicos y los clérigos que no se sentían llamados a la Vida Religiosa, pero deseaban alcanzar la plenitud de su vocación cristiana viviendo secularmente, participaran también de su espiritualidad y de su apostolado. Así surgen las Ordenes Terceras, o simplemente los terciarios, como un grupo de personas seglares que atraídos por el carisma y la espiritualidad de una orden religiosa quieren vivir de esa manera.

Las Reglas propias de las órdenes terceras establecen las formas de incorporación, el período de prueba necesario o noviciado, las condiciones para la consagración o profesión, los distintivos o hábito, las obligaciones y los derechos de los miembros y, también, el modo de dejar de pertenecer a ellas.

Franciscanos, dominicos y carmelitas tuvieron, en muchas partes del mundo, florecientes órdenes terceras.

El “Manual de la Orden Tercera Seglar de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo y de la Santa Madre Teresa de Jesús”, publicado en Burgos, España, en 1921, definía así la Tercera Orden del Monte Carmelo:

“...es una asociación de personas que, bajo la protección de la Augusta Reina del Carmelo, y procurando imitar a tantos santos, cuyas virtudes ilustraron a su gloriosa Orden, aspiran a la perfección cristiana en la mejor forma que su estado les permite, según el espíritu y bajo la dirección de los Carmelitas Descalzos.”

La Cofradía de Nuestra Señora del Monte Carmelo fue erigida en Santa Tecla, el 7 de junio de 1866, por ***Monseñor Tomás Miguel Pineda y Saldaña***, con la licencia del Superior General de la Orden del Carmelo Descalzo, ***Fray Ángel Savini***, del 20 de julio de 1864.

La inauguración de la Cofradía de Nuestra Señora del Carmen erigida en Santa Tecla se realizó el día 29 de julio de 1866. El Libro de Actas de la Hermandad del Carmen recoge lo acontecido en aquella primera sesión:

La inauguración de la Cofradía de Nuestra Señora del Carmen en Santa Tecla se realizó el día 29 de julio de 1866. ***“....se reunió el Capítulo en casa de la Sra. Doña Mercedes Montoya, presidido por el Señor don León de Jesús Castillo⁶, Hermano de Hábito, descubierto por ocupación urgente del Señor Presbítero Don Juan Menéndez, Cura Párroco de esta Ciudad y Prior de esta comunidad; y se eligieron los oficiales que deben componer la Cofradía y son los que adelante se expresan:***

⁶ Don León Castillo fue un elemento fundamental en la extensión de la devoción a la Virgen del Carmen en Santa Tecla y en El Salvador. “Nació en San Salvador el 11 de octubre de 1813 y fueron sus padres el gran mártir de la independencia Don Pedro Pablo Castillo y Doña Francisca Alegría Aquino. Don León Castillo acompañó a Morazán en muchas funciones de armas; y a las órdenes del valiente General Don Carlos Salazar asistió a la acción de Villanueva, en la que salió herido gravemente.

Formó parte del ejército que el General Malespín llevó a Nicaragua, estuvo en el sitio de León y de regreso a la patria dejó el servicio militar.

En ocasión en que estuvo en inminente peligro de muerte, prometió a la Virgen del Carmen entregarse a su exclusivo servicio, si lograba salvar la vida.

Obtenido esto, cumplió su ofrecimiento como cristiano y como caballero.

Aquella mano de joven guerrero que empuñó la espada para señalar a sus soldados el camino de la victoria, en sus días postreros levantó un crucifijo para señalar a sus hermanos el camino del cielo.

En pobre lecho lo encontró la muerte, cuando el viejo soldado ya no oía el clarín que lo llamaba a la pelea, para escuchar la campana que lo invitaba a la oración.” Víctor Jerez, Coronel Don León Castillo, en: **San Salvador y sus Hombres**, (Dirección de Publicaciones del Ministerio de Educación, San Salvador 1967) 157-158.

Presbítero Don Manuel Menéndez, Prioste
Hermano Mayor y Tesorero Interino, Don León de J. Castillo.
Secretario: León Cañas.
Definidores: Don Gregorio Valle y Don Matías Alcaine.
Colector o muñidor: Don Ángel Orellana.
Celadores: Manuel Velásquez y José María Peraza.
Enfermero: Joaquín Castillo y Timoteo Navas.
Sacristanes: Gabriel Hernández Navas.

HERMANAS.

Priora: María Yúdice de López.
Maestra: Mariana Paredes.
Definidora: Manuela Delgado.
Benita San Martín.
Celadoras: Coronada Mesa,
Marcelina Martínez.
Felipa Tijerino.
Paula Rocha.
Enfermera: Dolores López.”

El Manual de la Tercera Orden del Monte Carmelo establecía que todo varón o mujer bautizados, mayores de veinte años, que no pertenezcan al estado religioso, de buena fama y deseosos de alcanzar la perfección cristiana podía formar parte de la Hermandad del Carmen. El proceso de incorporación a ella era gradual, comenzando con el Postulantado que duraba dos meses, transcurridos los cuales se recibía el hábito o escapulario y daba inicio el período de prueba del Noviciado, que solía durar un año, después del cual se hacen los votos privados de castidad y obediencia. Tal es por lo menos el procedimiento de incorporación que se deduce de las Reglas de la Orden Tercera del Carmen, que se encuentra en el Archivo General de las Hermanas Carmelitas de San José.

La Orden Tercera del Monte Carmelo no sólo participa a su manera de las gracias espirituales de las que gozan los Carmelitas y las Carmelitas descalzos, sino, y sobre todo, de su espiritualidad, fundamentada, principalmente, en la doctrina de sus grandes santos reformadores y doctores de la Iglesia San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús.

En realidad la espiritual carmelita es aquel estilo propio de vida cristiana que tienen los hermanos y hermanas de la Orden de Nuestra Señora del Monte Carmelo. El estudioso de la espiritualidad carmelita **Ermanno Ancilli**, afirma que: ***“El elemento fundamental de la espiritualidad del Carmelo, es la búsqueda de la unión con Dios. La conquista y el goce de su intimidad. Este ideal y esta aspiración profunda iluminan toda la vida carmelitana, dan unidad y objeto a sus prácticas ascéticas y a sus actitudes interiores, están a la base de su concepción de la perfección sobrenatural.”***

La experiencia espiritual carmelitana nace de la vivencia de la presencia de Dios en el alma creyente por el amor y por la gracia. La Trinidad Santísima mora habitualmente en el corazón del justo.

Si la inhabitación de la Trinidad en el alma del creyente es la meta de toda la vida espiritual, alcanzarla supone un proceso constante y esforzado de búsqueda de Dios, abnegación de sí mismo y apertura incondicional a la acción de la gracia. Es lo que San Juan de la Cruz denominaba la Subida al Monte Carmelo.

Todo ello supone en la espiritualidad carmelitana la centralidad de la contemplación, como disposición espiritual que prepara al encuentro con Dios profundo, amoroso, fructivo, creyente. La vida contemplativa gira de tal manera solo en torno a Dios, que **Santo Tomás de Aquino** dirá : ***“Que se tiene vida contemplativa cuando Dios es la realidad que más se desea y se busca, que procura mayores satisfacciones, y que más deseáramos compartir con los demás.”***

La vida contemplativa propia de los y las carmelitas está orientada a Dios, por medio de la fe y del amor, en una escucha atenta de la Palabra Divina. Es claro que la espiritualidad tiende al encuentro amoroso habitual con el Señor y prepara para él, aun reconociendo su esencia de don, mediante la negación de uno mismo tal como lo afirma San Juan de la Cruz: ***“Para venir a gustarlo todo, no quieras tener gusto en nada.”***

Los y las Carmelitas son hombres y mujeres orantes, porque dentro de espiritualidad el camino de la contemplación implica necesariamente la práctica perseverante de la oración. Así lo enseña Santa Teresa de Jesús: ***“Todas las que traemos este hábito sagrado del Carmen somos llamadas***

a la oración y contemplación, porque este fue nuestro principio, de esta casta venimos de aquellos padres nuestros del Monte Carmelo, que en tan gran soledad y con tanto desprecio del mundo buscaban este tesoro, esta preciosa margarita.”

La vida de oración, alma de la espiritualidad carmelita, comprende la meditación, la plegaria litúrgica y el ejercicio de la presencia de Dios.

Toda espiritualidad está centrada en Cristo, la carmelitana también. El seguir e imitar a Cristo permite al alma creyente vivir inmersa en los misterios de Cristo, de tal forma que alcance la unión más íntima y vital con El.

El Carmelita descubre en Cristo la expresión más clara del amor de Dios y, a la vez, una nueva manera de vivir en el amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Sor Isabel de la Trinidad escribió: *“La misión de la Carmelita es verdaderamente sublime: debe hacerse mediadora con Jesucristo; debe ser para El como una humanidad sobreañadida, en la cual pueda perpetuar su vida de reparación y sacrificio.”* Por su inmersión en el misterio pascual de Cristo, el y la carmelita, ofrecen al Padre el sacrificio de su propia vida y de esa manera participan en la misión redentora del Mesías.

Otro de los rasgos que definen a la espiritualidad carmelitana es su riquísima vertiente mariana. La espiritualidad de los Carmelitas es ciertamente cristocéntrica, pero, precisamente por eso, es también mariana.

“En el Carmelo, la Virgen es considerada no sólo como objeto de culto y de un apostolado específico, sino como ejemplo y camino para alcanzar la unión y la intimidad más profunda con Dios. El misterio interior de María, por la fidelidad a la divina Palabra bajo la acción del Espíritu Santo, encarna admirablemente el ideal de la orden en lo que tiene de esencial y sublime.....La devoción carmelitana a la Virgen como realidad vivida se manifiesta en mil gestos de respeto y afecto devoto, en un testimonio de confianza ilimitada, y sobre todo en el esfuerzo por copiar sus rasgos espirituales, participar en sus sentimientos de amor y de entrega al servicio de Dios y de los hermanos. La imitación de María,

para el Carmelita, no se limita a un solo aspecto o momento de su vida, sino que tiene como objeto principal su actitud interior, de adoración ininterrumpida del Verbo. Viviendo en la intimidad con María y contemplando sus virtudes, el alma se vuelve cada día más recogida en Dios, más desapegada del mundo y sus vanidades, más contemplativa.”

Como todo cristiano, el Carmelita también es llamado a vivir una vida en unión con Dios, que tiene que realizarse en un ambiente de abnegación, de renuncia, de nada. Esta unión no se realiza si primero no se ha renunciado efectivamente al afecto de las criaturas. En la espiritualidad del Carmelo esta renuncia se hace a un doble nivel: El desarraigo a las cosas exteriores y la negación de sí mismo.

El desarraigo de las criaturas, no consiste en el aborrecimiento de las cosas creadas, ni en el apartamiento del mundo concebido como malo, sino en el esfuerzo generoso por encontrarse con Dios, sumamente amado, frente al cual las demás cosas cobran un valor solo relativo.

El desapego de lo creado es sólo el primer escalón, la condición necesaria para el segundo, que es la renuncia al propio yo, con todas sus pulsiones, deseos, inclinaciones, caprichos, etc. Sin “odiarnos a nosotros mismos” no podemos tener la apertura necesaria a la gracia y a las mociones que vienen de Dios y nos enrrumban por el camino de la perfección cristiana.

En la visión carmelitana el apostolado es una consecuencia necesaria, un fruto, de la vida interior y una manifestación del amor de Dios.

El apostolado carmelitano tiene como connotación esencial la dimensión testimoniante, por eso se orienta preferentemente a aquellos apostolados que tienden a fomentar en los fieles el encuentro profundo con Dios mediante la contemplación de las cosas divinas.

Ha sido una larga, pero necesaria, digresión intentar perfilar las notas más importantes de la Espiritualidad Carmelita, siguiendo muy de cerca a un especialista, porque es conforme a ella, enmarcada en la realidad salvadoreña, que Madre Clara María de Jesús vivió su itinerario espiritual carmelitano que comienza el miércoles 16 de julio de 1879, día en todo memorable, cuando de manos del **Pbro. Don José Antonio Villacorta**, Cura de la Parroquia de La Inmaculada Concepción de Santa Tecla, recibe

el santo escapulario de la Virgen del Carmen. Doña Clara Quirós de Alvarado tenía 22 años.

El escapulario de la Virgen del Carmen....”*El escapulario es un pequeño hábito y ‘quien lo viste -como afirmó exactamente Pío XII- se asocia por medio de él, de forma más o menos estrecha a la Orden Carmelitana’. Por eso mismo tiene que sentirse comprometido a una dedicación especial a la Virgen, a su culto, a su imitación, elementos esenciales de aquella vocación carmelitana que es de la que les hace partícipes en la Iglesia el escapulario... Para todos los que lo visten como ‘vinculo especial de amor a la misma familia de la bienaventurada Madre’- según escribió Pío XII el 11 de febrero de 1950- es preciso que el escapulario se convierta ‘ en memorial de la Virgen, espejo de humildad y castidad, breviario de modestia y sencillez, elocuente expresión simbólica de la plegaria de invocación de la ayuda divina.’”*

Amor, consagración, imitación, son las notas esenciales de ese signo sencillo que es el escapulario y fueron las aspiraciones compromiso con que Doña Clara de Alvarado lo recibió. Como un tesoro se conserva en el Archivo de las Hermanas Carmelitas de San José la patente que el P. Villacorta extendió a Doña Clara Quirós de Alvarado el día en que fue revestida con el Santo Escapulario de la Virgen del Carmen.

La pertenencia a la venerable Hermandad de Nuestra Señora del Carmen orientó la vida de Doña Clara Quirós de Alvarado, porque la centró totalmente en el amor de Cristo Jesús y de su Santísima Madre, bajo la advocación del Carmen. La espiritualidad Carmelita infundida en las reuniones de la Hermandad fue motivando el camino espiritual de Doña Clara de tal manera que su vida pertenecía sólo a Dios y a su Virgen del Carmen.

Las personas que le conocieron, hablan del gran dominio que tenía Madre Clara María de los textos fundamentales de los maestros carmelitas de la espiritualidad Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz. Este conocimiento es posible descubrirlo fácilmente en sus escritos poéticos, en donde muchas de las imágenes utilizadas tienen la remembranza del lenguaje poético de los místicos carmelitas castellanos. En este punto la Madre Genoveva del Buen Pastor anota: “ *Las amigas conociendo sus necesidades la ayudaban, pero ella, mujer fuerte, como la que pinta la Sagrada Escritura, trabaja día y noche, sin dejar por eso sus prácticas de*

piEDAD, que era el pan que la robustecía y sostenía. La meditación y la lectura de autores sagrados, como predilectos eran Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz (éstos se los sabía de memoria), San Agustín y otros....”

La otra vertiente en donde se manifiesta el dominio de Madre Clara de la vida y espiritualidad carmelitana, es en la manera como entiende y organiza la vida de sus Carmelitas de San José: el trabajo, el silencio, la alegría, la oración, la austeridad, el recogimiento y la soledad, son pautas que ha recogido de la Madre Santa Teresa de Jesús.

Sus directores espirituales, también iluminarían los puntos difíciles de los escritos de los maestros carmelitas y, de esta manera, ella se irá adentrando en los arduos caminos de la vida de oración y en el conocimiento profundo de la doctrina que la fundamenta.

Doña Clara Quirós de Alvarado era muy joven cuando recibió el Escapulario, de manera que la mayor parte de su vida transcurre a los pies de Nuestra Señora la Virgen del Carmen.

la Tercera Orden de Nuestra Señora del Monte Carmelo la dimensión contemplativa es fundamental, pero el apostolado también forma parte de lo que un terciario está llamado a hacer como parte de su consagración a la Virgen. Hemos visto en la Patente de Madre Clara María toda una serie de actividades que un terciario carmelita está llamado a realizar, desde la participación en la Santa Misa, hasta acompañar a un cadáver a su última morada; en realidad, en la patente se da al bautizado que recibe el santo Escapulario un compendio maravilloso de las obras de misericordia que debe practicar para confirmar su amor y consagración a la Virgen María, modelo de caridad. Incluso no falta el estímulo de las indulgencias con que la Madre Iglesia, que quiere que todos sus hijos se salven, enriquece a los que tales obras practiquen.

Movida por su amor a Cristo y por su entusiasmo por la Hermandad de la Virgen del Carmen, Doña Clara Quirós asume con todo entusiasmo y radicalidad el cumplimiento de todas las obligaciones y compromisos asumidos el día en que fue investida con el Escapulario y se convierte en una verdadera misionera de Nuestra Señora del Carmen.

El Escapulario del Carmen tiene mucho arraigo en el Pueblo de Dios, sobre todo por los elementos sobrenaturales de los que se supone rodeado. Una antigua tradición refiere el origen del Escapulario a **San Simón Stock**, General de la Orden del Carmen, que en oración pedía a la Virgen un privilegio para su Orden, un día, mientras estaba en oración, la Santísima Virgen se le apareció para entregarle la sagrada insignia, mientras le decía: *“Este será el privilegio para ti y para los tuyos. El que muera revestido de él se salvará”*; pero la promesa más sorprendente de la Virgen del Carmen a sus devotos fue hecha, según se refiere, al mismo Papa Juan XXII, a quien la Virgen reveló su propósito de sacar del purgatorio a los que vistieren el santo Escapulario el sábado siguiente al día de su muerte. Esta promesa estaba contenida en un documento pontificio llamado la “Bula Sabatina”.

Doña Clara Quirós de Alvarado, vio en el escapulario una bendición para ella y su familia, por él, pensó, se convertiría Don Alfredo, su marido, y se librarían sus hijos de muchos peligros, sobre todo del pecado; además, la caridad comienza por casa, con muchos ruegos convenció a su esposo que se anotara en la Hermandad del Carmen y recibiera el Santo Escapulario, cosa que hizo el día 24 de diciembre de 1880. También sus pequeños hijos Carmen, Alfredo y Mercedes son puestos bajo la protección de la Santísima Virgen siendo inscritos en la Hermandad el día 17 de julio de 1882. Igualmente Cipriano y Gertrudis recibirían el Santo Escapulario del Carmen aunque en el Libro de la Hermandad no constan sus nombres.

Doña Carmen de Gallardo y Doña Gertrudis de Arrieta Rossi también recibieron el hábito; la primera el 5 de mayo de 1907, como consta en el Libro de la Hermandad, y, la segunda, aunque no hay documento está el testimonio de su hija Sor Carmen Arrieta Alvarado.

Un segundo paso en su consagración a la Virgen del Carmen como Terciaria Carmelita, Doña Clara Quirós lo da, cuando se decide a vestir el hábito del carmen. Este hecho implica una mayor radicalidad en su deseo de santificarse.

En el Libro de la Hermandad de Nuestra Señora del Carmen encontramos el Acta de toma de Hábito, firmada de su puño y letra.

Para que en todo tiempo conste que la hermana Clara del Carmen Quirós, hija legítima de Don Daniel Quirós y de Doña Carmen López, de treinta años de edad, de estado casada y vecina de esta ciudad, vistió el Santo Hábito de nuestra Madre y Reina, la Santísima Virgen del Monte Carmelo, recibéndolo de manos del Presbítero Don Mariano Villacorta con las licencias necesarias y por ocupación del Señor Prioste de la Hermandad; siendo madrinas las hermanas Remigia Mayorga, Priora de la actual Hermandad, y Jesús Jiménez y con la asistencia de las demás hermanas, el día veintitrés de julio de mil ochocientos ochenta y siete, y firma.

Clara Quirós.

El celo apostólico de Doña Clara del Carmen no se limita al seno de su familia, sino que se extiende a todos aquellos a quienes la gracia divina va disponiendo para recibir el don del Escapulario. En el Libro de Socios de la Hermandad, son numerosas las ocasiones en las que aparece su nombre, como madrina, es decir, como quien da fe y se compromete a que la persona que va a recibir el Escapulario y anotarse como socia en la Hermandad da garantía de perseverar en sus propósitos de santidad. Doña Clara sabe, además, que el Apóstol Santiago dijo que el que ayuda a salvar un alma se pone en camino de salvación.

Resulta muy interesante como ella no sólo presenta a personas sanas y de mediana edad o jóvenes, sino también a personas ancianas y enfermas, pensando que en ellas se cumplan las hermosas promesas de la Virgen. Doña Clara Quirós quiere colaborar con Cristo en salvar almas.

Aunque no se anota la fecha, Doña Clara Quirós es madrina de la Sra. Perfecta Montes, de setenta años, que se encontraba gravemente enferma y por eso no pudo firmar. El Santo Escapulario lo impuso el Párroco Don José María López Peña. También es madrina de la Sra. Amelia Peña, que también está gravemente enferma y de la anciana señorita Juana Paula Bonilla, quien recibe el Escapulario el 25 de diciembre de 1888.

Uno de los gestos más hermosos es la presentación para recibir el hábito del Carmen de la Señora Mariana Isabel Escolán, ciegucecita, de 85 años de edad.

“ Para que en todo tiempo conste que la hermana de escapulario Mariana Isabel Escolán, hija legítima de don Inocente Escolán y Doña Mercedes Delgado, de estado viuda de don Francisco Gascón, y de ochenta y cinco años de edad, vistió el santo hábito de nuestra Madre y Reina, la Santísima Virgen del Monte Carmelo, recibéndolo de manos del Señor Prioste de la Hermandad, Pbro. Dr. D. José María López Peña, Cura de la Parroquia de Concepción, con asistencia del Hermano Mayor, León de Jesús Castillo y de varias hermanas, siendo madrinas las hermanas Clara Quirós, Priora de la Hermandad, y Trinidad Alvarenga, el día veintiséis de julio, día de mi Señora Santa Ana. Y no firmó, ni hizo la señal de la cruz por estar ciega.”

Estar muy identificada con la espiritualidad carmelita, sentir un amor muy grande e intenso hacia la Madre del Monte Carmelo y trabajar muy a gusto por conseguir los fines propios de la Cofradía del Carmen, hicieron sentir a Doña Clara del Carmen la necesidad de dar un paso más definitivo en su consagración carmelitana: quería profesar en la Tercera Orden, ser carmelita seglar.

Todos los que la conocían hablaban de su vida intachable, generosa y entregada en las cosas de Dios: ***“Pertenece a la Tercera Orden de***

Nuestra Santísima Madre del Carmen habiendo sido, por su vida ejemplar, muchos períodos abadesa (priora)."

Posiblemente por defectos de organización, las etapas formativas para la profesión en la Tercera Orden, no eran observadas con escrupulosidad. Sin embargo, en el Libro de la Hermandad podemos notar que cuando había elección de una nueva Directiva, siempre se nombraba a una hermana que hacía las veces de Maestra de Novicias, que, junto al Priora de la Hermandad, se encargaban de la formación de las que, habiendo tomado el hábito, se orientaban hacia la profesión.

Aunque las Reglas establecían que entre la toma de hábito y la profesión debía transcurrir un año, este período no siempre era observado, no para acortarlo, sino para alargarlo.

El "Manual de la Tercera Orden del Carmen", en la edición de 1921, establecía lo que correspondía hacer en la etapa de prueba que era el Noviciado: ***"Durante el tiempo de Noviciado, los Terciarios que no estén para ello impedidos, se presentarán, por lo menos una vez al mes, al Superior o Director, para que los instruya en sus deberes. Después del Noviciado, se presentarán de cuando en cuando; por ejemplo de dos meses en dos meses. Tocante a la elección de su confesor, puede libremente escoger el que crea conveniente."***

La profesión de Doña Clara Quirós de Alvarado se realizó el 16 de julio de 1888. Día memorable en su vida, pues con la profesión en la Tercera Orden del Carmen se compromete a vivir totalmente entregada a Dios en medio del mundo. Se preparó para tal acontecimiento con unos días de retiro, dirigidos por su Director Espiritual, Don Mariano Villacorta.

El día 16 de julio la Iglesia del Carmen aparecía hermosamente decorada con flores y velas, que expresaban el cariño de las Hermanas Carmelitas para Doña Clara que era, con Francisca Sandoval, la gran propagadora del Carmelo en Santa Tecla, sin olvidar por supuesto el Hermano Mayor Don León de Jesús Castillo. La ceremonia sería presidida por el Pbro. Dr. José María López Peña.

El Manual de la Tercera Orden establece el rito que se ha de observar en la profesión de un hermano/a terciario carmelita. Sería el rito observado en la profesión de Doña Clara del Carmen Quirós de Alvarado.

“Preparado convenientemente el altar –dirá el manual- y el agua bendita, revestido el Superior y habiéndose sentado, se acerca ante él el novicio, llevando en la mano el pliego en que está escrita la fórmula de la profesión, y se pone de rodillas. Los demás también se arrodillan y dicen el himno “Veni Creator, etc.

Luego se establece este breve diálogo entre el Superior y el Novicio:

- ¿Qué pides?

- La misericordia de Dios y la vuestra y ser admitida a la profesión en la Orden Tercera de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo y de Nuestra Madre Santa Teresa.

- ¿Estás resuelta a perseverar hasta la muerte en el estado que vas abrazar?.

- Así lo espero y deseo, confiada en la misericordia de Dios y en las oraciones de mis hermanos.

A continuación todos entonan el Salmo 119, que una vez acabado da lugar a la recitación de la fórmula de la profesión.”

El Manual de la Orden ofrecía una fórmula de profesión que era la que comúnmente se recitaba.

Doña Clara del Carmen, valorando la irrepetibilidad de este momento, redacta su propia fórmula, que no difiere mucho de la oficial, pero que expresa mejor los sentimientos de la profesante:

Yo, la hermana Clara Quirós de Alvarado, hago mi profesión y prometo obediencia y castidad a Dios nuestro Señor y a la Bienaventurada Siempre Virgen María del Monte Carmelo, y a N.R.P. General de toda la Orden Descalza y a sus Superiores, según las Reglas y Constituciones de la Tercera Orden hasta la muerte. Advirtiéndome que me obligo al cumplimiento de dichos votos, so pena solo de pecado venial. Y así mismo, hago voto de defender la Concepción Purísima de María, nuestra Señora, desde el primer instante de su ser.

Clara Quirós.

La ceremonia continuaba con las preces, el canto del “Te Deum” y la bendición del presbítero delegado para recibir la profesión.

Abandonada por su marido, para Doña Clara, la promesa de castidad significaba su compromiso de amar al Señor con un corazón indiviso, consagrándole la totalidad de su persona hasta la muerte.

La promesa de castidad que se emitía en la Orden Tercera del Carmen, era interpretada por el manual citado, de tal manera que ella era vivida en el estado actual del que se comprometía a vivir en castidad: los solteros como solteros, los casados como casados, las viudas como viudas, los clérigos como clérigos:

“ El voto de castidad hecho conforme a la Regla de nuestra Orden Tercera, añade un nuevo título, el que entraña el voto a la obligación común que tiene el que lo hace, de vivir castamente en el estado en que se encuentra o pueda encontrarse.

En virtud, pues de la profesión, los célibes están obligados a guardar castidad perfecta durante todo el tiempo en que permanezcan en tal estado; los casados deben contenerse en los deberes del matrimonio y los viudos guardar la castidad viudal, mientras no cambian de estado. Síguese de aquí que dicho voto no impide a nuestros terciarios y terciarias cambiar de estado.”

El caso de Doña Clara Quirós era un poco especial en cuanto a la castidad, ya que ella de hecho se encontraba vinculada matrimonialmente a Don Alfredo Alvarado, pero desde hacía varios años que por decisión del marido se había roto la convivencia conyugal y estaban separados de cuerpos porque uno vivía en Nicaragua y otro en El Salvador. De modo que la castidad que prometía Doña Clara del Carmen era la castidad perfecta, es decir de pensamiento, palabra y obra; pero una castidad perfecta mientras la comunidad de vida y amor que es el matrimonio no volviera a restablecerse, porque entonces su castidad tendría que haber sido de carácter conyugal.

Desde siempre, sin embargo, Doña Clara había tenido en gran estimación la virtud angélica y la había practicado con gran delicadeza siendo soltera, casada, viuda y religiosa. El Manual del Terciario Carmelita, daba algunas normas concretas para la salvaguarda del tesoro de la castidad, todas ellas las practicó de modo extraordinario la Sra. Quirós de Alvarado:

“Las personas que han ingresado a esta orden, que se gloria de su especial filiación con la Inmaculada y Purísima Virgen y Madre de Dios, deben ser sumamente delicadas en guardar la castidad de pensamiento, palabra y obra en todo su porte exterior, precaviéndose de cuanto pudiera mancillar el candor de tan hermosa virtud.

Nuestras terciarias en particular, procurarán no seguir las modas, pompas y vanidades del mundo; vistan modesta y decentemente, según su estado y condición.

Los Superiores podrán castigar al que ha cometido un pecado grave y externo contra la castidad; si reincidiere, lo expulsarán de la Congregación para evitar el peligro de escándalo entre los hermanos.”

También en la obediencia llegaría Doña Clara Quirós hasta las últimas consecuencias, como luego veremos, por hoy nos basta recordar un hecho ocurrido en una celebración de la Novena al Sagrado Corazón de Jesús. El Párroco había repartido a diferentes señoras un día para que en el se encargasen de arreglar el altar del Corazón de Jesús. Todos sabemos las nobles competencias que se realizan entre las señoras para lograr adornar el

mejor altar y el secreto en que guardan los elementos decorativos que emplearán.

Uno de los días de la novena, el Cura llama a Doña Clara y le pide que arregle el altar de una señora pobre que no tiene como hacerlo con sus propios elementos. Sin dudarle un momento, trae todo lo suyo y arregla el altar. Así una hermana pobre no pasará vergüenza y el altar del Sagrado Corazón no quedará desprovisto de decoración un día de su novena.

En la Orden Tercera del Carmen la obediencia era entendida en éstos términos: *“El voto de obediencia que nuestros terciarios emiten en su profesión, tiene por objeto solamente aquellas cosas que los superiores les mandaren, conforme a la Regla.*

Deben esta obediencia a N.M.R. Padre Preósito General o a su Vicario, al Provincial, al Superior local y a otro cualquiera que les fuese legítimamente nombrado Director.

Contra este voto sólo pecarán gravemente en el caso que los superiores les impongan preceptos en materias concernientes a su eterna salvación y a tenor de la Regla, por escrito, ante dos testigos, con declaración que el precepto obliga gravemente. No se impondrá jamás precepto alguno grave en otra forma.

Contribuirá, por cierto, al aprovechamiento de su alma la humilde sumisión al propio confesor en las cosas que atañen a su espiritual adelantamiento.”

Dentro de la fórmula de profesión de Doña Clara del Carmen cabe destacar la clave mariana en la que ella quiere vivir su consagración. En la espiritualidad carmelitana la dimensión mariana es esencial, el carmelita es un consagrado al amor de la Santísima Virgen María.

En la fórmula citada cabe destacar dos elementos marianos originales, es decir, que no se hayan en la fórmula ordinaria: la primera es el título de Siempre Virgen con que califica a la Madre de Dios. Hay en ello un deseo, por parte de Doña Clara, de reafirmar la virginidad perpetua de María como una expresión de la consagración total y definitiva de la Madre de Jesús a

la obra de la redención. María es la consagrada por excelencia y ella quiere imitarla en la radical totalidad de su entrega al plan de Dios.

El otro elemento original es el compromiso asumido por defender la Inmaculada Concepción de la Virgen María. Este voto estuvo muy de moda en los siglos XVII y XVIII, antes de que el dogma fuera definido por la Santidad de Pío IX en 1854. Los doctores graduados en las universidades de la Iglesia, por ejemplo, se comprometían a defender la Inmaculada Concepción de María hasta con la propia sangre. Los religiosos también emitían este voto en algunas órdenes o congregaciones, llegando, incluso, en un exceso de celo a firmar el documento con la propia sangre.

Doña Clara Quirós, siente una especial sintonía con este misterio de la vida de la Virgen María, hay en ella un deseo muy ferviente de una vida santa, inmaculada, sin tacha, que la refiere necesariamente a este misterio de la Virgen llena de Gracia y sin pecado concebida. Ambos elementos de la profesión, expresan, su gran amor a la Madre de Dios y a la Madre nuestra.

Años más tarde escribirá:

*“Yo os suplico, rendida,
que me deis el gran consuelo
de consagrarme aunque indigna,
al servicio de vuestros templos.
Si el pan que se da a los hijos,
No se le arroja a los perros,
Vos bien sabéis que estos viven
Del desperdicio de aquellos.
¡Quien me diera ser Señora!,
Vuestra esclava en este suelo,
Y en premio de mis afanes,
¡¡Ver realizado mi anhelo!!.”*

CAPÍTULO XI.

Guiada por la mano del Buen Dios.

La mano del Buen Dios está dispuesta a guiar la existencia de todas las personas, hombres y mujeres, hacia cumbres de santidad insospechadas; el alcanzar o no la meta de toda la vida cristiana depende simplemente de dejarse guiar. Es claro que el hecho de permitir que la gracia ilumine y conduzca nuestras vidas está fundado únicamente sobre la fe y el amor.

El camino espiritual de cada hombre y cada mujer es único e irrepetible, pero en todos de alguna forma se realiza el prototipo del camino de fe del Patriarca Abraham. Hay una promesa hecha por Dios, el hecho de ponerse en camino para alcanzarla, el no saber a ciencia cierta hasta dónde llegaremos y el abandonarnos confiados en Aquel que nos llama a seguirlo.

El camino espiritual de Doña Clara de Quirós también se funda en la promesa del Señor, en este momento concretada en las indulgencias y privilegios de la Tercera Orden del Carmen, una actitud de ponerse en camino, desarraigándonos de todo lo que queda atrás, y el abandono confiado en las manos del Señor. Su profesión era sólo una etapa más en el caminar espiritual de Doña Clara, que totalmente confiada al Señor se adentraba en el océano infinito de su voluntad salvífica.

En el Archivo General de las Hermanas Carmelitas de San José, hay un libro de Actas de la Hermandad del Carmen, que comprende los años 1890 hasta 1916 inclusive. El libro, que contiene preciosos datos acerca de la vida de la Hermandad de Carmelitas de Santa Tecla, está numerado hasta la página treinta y tres. En la página 5 nos encontramos con un acta en la que se elige a Doña Clara Quirós de Alvarado como la Secretaria de

la Hermandad, esa es la primera acta que redacta la nueva secretaria con la meticulosidad responsable que la caracteriza.

“Junta Capitular del día 16 de enero de 1890.

Reunida una parte de la Hermandad de Ntra. Sra. del Carmen en la capilla del mismo nombre y bajo la presidencia del Cura Párroco Pbro. Dr. Don José María López Peña, tuvo lugar la junta que se hace todos los años con el fin de elegir el nuevo consejo que debe regir el presente año la Hermandad y de tratar sobre los medios que se deben poner para allegar fondos para el trabajo de la construcción de la iglesia.

Después de haber invocado las luces del Espíritu Santo, se procedió a las elecciones habiendo salido electa para Priora la hermana Engracia Echeverría por unanimidad de votos, y la hermana Remigia Mayorga fue electa para subpriora por mayoría de votos, fue electa para Maestra de Novicias la hermana Amelia Peraza, la hermana Trinidad Alvarenga, fue nombrada consejera 1ª. y la hermana Francisca Sandoval, consejera 2ª. La tesorería quedó siempre a cargo del Hermano Mayor Don León de Jesús Castillo.

Después acordó el Señor Cura que se nombrara una secretaria para que lleve el libro de actas en que consten los capítulos, arreglos y disposiciones de la hermandad, y habiéndose procedido a la elección fue nombrada la Infrascrita.

Los libros de las profesiones, vestidas de hábito y patentes quedaron también como siempre a cargo del Hermano Mayor.

Concluidas las elecciones manifestó el Sr. Cura que: 1º. Que para allegar los fondos para el trabajo de la Iglesia, ha obtenido la licencia del Ilmo. Sr. Obispo para que se recaude de todas las personas que quieran dar medio cada semana (½ real) para lo cual se repartirán unos boletos por medio de colectoras que se nombrarán para el efecto, y 2º. Que unos pequeños fondos de trece pesos con trece reales que se habían recogido con el fin de ayudar a sostener un capellán, fueron entregados al Señor Tesorero con el fin de disponer en la presente junta la inversión que se

les podría dar por haberse dificultado la venida de dicho Capellán, y se acordó que quedaran a beneficio del trabajo de la Iglesia.

No habiéndose ofrecido otra cosa, se dio fin con las oraciones acostumbradas.

*Clara Quirós
Secretaria.”*

El nombramiento de Doña Clara del Carmen como Secretaria de la Hermandad nos permite descubrir la influencia que el P. López Peña tuvo entre las Carmelitas de Santa Tecla, no sólo en animarlas a colaborar en la conclusión de la Iglesia del Carmen que Don León Castillo había comenzado a edificar, muriendo sin poder concluirla, sino también su ascendiente espiritual sobre Doña Clara Quirós en orden a animarla la fundación de la Congregación de Carmelitas de San José, y también los problemas que por estos años dividieron a las miembros de la Orden Tercera del Monte Carmelo.

En estos años, coincidieron en torno a la Virgen del Carmen tres personas notables de la Historia de la Iglesia en El Salvador en el siglo XIX: Don León de Jesús Castillo, el Pbro. Dr. Don José María López Peña y Doña Clara Quirós de Alvarado, años más tarde Madre Clara María de Jesús Quirós.

Don León de Jesús Castillo fue un hombre excepcional en su tiempo. Comprometido en las luchas morazánicas, alcanzó el grado de coronel efectivo tanto en El Salvador como en Guatemala; en una de las batallas contra el General Rafael Carrera, Jefe de Estado de Guatemala, fue herido mortalmente, viendo su situación desesperada hizo a la Virgen del Carmen el voto de dedicarse a extender su devoción y edificar una iglesia en su honor.

Don León Castillo logró sobrevivir a aquel peligro de muerte y el resto de su vida se dedicó a cumplir el voto hecho a la Santísima Virgen. En realidad, construyó tres capillas en a la Virgen del Carmen, la primera de ellas en un terreno que le había sido adjudicado como uno de los fundadores de la ciudad de Nueva San Salvador.

En ese terreno de su propiedad y con su propio peculio y donaciones de los fieles logró levantar un templo y un convento, que el pensaba que habitaran Carmelitas Descalzas procedentes de Guatemala. De hecho realizó todos los trámites ante el Obispo de San Salvador y el Arzobispo de Guatemala, tenía la aprobación del Consejo de las Carmelitas de Guatemala, pero al final la fundación no se realizó, y el convento vino a parar, por sugerencia del Obispo de San Salvador, en manos de los Misioneros Capuchinos, que con el **Padre Esteban Adoáin** a la cabeza, llegaron a El Salvador en el año 1861. Entonces la iglesia dedicada a la Virgen del Carmen, cambió de nombre llamándose Iglesia de Belén y fue dedicada a la Divina Pastora..

Don León Castillo, entonces, construyó una capilla a la Virgen del Carmen junto a la Iglesia de la Inmaculada Concepción, pero el terremoto de 1857 hizo que la Sede Episcopal y el Seminario fueran trasladados a Nueva San Salvador y, nuevamente, el Devoto de la Virgen del Carmen cedió la capilla para las necesidades urgentes de la Iglesia.

Finalmente, comenzó a levantar otro templo, el actual, en ello invirtió lo que le quedaba de vida, muriendo sin haber podido terminarla.

Fue el P. José María López Peña, el que asumió la tarea de concluir la Iglesia del Carmen, construyendo la hermosa fachada de estilo gótico, un estilo hasta entonces no visto en El Salvador.⁷ Este sacerdote fue un

7

“Este sacerdote excepcional, nació en Opico el 22 de septiembre de 1863. Sus piadosos padres Urbano López y Rosalía Peña, se esmeraron en darle una educación sólidamente cristiana. Hizo sus primeros estudios en el colegio del P. Aquilino Herrera, de donde pasó al Seminario de San Salvador a cursar los estudios eclesiásticos, en los que salió discípulo muy aventajado. Fue condecorado públicamente por unanimidad con la borla de Doctor en Teología en la Universidad de San Salvador el 22 de septiembre de 1884; pero recibió la órdenes sagradas en la Catedral de Guatemala el 7 de noviembre de 1886.

Desde entonces en los cargos de Párroco y Vicario de Santa Tecla y Capellán del Carmen, cuya hermosa iglesia le debe su terminación, se entregó con celo y talento al desempeño de su sagrado ministerio, esmaltándolo con el ejercicio de todas las virtudes, sobre todo de la humildad, actividad incansable y devoción a la Santísima Virgen, cuyo culto difundió bajo la advocación del Carmen por medio de una sólida publicación. Polemista infatigable, fustigó los errores y defendió valiente e infatigablemente los sagrados derechos de Jesucristo y de su Iglesia, sobre todo desde las columnas del periódico “La Verdad”, que él fundó.

Se hizo merecedor de la honrosa dignidad de canónigo teólogo por su talento y ciencia conseguida con su incansable dedicación al estudio aun en los últimos años de su vida.

Falleció santamente el 6 de agosto de 1936. El Divino Salvador quiso premiarlo llevándoselo en día de su festividad a recibir la corona que justo juez le había de otorgar por su vida virtuosa de esforzado

esforzado propagador de la devoción a Nuestra Señora del Carmen y uno de los más insignes y amantes Directores de la Hermandad correspondiente.

En una junta extraordinaria del 18 de junio de 1890, el P. López Peña propuso a las Hermanas Carmelitas que intenten recuperar el rezo en común del Oficio Parvo de la Virgen y les señala una hora; esta es una forma de fomentar en las cofrades la vida de oración. “...y, 2º. *Sobre la manera de organizar de un modo conveniente el rezo del Oficio de Ntra. Señora tanto para hacer que las hermanas asistan con la mayor puntualidad posible, como para evitar la división que se hace formándose diferentes grupos y en distintos lugares para dicho rezo, para lo cual acordó el Señor Cura que éste no se haga en otra parte que en la capilla de la Sma. Virgen, exceptuando los primeros domingos de cada mes en que por estar ésta ocupada por la asamblea general de la Sociedad Católica, concede licencia para que se rece en la sacristía, habiendo señalado para el efecto, la hora acostumbrada de las tres de la tarde.*

En otra sesión, el P. López Peña, recordaba a las terciarias carmelitas los deberes de la caridad con el prójimo, de manera especial con las hermanas enfermas: “*En seguida manifestó el Señor Cura que era muy necesario aumentar y perfeccionar el espíritu de nuestra Hermandad y que se debían nombrar algunas hermanas enfermeras para que, además, de asistir lo mejor posible a los hermanos y hermanas enfermas; que cuando estas tuvieran alguna gran necesidad de medios corporales y espirituales, a las que tengan dificultades de socorrer que den cuenta a la señora Priora o en su defecto a alguna de las señoras del Consejo, y fueron nombradas para el efecto las hermanas Francisca Sandoval, Prudencia Martínez y Juana Noyola.*”

Como en todo grupo humano, también entre las Hermanas Carmelitas había tensiones y desalientos. Se habla de incumplimiento de los deberes que impone el santo escapulario, de desunión y faltas contra la caridad, de ausencia en la reuniones propias de la Hermandad, etc. El tema se trató

y buen combatiente y por haber no solo confesado sino defendido con sus obras y palabras la Fe. Noticia Necrológica.

con mucha seriedad el 16 de octubre: “...*Manifestó (el P. López Peña) que habiendo observado que nuestra hermandad lejos de adelantar, tanto en el propio aprovechamiento como en la unión y caridad que son propias de tan santa institución, ha visto que además de la falta en nuestros deberes se aumenta cada día más la división entre las hermanas; ha tomado la decisión de excluir de la hermandad, a aquellas que por negligencia no quieran sujetarse a lo que nuestra regla impone, aceptando algunas cosas en que se presenten inconvenientes poderosos para no cumplir; y para el efecto hizo que cada hermana en particular hiciera una como nueva protesta prometiendo que en adelante procuraremos ser más cumplidas y celosas, dejando en libertad a las hermanas que quisieran voluntariamente ser excluidas y desvestidas del Santo Hábito, pero no hubo felizmente entre nosotras quien se decidiera a dejar a Nuestra Madre y por lo tanto las hermanas, Remigia Mayorga, Francisca Sandoval, Ubalda Mixco, Pilar Chávez, Prudencia Martínez, Socorro Chávez, Paula Aragón, Paula Marroquín, Candelaria Fuentes, Juana Noyola, Eulalia Hernández, Paula Durán, Victoria Castillo, la Sra. Priora Engracia Echeverría y la infrascrita secretaria prometimos al Prioste y Director que en adelante procuraremos portarnos lo mejor que nos sea posible.*”

El P. López Peña quería introducir en la Hermandad una mayor exigencia espiritual; la había encontrado frías y desalentadas, posiblemente descuidadas por los pastores, y les propuso una solución radical, la que quiera seguir adelante que se comprometa a ser coherente, la que no lo desee con toda libertad puede dejar la Asociación. De los cientos de miembros que aparecen en el “Libro de la Hermandad”, sólo un pequeño grupo, entre el que se encontraba Doña Clara Quirós, naturalmente, da un paso al frente y prometen portarse en adelante lo mejor que les sea posible.

Las dificultades de las Carmelitas de Santa Tecla, llegan incluso a oídos del Sr. Obispo, quien las convoca a su Palacio Episcopal para presidir él mismo la elección de la nueva Junta Directiva y, al final, les hace una terrible advertencia: “*A continuación el Ilmo. Señor Obispo después de habernos dado sus paternales consejos y de habernos exhortando tanto a la paz y a la unión que deben reinar entre nosotros, como al exacto cumplimiento de nuestros deberes manifestándonos que no quiere verse en el terrible caso de tener que disolver nuestra Santa Hermandad por*

falta nuestra, dio fin a la sesión con la bendición episcopal dada para toda la Hermandad.”

El P. López Peña está muy preocupado en la formación espiritual de las “Carmelas”, de tal modo que no sólo ha reorganizado el rezo del Oficio Parvo, sino que también organiza de manera permanente los coros de adoración al Santísimo Sacramento del Altar; él sabe que no puede haber perseverancia, unión, amor, paz, entre ellas sin una genuina devoción a Jesús Sacramentado. Así en la Junta Extraordinaria del 6 de julio de 1891, se decidió: *“Establecer de una manera permanente la asistencia que se debe dar a la Majestad expuesta, no solamente en la funciones celebradas en honor a la Sma. Virgen sino también para todos los jubileos que tengan efecto en la Parroquia y, cuando sea posible, en las demás iglesias, advirtiéndole que las personas que se agreguen a estos coros como se compromete a dar el mayor cumplimiento posible, recibirán patente de Hermanas del Santísimo Sacramento.*

En seguida se procedió a nombrar las hermanas que deben organizar y dirigir dichos coros en el orden siguiente:

CORO 1º. De 9 a 10.

Prudencia Martínez, Paula Durán, Paula Aragón.

CORO 2º. De 10 a 11.

Engracia Echeverría, Socorro Chávez, Francisca Tamacas, Melecia Aragón.

CORO 3º. De 11 a 12.

Francisca Sandoval, Pilar Chávez

CORO 4º. De 12 a 1.

Aurelia Peraza, Hilaria de Cobar.

CORO 5º. De 1 a 2.

Paula Marroquín, Eulalia Hernández.

CORO 6º. De 2 a 3.

Remigia de Renderos, Clara Quirós.

CORO 7º. De 3 a 4.

Candelaria Fuentes, Josefa Saldaña, Casimira Luna.

CORO 8º. De 4 a 5.

Juliana Sosa, Trinidad Alvarenga, Victoria Castillo.”

En noviembre de 1891, el P. Juan José Bernal, Párroco de Belén, es nombrado por el Obispo como Director de la Hermandad del Carmen. Doña Clara Quirós, recoge en sus actas la toma de posesión e incluso nos da un resumen de la primera plática del poeta y presbítero Bernal:

“Después de rezadas las preces de costumbre, se dio principio con una plática dada por el mismo Sr. Bernal exhortándonos al adelanto y perfección, a que estamos llamadas, tanto por el nombre de cristianas que llevamos, como por que la grandeza de la Hermandad a que pertenecemos así lo exige.”

El hábito, también parecía ser una de las preocupaciones de las Hermanas Carmelitas por este tiempo, ya que no había unanimidad de criterios acerca del modelo de hábito que debían vestir y de los tiempos en que estaban obligadas a llevarlo. Tuvo que intervenir el Obispo, Mons. Pérez y Aguilar, para zanjar definitivamente la cuestión.

“Junta extraordinaria del día 15 de julio de 1894.

Por disposición del muy Ilmo. y Rvmo. Sr. Obispo, y bajo su respetable presidencia, tuvimos una junta que principió con una preciosa plática que nos hizo el mismo Rvmo. Señor exhortándonos al amor de Dios Nuestro Señor y de la Santísima Virgen, al que debemos a nuestros semejantes y más particularmente al que desea que reine entre nosotras.

En seguida manifestó que su objeto al ordenar esta reunión era arreglar algunas cuestioncitas que sabía que se suscitaban entre las hermanas,

que aunque no eran de mayor o ninguna trascendencia pero que el deseaba mucho evitarlas por ser ellas motivo de menguar la caridad y la paz que nos debe unir siempre en todas nuestras acciones y que como uno de los motivos principales de esta aparente desunión era la diversidad de pareceres respecto de la forma del hábito que debemos llevar, que él mandaba que esta cuestión se decidiera conforme a las disposiciones de la Iglesia que ha determinado que nuestros usos y costumbres sigan a los de Guatemala y que también por estar estos muy de acuerdo con las disposiciones del muy Ilmo. y Revmo. Señor Obispo Tomas Pineda y Saldaña a las que él profesa, según nos manifestó, mucho respeto y adhesión, y que además estando la mayoría de las hermanas de acuerdo con aquellas y siendo que la forma del hábitos que lleva no admite reforma sin un verdadero gravamen y que la otra puede hacerse sin que se siga ningún prejuicio a las hermanas quedaba terminantemente decidido que el hábito debe ser capa blanca y velo negro que es donde están resumidas las condiciones ya dichas.

También manifestó el Ilmo. Señor que quería tener otra junta antes de retirarse de la población para dejarnos más arregladas y tratar sobre otras cosas que interesan a nuestra hermandad.

*Clara Quirós.
Secretaria.”*

Don León de Jesús Castillo, muere de parálisis el 17 de octubre de 1891, dejando sin terminar el templo que estaba levantando en honor de la Virgen del Carmen.⁸ El P. Juan José Bernal, asume en ese momento la tarea inconclusa y, con el apoyo incondicional de la Hermandad de Nuestra Señora del Carmen, continúan con la tarea iniciada por don León, el Hermano Mayor.

⁸ Se trataba de un amplio templo de sesenta varas de largo por veinte ancho y seis de alto; con dos capillas laterales de quince varas, que con la nave mayor formaban una cruz latina, de gruesas y sólidas paredes y una techumbre sostenida por unas 78 columnas. Los terremotos de enero y febrero del 2001 dañaron severamente la estructura de este templo, obra de Don León Castillo, del P. José María López Peña y de la Tercera Orden del Monte Carmelo. También fueron grandes benefactores de la Iglesia del Carmen Don Recaredo Gallardo y su esposa Doña Carmen Alvarado de Gallardo, hija y yerno de la Madre Clara María, quienes donaron la hermosa imagen de bronce de la Virgen que está colocada entre las dos torres de la fachada gótica.

“...En seguida manifestó que, además de una cantidad de(\$ 1000.00) mil pesos con que él ha cooperado para poder continuar el trabajo de construcción de la Iglesia, hay varias personas de las principales de esta ciudad que se han comprometido a dar sus contribuciones para el mismo objeto y que por lo tanto esperaba que la Hermandad tomase parte en la obra ayudando a la conclusión de una de las capillas laterales, para lo cual se acordó formar una suscripción, la que habiendo tenido principio en la junta produjo (\$ 73.00) setenta y tres pesos que quedaron a cargo de la que suscribe, así mismo los demás fondos que sigan entrando con este fin. También acordó que las limosnas recaudadas los domingos, y las de las posadas de la Santísima Virgen sean empleadas en cubrir un crédito que dejó el hermano mayor Don León de Jesús Castillo y que estos fondos estén por ahora a cargo de la hermana Trinidad Alvarenga...”

Además de lo que contribuye en las conclusión del templo del Carmen en Santa Tecla como miembro de la Hermandad de Carmelitas, Doña Clara Quirós también contribuye personalmente, con su propio peculio. En el Libro de Cuentas de la construcción del Templo de Nuestra Señora del Carmen”, se encuentran algunas donaciones, ciertamente no cuantiosas, y es que ella siempre estaba dispuesta a ser generosa cuando de las cosas de Dios se trataba.

Así el 20 de noviembre de 1896 daba al P. López Peña (\$50.00) cincuenta pesos para la compra de los ornamentos de la nueva iglesia. Una semana más tarde dona una media caja de botellas de vino para la celebración de la Santa Misa que le costó (\$ 7.00) siete pesos. Para los gastos de la Semana Santa del año 1887, recoge entre sus amistades (\$42.00) cuarenta y dos pesos. Un mes más tarde dona con el mismo fin veintiséis pesos y cuatro reales. El 19 de abril de 1897 dona (\$ 10.00) diez pesos de su dinero para las mismas celebraciones.

El 25 de julio de 1898, dona (\$100.00) cien pesos, de una deuda que le cancela la hermana Remigia de Redenros. Esta es la última referencia que hallamos de Doña Clara en el Libro de Cuentas de las Construcción del Templo del Carmen.

También en el Libro de Actas encontramos sus numerosas donaciones para las actividades de la Hermandad y de la Parroquia. Tomamos unos cuantos datos: En la Junta Extraordinaria del 5 de marzo de 1908 se hizo una colecta entre las hermanas asistentes para los gastos de la Semana Santa, ella dio (\$ 1.00) un peso; En la sesión del 15 de octubre de 1910, en la que se trató de la construcción de una casita para las hermanas que desean una experiencia de vida común, doña Clara se comprometió a dar (\$10,00) diez pesos mensuales; para la fiesta de la Virgen del Carmen del año 1911 se comprometió a hacer dos docenas de escapularios; para la celebración de la Semana Santa de 1912 donó (\$ 3.00) tres pesos; para la fiesta del Carmen de 1912 se compromete igualmente a donar dos docenas de escapularios; para fiesta de la Virgen en 1915 dona (\$ 2.00) dos pesos.

La generosidad y el amor de Doña Clara Quirós para con la Virgen del Carmen y su Hermandad no tienen límite. Ella se ha entregado toda.

Doña Clara Quirós de Alvarado ejerce como Secretaria de la Hermandad del Carmen hasta el año 1897. La última acta firmada por ella del 16 de junio de 1897.

Sus cualidades personales y su sacrificada consagración a las obras propias de la Hermandad del Carmen, hace que sus compañeras la elijan como Priora. De hecho, llegó a ser algo así como la Priora por excelencia de las Hermanas Carmelitas de Santa Tecla.

Madre Genoveva del Buen Pastor recoge este dato: ***“Pertenece a la Tercera Orden de Nuestra Santísima Madre del Carmen, habiendo sido, por su vida ejemplar, muchos períodos abadesa.”*** Y la Señorita Mariana Lemus, hermana del Coadjutor de la Parroquia de La Inmaculada, Don Manuel de Jesús Lemus, también afirma: ***“Cuando el P. López Peña fundó la Congregación de las Terciarias del Carmen del Siglo, Madre Clarita mandaba y tenía el nombre de Abadesa. Entonces eran las reuniones en la Iglesia del Carmen.”***

El Libro de la Hermandad, no aporta la fecha concreta en la que Doña Clara de Alvarado, comenzó a desempeñar el oficio de Priora de la Hermandad Femenina del Carmen de Santa Tecla, pero ya hemos señalado las lagunas que contiene el mismo. La última vez que su nombre aparece en

el libro es 26 de abril de 1890, día en el que junto a Doña Francisca Sandoval, su entrañable amiga y compañera de apostolado, ambas hermanas profesas, amadrinan a Jacinta Mendoza.

En el Segundo Libro de Actas de la Hermandad, encontramos un acta de 1911, en donde aparece la elección de Doña Clara Quirós como Priora de la Hermandad, ello no quiere decir que no haya ejercido con anterioridad el mismo cargo, de lo que, sin embargo, no hay constancia documental alguna:

“Junta del 25 de mayo de 1911.

Asistieron a esta junta 8 hermanas. Se trató en ella de la elección de la nueva Priora que fue Da. Clara Q. de Alvarado, Subpriora Doña Engracia de Flamenco, Maestra de Novicias, Juana Fernández, sacristanas, Atanasia Varela, Encarnación García, Victoria Bonilla y Escolástica Salinas...”

Aunque este que llamamos Segundo Libro de Actas, tampoco lleva el registro detallado de las actividades de la Hermandad de Nuestra Señora, no encontramos en él otra elección de Junta Directiva sino hasta el año de 1915, en que suponemos que Doña Clara de Quirós dejó el cargo porque se encontraba ya embarcada en el proyecto de la fundación de una nueva congregación religiosa.

La Hermandad de Nuestra Señora del Carmen, fue para Madre Clarita la primera escuela de espiritualidad carmelitana, la mano de Dios, sin embargo, la iba guiando hacia horizontes mucho más amplios:

*“En la noche dichosa,
en secreto, que nadie me veía,
ni yo miraba cosa,
sin otra luz y guía,
sino la que en el corazón ardía.*

*Aquesta me guiaba
Más cierto que la luz del mediodía
Adonde me esperaba
Quien yo bien me sabía
En parte donde nadie parecía.”⁹*

⁹ San Juan de la Cruz, **Subida del Monte Carmelo**.

CAPÍTULO XII.

Una casita junto a la Iglesia del Carmen.

En la vida de todos los seres humanos hay encuentros con algunas personas que, para bien o para mal, cambian totalmente nuestra manera de ser, de pensar y de actuar. En la vida de Doña Clara Quirós el encuentro con el P. José María López Peña fue trascendental.

López Peña era un sacerdote de una exquisita formación intelectual, poseedor de una clara visión de las cosas y de una gran fortaleza de voluntad, pero, a todo ello, unía una intensa vida espiritual. Tales cualidades hicieron que sintonizara con Doña Clara Quirós casi de inmediato y que ésta lo eligiera como su Director Espiritual. Sería el P. López Peña el que señalaría a Doña Clara Quirós los caminos que el Señor le estaba marcando. El primer encuentro entre ellos se daría en el año de 1888 cuando el P. López Peña fue nombrado Párroco de la Iglesia de Concepción. Doña Clara se convertiría en una de las colaboradoras más cercanas y eficaces del sacerdote.

Esta cercanía, se haría más intensa cuando en 1901 el P. López Peña es nombrado como Capellán del Carmen, Director de la Hermandad de Nuestra Señora del Carmen y, en 1903, se le dieron las facultades para dar el hábito del Carmen a los que lo pidieren y de recibir la profesión de los votos a nombre del Preósito General de la Orden Primera del Monte Carmelo.

Viuda desde 1905, Doña Clara Quirós, casa a su hija Gertrudis con Don Godofredo Arrieta Rossi en 1907. Carmen está muy bien casada desde

1887, Alfredo desde 1903 y Cipriano es ya un adulto, nervioso y problemático, pero ya no se encuentra bajo la responsabilidad de su madre. De modo, que por decirlo de alguna forma, ella se encuentra ya libre de las responsabilidades familiares, aunque nunca se desatendió de su familia, y ahora puede seguir el camino que le marcan Dios y su propio corazón. Tiene cuarenta y siete años, ya no es joven, pero para ella ha llegado la hora de emprender un nuevo camino que, por el momento, no sabe hasta donde la conducirá.

Es por este tiempo que entre las Hermanas Carmelitas, motivadas por Doña Clara Quirós y secundada por el P. López Peña, comienza a hablarse de construir una casita adosada al nuevo templo de Nuestra Señora del Carmen para que las hermanas que así lo deseen, con toda libertad, puedan llevar una vida en común, más apartadas del mundo, con mayor dedicación a la oración y a las obras de caridad. El esquema es el de la vida religiosa, pero sin la configuración jurídico-teológica del estado religioso.

La primera referencia a este proyecto la encontramos en el “Libro Segundo de Actas de la Hermandad de Nuestra Señora del Carmen” en el año 1910.

“Junta Ordinaria del 15 de octubre de 1910.

Con asistencia de 20 hermanas se hizo esta junta. Rezadas las oraciones acostumbradas, el señor Capellán leyó el reglamento y enseguida se acordó hacerse efectiva la disposición de dar 1 real mensual cada hermana para ayudarse mutuamente en las necesidades de ellas mismas; quedó nombrada colectora de esta limosna Francisca Sandoval y tesorera Da. Clara de Alvarado.

El principal objeto de esta junta, dijo el Señor Capellán, que era tratar sobre la construcción de una casa de comunidad que algunas de las Sras. Terceras solicitan para poder vivir reunidas las que buenamente puedan y para el efecto se procedió para ver con cuánto podía contribuir cada hermana, de lo que resultó que Da. Jesús Meza de Herrera ofreció (\$ 1,000.00) mil pesos.

Doña Engracia de Flamenco (\$ 200.00) doscientos pesos.

Doña Atanasia Varela (\$25,00) veinticinco pesos.

Doña Ruperta de Blanco (\$ 15.00) quince pesos.

Doña Leonor de Coterá (\$ 10.00) diez pesos.
Una cofrade (\$ 4.00) cuatro pesos.

Contribuciones Mensuales.

Doña Clara de Alvarado (\$ 10,00) diez pesos.
Srita. Dorotea Villeda (\$ 5.00) cinco pesos.
Srita. Juana Fernández (\$ 1.00) un peso.
Doña Escolástica A. De Fernández (\$ 1.00) un peso.
Doña Elena Q. v. de Parker (\$1.00) un peso.
Doña Jerónima de Celada (\$4.00) cuatro pesos.
Doña Paula Marroquín (\$ 4.00) cuatro pesos.
Doña Concepción Nochez (\$4.00) cuatro pesos.
Doña Dolores Najarro (\$4.00) cuatro pesos.
Doña Luz Mejía (\$4.00) cuatro pesos.
Doña Luisa Rosales (\$4.00) cuatro pesos.
Doña Juliana Sosa (\$ 4.00) cuatro pesos.

Después de hecha la contribución, el Señor Capellán exhortó a las hermanas a que tuvieran caridad unas con otras. Enseguida nombró tesorera de los fondos de la casa en construcción a Da. Clara Q. v. de Alvarado.”

Sin embargo, el proyecto de fundación de una comunidad carmelita de la Tercera Orden parece ser un poco más antiguo. Cuando en 1903, el P. López Peña recibe del Superior General de los Padres Carmelitas, **P. Reinaldo María de San Justo** (1901-1906), la licencia para dar el hábito y recibir la profesión de los terciarios, al comunicarlo al Obispo de San Salvador, Monseñor Antonio Adolfo Pérez y Aguilar, nuestro ilustre antepasado, ya le habla de la posibilidad de una comunidad de carmelitas residiendo junto a la iglesia del Carmen.

“Ilustrísimo Señor: Habiéndome venido del Preósito General de la Orden Descalza de Nuestra Señora del Carmen la facultad para investir el hábito y recibir la profesión a las personas de uno y otro sexo que deseen ingresar en la Tercera Orden de Nuestra Señora y de que puedan vivir en comunidad, según los documentos que le acompaño, para que, después de vistos, su Ilma. y Rvma., se sirva devolvérmelos junto con la presente y el auto que sobre esta solicitud recaiga para guardarlos en el

archivo de esta iglesia; a V. S. Ilma. y Rvma. humildemente suplico se digne confirmar en todas sus partes las concesiones antes dichas y autorizarme para poder utilizar en tiempo oportuno de ellas, obligándome a guardar exactamente las prescripciones de la Autoridad Eclesiástica Diocesana.

Es gracia que pido, etc.

Humilde servidor de V.S. Ilma y Rvma.

*J.M. López Peña.
Capellán del Carmen.”*

La obra de difusión de la devoción a la Virgen del Carmen y de la espiritualidad carmelita entusiasman al P. López Peña, de tal manera que en 1904 recibe la aprobación episcopal para publicar su libro titulado “Manual del Carmelita”, por medio del cual quiere informar y formar a los Terciarios Carmelitas en su espiritualidad, incrementar la piedad, conocer la liturgia y los sacramentos. El Obispo da su “imprimatur” el 12 de julio de 1904 y recibe la bendición para su obra, cuya adquisición y lectura recomienda a toda la Diócesis.

También edita en Santa Tecla un folletín titulado “El Carmelo”.¹⁰ La finalidad de la publicación era dar a conocer con sencillez las noticias eclesiales y la doctrina católica. El número del 16 de agosto de 1904 causó bastante disgusto en la Curia Episcopal; en él, el P. López Peña, anunciaba el próximo arribo de los Padres Jesuitas a El Salvador y el establecimiento de la comunidad de Terciarias Carmelitas. La amonestación de la Curia no se hizo esperar:

¹⁰ El P. López Peña es un auténtico publicista católico. A lo largo de su vida estuvo al frente de tres periódicos, por medio de los cuales expresaba el pensamiento de la Iglesia y la defendía de los ataques de sus enemigos: “La Verdad”, publicado entre 1894-1901; “El Pueblo Católico” y “El Centroamericano”, publicado entre 1902 y 1914. Si las autoridades civiles le cerraban un periódico, publicaba otro con distinto nombre pero igual finalidad.

Don Roque Orellana escribe a nombre del Obispo sobre el disgusto y la inquietud que ha causado en la Curia la noticia publicada en “El Carmelo” acerca de la llegada de los Jesuitas a El Salvador, cosa que se está tratando entre las autoridades eclesiásticas y el Gobierno, en el cual hay sectores liberales en franca y abierta oposición a los padres de la Compañía; es cierto que uno de los deseos más fervientes del Obispo de San Salvador es precisamente contar entre su clero a los preclaros varones de la Compañía de Jesús.

Con respecto a la fundación de la Comunidad de Terciarias Carmelitas tampoco parece que el proyecto esté muy cerca de realizarse y, aunque se cuenta con el beneplácito, al menos verbal del Obispo, no pareció oportuno que se publicara sin haber cumplido con las disposiciones jurídicas tan caras a algunas figuras del episcopado; la fundación de una comunidad carmelita no podía hacerse sin licencia del Obispo, sobre todo porque pensaban vivir en una casa construida en terrenos propiedad de la Iglesia.

Ambos proyectos, sin embargo, siguieron adelante hasta llegar a concretarse.

Resulta que junto a la Iglesia del Carmen, aun en construcción, pues no se concluiría sino hasta el año 1914, había un terreno baldío, sobre el que la Municipalidad de Santa Tecla cobraba altos impuestos, incluso se llegó a amenazar a las autoridades eclesiásticas locales con expropiarlo con fines de utilidad pública.

El P. López Peña, con el fin de dar una utilidad al terreno antes dicho, comienza, con la ayuda en todo momento de las Hermanas Carmelitas, de las cuales la más entusiasta es Doña Clara Quirós, a levantar una pequeña casa con el fin de que en ella habiten un grupo de señoras de la Tercera Orden del Carmen que se dedicarían a la oración, al trabajo manual, al cuidado de los enfermos y a la educación de las niñas pobres. De hecho ese apostolado era ya asumido por las Hermanas Carmelitas seglares como parte de su compromiso; lo que cambiaba era el proyecto de Doña Clara

Quirós, secundado por el P. López Peña, de que tal apostolado se fundara en una vida comunitaria.

La actitud un tanto independiente, a nuestro parecer, que tomó el P. López Peña frente a la Curia Episcopal con respecto al financiamiento y construcción de la casa para la Comunidad de Terciarias Carmelitas, le trajo algunos disgustos y malos entendidos con las autoridades de la Iglesia. A ello debemos agregar los rumores, los dimes y diretes, que el proyecto ocasiona entre la población de Santa Tecla. Monseñor Pérez y Aguilar no siempre aparece bien informado.

El Obispo, por medio de su fiel secretario el sacerdote Don Roque Orellana, escribe al P. López Peña para puntualizarle que no está obrando de acuerdo a las leyes de la Iglesia, que el único que tiene potestad para erigir institutos religiosos en la Diócesis es el Obispo titular.

“...sabe el Ilmo. y Rvmo. Obispo Diocesano que está allí poniéndose en práctica el pensamiento de una Congregación para cuyo establecimiento está construyéndose un edificio en terreno de la Iglesia del Carmen.

Aunque el proyecto es laudable, no ha recibido aprobación diocesana, pues no se ha presentado solicitud en forma ni se sabe cuáles sean las bases de la institución, requisito que es de todo punto necesario llenar, ante todo, y sin los cuales espera su Sría. Ilustrísima que no se lleven adelante los trabajos emprendidos.”

Creo que la interpretación que el Obispo hace de lo que ocurre en Santa Tecla con los proyectos de Doña Clara Quirós y del Padre López Peña no es la correcta, ya que por el momento no se piensa en la fundación de una Congregación Religiosa, sino solamente de una pequeña comunidad de carmelitas que desean vivir en radicalidad el estilo de vida carmelitano....el resto vendrá por añadidura. Frente al derecho del Obispo está el derecho de reunión, de asociarse, que tienen los fieles cristianos en razón de su bautismo. Claro que estos derechos no estaban muy claros en la Iglesia Salvadoreña de principios del siglo XX.

El P. López Peña se siente violentado por la carta que a nombre del Obispo le envía don Roque Orellana y toma la pluma para responder con gran claridad y agudeza a los reparos del Prelado.

*“Ilmo. Mons. D. Roque Orellana,
Secretario del Ilmo. y Rvmo. Sr. Obispo Diocesano.
San Salvador.*

Señor: me refiero a su apreciable nota de esta misma fecha referente a la construcción de una casa en el solar de la Iglesia del Carmen, para una Congregación Religiosa que, aunque es del agrado del Ilmo. Sr. Obispo, no se ha obtenido aun por escrito la aprobación diocesana.

Lo que hay a ese respecto es lo siguiente:

1º. Algunas hermanas terceras del Carmen dispusieron hacer esa casa para vivir en comunidad¹¹ y ejecutar allí las obras de caridad, enseñando la doctrina y oficios a algunas niñas, recogiendo a algunas jóvenes en peligro, asistiendo a domicilio a los enfermos, etc. El Señor Obispo aprobó verbalmente el proyecto e hizo la cesión del solar correspondiente..

2º. Ese sola de todas maneras había que edificarlo porque como está en el centro de la ciudad, ya hace diez años que el Municipio viene exigiendo la edificación y, de no hacerlo, lo cederán a otra persona como terreno baldío.

3º. Viendo la buena disposición en que estaban las “Carmelas” y que aportaban el dinero suficiente para dejar siquiera techado ese pequeño edificio, di mi consentimiento para que lo hicieran, entendiendo yo sólo en vigilar los trabajos. El Ilmo. Sr. Obispo aprobó eso de viva voz, yo me comprometí con él en hacer la solicitud en la debida forma.

4º. Esa solicitud no la he hecho todavía, porque aunque los trabajos están ya comenzados, han surgido algunas dificultades entre las mismas

¹¹ Subrayado nuestro.

hermanas Carmelas y se han suspendido las obras hasta ver qué resulta y qué destino se le da finalmente a la casa, pues si no la construyen ellas, tendré que hacerla yo por cuenta de la Iglesia para no perder lo hecho. En cuanto este asunto se resuelva elevaré el memorial a la Autoridad Diocesana.

5°. En cuanto a la comunidad o congregación, aunque la casa se destina para ella, eso ya es más serio y se necesita formular un reglamento propio, someterlo al Prelado, y al General de la Orden, para su aprobación. Eso es parte de la construcción de la casa y se hará después.

6°. La Municipalidad cuando vio que comenzaba el trabajo de la casita, quiso estorbarlo, pretendiendo hacer allí un parque o jardín; al fin, cedió y aprobó el plano de la casa.

Sírvase Ud. Decirle al Ilmo. Sr. Obispo que la construcción de la casa, sea cual fuere su destino definitivo ya no se puede suspender sin perder mucho; que aceptemos ese dinero que dan las hermanas Carmelas para levantar ese edificio sea para ellas, sea para lo que fuere, y nos libramos de las continuas molestias de la Municipalidad y del gravoso pago de impuestos por no edificar. Yo dejo que den su dinero, que se haga la casa y, después, el Ilmo. Sr. Obispo verá lo mejor. En esa disposición están las Carmelas, aun las que dan crecidas sumas.

Cuando se determine el objeto de la casa, entonces me presentaré a obtener todas las licencias necesarias. Es de advertir que de los fonos de la iglesia no se invierte nada en este trabajo: es obra exclusiva de las Carmelas, dejémoslas que hagan algo.

Soy de U. Atto. S.S. y Capellán.

José María López Peña.”

La carta del P. López Peña resulta sumamente interesante, ya que nos aclara muchas de las cosas que sucedieron en el tiempo anterior a la fundación de la **Congregación de Carmelitas de San José**.

En primer lugar, parece bastante claro que la construcción de la casa adyacente a la Iglesia del Carmen fue obra exclusiva de las Terciarias Carmelitas, con Doña Clara Quirós v. de Alvarado al frente, como priora que fue de la Hermandad en estos años; el P. López Peña aparece simplemente como el responsable de la vigilancia de los trabajos que se hacían, recordemos que al mismo tiempo supervisaba los trabajos de construcción en la Iglesia del Carmen.

El Obispo había dado su aprobación verbal a la realización del proyecto, aunque todavía no se habían dado otros pasos para su formalización. De hecho, el mismo Monseñor Pérez y Aguilar había donado el terreno sobre el que se estaba construyendo la casita.

En principio, la casita se había pensado como residencia de una comunidad de Terciarias Carmelitas con vistas a la fundación de una Congregación Religiosa, pero dificultades surgidas entre las mismas cofrades del Carmen había hecho que las obras se paralizaran. ¿Cuáles eran esas dificultades?. Es muy difícil saberlo, pero podemos suponer que girarían en torno al proyecto de Doña Clara Quirós y otras hermanas de vivir en comunidad para dedicarse de lleno a la oración y al apostolado.

Estas dificultades no resueltas, hicieron que el P. López Peña retardara la solicitud de los permisos necesarios para la fundación, además para ello era necesario otros muchos elementos con los que aun no se contaba, tal como un reglamento común. En todo caso, el Capellán del Carmen pensaba que la construcción de la casita era siempre una ventaja, cualesquiera que fueran los fines futuros a los que se dedicara.

En la Curia Episcopal, posiblemente se pensaba que el P. López Peña quería llevar adelante el proyecto de la Comunidad de Carmelitas costase lo que costase, aun extralimitándose en sus funciones como Capellán y tomando dineros del fondo de fábrica del templo, cosa que en absoluto era cierta; los rumores de los que en Santa Tecla eran contrarios al proyecto tampoco ayudaban al entendimiento. A oídos de algunos miembros del clero llegaron rumores de que para construir la casa de las Carmelitas se

pedían colaboraciones de casa en casa y se aceptaban donaciones de personas que no eran miembros de la Hermandad. Nuevamente el P. Roque Orellana escribe al P. López Peña prohibiéndole terminantemente todo tipo de cuestación sin licencia del Ordinario del Lugar.

En realidad, la actitud de la Curia Diocesana parece un poco ambigua con respecto a la fundación de la Congregación de Carmelitas de San José, pues si por una parte se afirma que al Sr. Obispo le parece una obra digna de alabanza, por otra se ponen obstáculos y prohibiciones a la consecución del empeño. Desde una perspectiva jurídica el Obispo tiene razón, es necesaria su autorización si se están recogiendo contribuciones del pueblo, aunque lo que en realidad se hacía era recoger donaciones de las Hermanas y Hermanos Carmelitas y aceptar donaciones absolutamente voluntarias de familiares y amigos. Posiblemente a la Curia le faltó un poco más de visión pastoral para valorar, en su justa medida, el proyecto en el que el P. López Peña y Doña Clara Quirós v. de Alvarado se encuentran embarcados.

A la carta de Monseñor Roque Orellana, el P. López Peña respondió con una valiente defensa de las hermanas carmelitas y su proyecto de vida comunitaria.

Don Roque Orellana, el ilustre secretario episcopal, no vuelve a escribir al P. López Peña en este sentido. Monseñor Pérez y Aguilar reflexionaría en la carta del P. López Peña y, como persona sabia y prudente que era, dejó que los acontecimientos siguieran su curso. Si es obra de los hombres, pensaría, ella sola se destruirá, si es obra de Dios crecerá y dará mucho fruto.

La construcción de la casa siguió su curso, las hermanas Carmelitas cada centavo que recogían era destinado a la conclusión de la obra. A conocemos de algunas donaciones fuertes como la de la Sra. Jesús Meza de Herrera que regaló mil pesos y también debemos mencionar la de la Sra. Engracia Echeverría v. de Flamenco que en su testamento donó la misma cantidad para que se siguiera construyendo la casita para las Carmelas.

Doña Clara Quirós, no sólo se compromete a dar diez pesos mensuales para la construcción de la casa, sino también, es la tesorera que administra, con la sabiduría que ya hemos visto, los fondos de la obra de modo que se aproveche hasta el último cuartillo que caiga en las menguadas arcas de las Hermanas Carmelitas.

Cuando el momento es apremiante, incluso, acude a pedir dinero prestado, tal como lo hizo el 1 de junio de 1914, firmando un contrato de mutuo por mil pesos (\$1,000) con la Srita. Joaquina Sandoval. El préstamo fue cancelado con toda puntualidad el 31 de mayo de 1915, o mas bien quedó en calidad de dote de la Madre Joaquina Sandoval al momento de ingresar en la Congregación.. Más tarde escribirá la Madre Clara María: *“Este dinero fue empleado en la casa de las Carmelas, solar contiguo a la iglesia de El Carmen, hoy residencia de los RR.PP. Jesuitas. Junio 30 1916.”*¹²

No sabemos con exactitud cuándo la casa construida con tanto esfuerzo por Doña Clara de Quirós y las Hermanas Carmelitas, y con el apoyo infaltable del P. López Peña, estuvo concluida y lista para ser habitada. Podemos pensar que esto ocurrió en un momento entre junio y diciembre de 1914.

Al revisar el Libro Segundo de Actas de la Hermandad de Nuestra Señora del Carmen, sobre todo en los primeros meses de 1915, comenzamos a notar la ausencia de Doña Clara del Carmen a algunas actividades de la Hermandad y es que los inicios de la Congregación necesitaba de todo su tiempo.

El 5 de febrero de 1915 renuncia al cargo de Priora de la Hermandad de la Virgen del Carmen y es elegida en su lugar la Sra. Escolástica de Salinas.

En la junta del 15 de marzo se anota que faltaron a la misa y a la procesión Clara de Alvarado, Dorotea Villeda, Jesús Meza, Juliana Sosa, madre, Dolores Reyes, etc. Igualmente se anota la ausencia de Doña Clara de Alvarado en la sesión del 18 de julio, del 18 de septiembre, del 17 de octubre.

¹² AGCSJ, 55. 179. 8.

Un dato curioso que se recoge en el Libro Segundo de Actas es el siguiente:

“Después de leída el acta anterior pusieron su renuncia la hermana Dolores Najarro del cargo de Tesorera por haber entrado a la casa de Belén y la Srta. Gertrudis Orellana del cargo de Secretaria por motivos de salud. Se hizo la colecta que fue de 2\$ 02 c. Con las oraciones acostumbradas terminó la junta.

Gertrudis Orellana , Secretaria.”

Estas ausencias de Doña Clara Quirós a las Juntas de la Hermandad, ella que siempre había sido puntual, denota que ya se había producido la separación entre la Hermandad y el proyecto de la fundadora sobre la Congregación Religiosa Carmelita.

En los santos orígenes de esta Congregación de Carmelitas de San José, como en todas las obras que quieren realizarse siguiendo la voluntad de Dios, no faltó ni la oposición de las personas buenas, como ya hemos visto, ni la crítica de las sensatas, ni la humildad del granito de mostaza que cuando es una semilla es la más pequeña, pero cuando crece se convierte en un arbusto fuerte y hermoso, tal como lo narra la parábola de Jesús en el Evangelio.

Sí Doña Clara Quirós de Alvarado hubiera confiado menos en Dios y hubiera estado menos convencida de que su proyecto de fundación era conforme a la divina voluntad no se hubiera lanzado a la aventura de fundar una congregación religiosa con tan pocos y pobres elementos, aun suponiendo su gran amor a Dios.

La **“Breve Reseña Histórica de Nuestra Congregación de Carmelitas de San José”**, narra con gran sencillez los humildes orígenes del Instituto fundado por Madre Clara María:

“Hace tiempo que doña Clara, con permiso del Obispo, Monseñor de San Salvador, había construido, en terreno anexo a la Iglesia del Carmen de esta ciudad, una casa para vivir en común con otras terciarias carmelitas,

necesitadas de un ambiente de hogar; pues su caridad y su celo por la gloria de Dios, y el amor a María, la habían llevado a preocuparse por renovar el espíritu ya decaído de algunos miembros de la Cofradía del Carmen.”

Sor Genoveva del Buen Pastor también recoge la tradición de aquellos acontecimientos:

“...pero veía con dolor (Doña Clara) como el demonio batía palmas por la deserción de sus miembros y relajación hasta verla reducida a unas pocas ancianas y pobres.

Entonces concibió la idea de hacer una casita en terreno de la Iglesia del Carmen para reunir las y cuidarlas. ¡Con cuántos sacrificio la construyó! ¡cuántos obstáculos!. Pero para aquella alma de acero no había borrasca, vendaval o tormenta que la detuviera.”

La pequeña comunidad de Terciarias Carmelitas se instaló en la casa que habían construido con el propósito de llevar una vida común; no se trataba por el momento de una congregación religiosa, sino de un grupo de mujeres piadosas, de avanzada edad, que querían apartarse del mundo para tender a una mayor perfección cristiana. No habían vínculos jurídicos de ninguna clase, sólo el deseo de vivir para Dios; Doña Clara Quirós era la líder natural del grupo.

El Director emérito de la Academia Salvadoreña de la Historia, Don Roberto Molina Morales, afirma que fueron tres las señoras que se instalaron con Doña Clara en la casita junto a la Iglesia del Carmen, pero no enuncia sus nombres: *“Apoyada y dirigida por dos eminentes directores de almas, Pbro. Don José María López Peña y Don José E. Argueta, en 1913, unióse a tres señoras que, también como ella, vestían el hábito de la Tercera Orden Carmelitana y, estableciéndose en una casita levantada a la vera de la Iglesia de Nuestra Señora del Carmen, llevaron una vida de recogimiento y oración.”*

Madre Magdalena Barreto, que ingresó a la Congregación en 1918, recoge el nombre de tres de las hermanas que convivieron en la casita junto a la Iglesia del Carmen, aunque nosotros creemos que pueden haber sido más:

Monseñor le entregó la casa de Belén, donde estaba el hospicio de huérfanas que pasó al edificio de Alberto Guirola y se llamó “Hospicio Guirola”. La casa quedó sola y había que renovar un dormitorio y un salón; cuando las cofrades supieron, unas se fueron a sus casas, sólo pasaron cuatro, con Madre Clarita, son: Dolores Najarro, Jacinta Najarro y Mercedes Peraza. Madre Joaquina y Madre Teresa Orantes llegaron después a Belén.”¹³

El Libro Segundo de Actas de la Hermandad no contiene acta ninguna del año 1914, pero de las de principios de 1915 podemos obtener algunos nombres de hermanas que posiblemente estuvieron en los inicios de la Congregación de Carmelitas de San José. El hecho se funda en la coincidencia de las personas que están ausentes cuando Doña Clara de Alvarado está ausente de las Juntas de la Hermandad en los primeros meses de 1915. Así a la sesión del 21 de marzo asistieron las siguientes hermanas: Escolástica de Salinas, Trinidad de Alvarenga, Victoria Bonilla, Dorotea Villeda, Clara de Alvarado, Dolores Najarro, Juliana Sosa m., Juliana Sosa h., Policarpa Cáceres, Dominga Vásquez, Luz Mejía, Candelaria Fuentes, Concepción Nóchez, Jesús Meza, Tránsito Navarro, Dolores Reyes, Nicanor de Delgado, Juana Fernández y Gertrudis Orellana.

A la junta del 16 de marzo de 1915 faltaron las hermanas: Clara de Alvarado, Dolores Villeda, Jesús Meza, Juliana Sosa madre, Dolores Reyes, Dolores Najarro, Elena de Parker y Policarpa Cáceres. El 18 de julio estuvieron ausentes de la junta: Clara de Alvarado, Elena Orellana, Jesús Meza, Policarpa Cáceres y Juliana Sosa madre. En la junta de septiembre de 1915 estuvieron ausentes: Dolores Najarro, Juliana Sosa hija, Juliana Sosa madre, Jesús Meza, Clara de Alvarado, Dorotea Villeda, Timotea Orantes, Tránsito Navarro, Policarpa Cáceres y Trinidad Alvarenga.

¹³ Op.cit. 4.

Entre tales personas estarían algunas de las que acompañaron a Doña Clara Quirós de Alvarado en la casita del Carmen y que abandonaron el proyecto, no a la fundadora, meses después de iniciado.

La vida en la pequeña comunidad de Terciarias Carmelitas transcurriría serena. Escucharían misa todos los días, o varias misas cada día, rezarían el Oficio Parvo de la Virgen María, acaso dirigidas por la dulzura paternal del P. José Encarnación Argueta, visitarían al Santísimo Sacramento que ahora era su vecino, honrarían a la Virgen María con el rezo del Santo Rosario, recibirían alguna plática espiritual del P. López Peña o de la misma Doña Clara Quirós, conocedora de las obras de los grandes maestros de la espiritualidad carmelitana, se dedicarían a las labores hogareñas, coserían ropa para los pobres, visitarían a los enfermos, repartirían limosnas de su pequeño peculio, pero, sobre todo, observaban el silencio, la clausura y la oración en común, como afirma la Madre Magdalena Barreto.

Alguna pequeña dificultad habría: algún enojo, un gesto descortés, algún comentario inconveniente, pero nada más. ¡Qué bueno era vivir en aquella casita!.

“Pero cosas tan bellas nunca suelen durar”, y dos acontecimientos vinieron a turbar la felicidad en que vivían las Hermanas Carmelitas en la casita que habían levantado junto a la Iglesia de su amadísima Virgen del Carmen. El primero fue la llegada de los Padres Jesuitas a la ciudad de Santa Tecla y el otro fue la inauguración del Hospicio “Adalberto Guirola” en la misma ciudad.

Uno de los deseos más queridos por el Obispo de San Salvador, Monseñor Pérez y Aguilar, era que los Padres de la Compañía de Jesús vinieran a fundar nuevamente en El Salvador. Este deseo de su Ilma. se cumple el 18 de agosto de 1914, cuando un grupo de Jesuitas arriba a El Salvador por el Puerto de Acajutla, huyendo de la persecución religiosa que se había desatado en la República Mexicana.

Los Jesuitas son claros con el Obispo, de modo que éste no se cree falsas expectativas, permanecerán en el país mientras dure la persecución de la Iglesia en México. Monseñor Pérez y Aguilar, les encarga la dirección del

Seminario Diocesano y la capellanía de la Iglesia de San José en la ciudad de San Salvador.

En 1916, el Prepósito General de la Compañía envía al Provincial de México, P. Marcelo Renaud, para que agradezca personalmente al Obispo Diocesano el asilo que ha dado a algunos padres de la Compañía en tan difícil situación como atraviesa la iglesia de México y para que firme un acuerdo con él sobre las condiciones de permanencia y trabajos apostólicos que realizarán los religiosos de la Compañía de Jesús en El Salvador.

El acuerdo en cuestión contenía las siguientes cláusulas:

“Acuerdos tomados en las entrevistas celebradas entre el Ilmo. Sr. Dr. Don Antonio Adolfo Pérez y Aguilar, dignísimo Arzobispo de San Salvador, y el R.P. Marcelo Renaud, Provincial de la Compañía de Jesús en México.

1. Por no permitirlo las circunstancias en que se encuentra la Compañía, tanto en El Salvador como en México, no parece prudente hacer convenio alguno definitivo acerca de la permanencia de los Padres en esta República, ni de los ministerios que habrán de desempeñar en dicho país.

2. Seguirán entretanto atendiendo a la dirección y enseñanza en el Seminario Conciliar, según las bases determinadas el año pasado.

3. Así mismo, seguirán desempeñando la capellanía y ejercitando los sagrados ministerios en el templo de San José, que el Ilmo. Señor Arzobispo se dignó desde el año pasado confiar a sus cuidados, entregándolo a la Compañía mientras permanezca en El Salvador.

4. Además, desde este año aceptan la capellanía de la Iglesia del Carmen en la ciudad de Santa Tecla, que el Ilmo. Sr. Arzobispo se dignó ofrecer espontáneamente a la Compañía.

Los Padres recibirán por inventario el templo del Carmen y desempeñarán en él sus ministerios, según los usos y privilegios de la Compañía y como lo hicieron ya el año pasado en el templo de San José de esta ciudad. El Señor Arzobispo se dignó advertir que la iglesia del

Carmen no tiene deudas y que la Tercera Orden no tiene ingerencia en la administración de la Iglesia.

5. La Compañía de Jesús sinceramente agradecida al Ilmo. Sr. Arzobispo, al Venerable Cabildo, al distinguido clero y sociedad salvadoreña, por las muestras de afecto y estimación que le han prodigado, procurará, según sus fuerzas y conforme a su Instituto, seguir promoviendo el bien de las almas y la mayor gloria de Dios en esta República, mientras las circunstancias lo permitan.

En San Salvador a 16 de enero de 1916.

*(f) + Antonio Adolfo,
Arzobispo de S. Salvador.*

*(f) Marcelo Renaud, S.I.
prep.. Prov. Mex.”*

El Arzobispo de San Salvador, por congraciarse con la Compañía de Jesús, que sólo ofrece sus servicios en tanto mejora la situación de la Iglesia en México y “mientras las circunstancias lo permitan”, les ofrece espontáneamente, según el acuerdo, la capellanía de la Iglesia del Carmen en Santa Tecla.

La generosidad del Arzobispo Pérez y Aguilar, mi ilustre antepasado, vulnera directamente derechos de terceros. Afecta, por una parte, a la pequeña y humilde comunidad de Terciarias Carmelitas que con indecibles esfuerzos han construido en las adyacencias del templo una casa para vivir entregadas al servicio de Dios y de los hermanos más pobres. Es evidente, como se verá, que la cesión de la Iglesia del Carmen conlleva también la cesión de la casa de las hermanas terciarias carmelitas. El Arzobispo, deja también muy claro que la Tercera Orden del Carmen no tiene parte alguna en la administración de la Iglesia.

Pero este acuerdo salomónico, también afecta al capellán del Carmen, P. José María López Peña, pues se ve desposeído de un cargo que ha desempeñado con tanta dignidad, eficiencia y sacrificio a lo largo de muchos años. Es cierto que ha sido el mismo Padre López Peña el que ha

pedido al Arzobispo la colaboración de dos sacerdotes jesuitas en el pastoreo de la comunidad de fieles del Carmen, pero el Prelado de la Arquidiócesis lo desposee del cargo de capellán, sin más.

Los Padres Jesuitas tomaron posesión de la Iglesia del Carmen a finales de enero de 1916.

Más tarde (1928), el P. López Peña, como un reconocimiento a sus méritos intelectuales y pastorales, es designado canónigo teologal del cabildo catedralicio y muere en 1936 siendo rector de la Basílica del Sagrado Corazón.

Monseñor Antonio Adolfo actuó en ambos casos en su derecho, pero no en justicia a nuestro parecer.

El “Hogar de Niños Adalberto Guirola” es una institución benemérita en la protección y cuidado de los niños y niñas abandonados, su sede es la ciudad de Santa Tecla.

Si nos remontamos a los años de su inauguración (1915), nos encontraremos que en la Ciudad de Las Colinas existían dos instituciones que se dedicaba al cuidado de los niños huérfanos o abandonados por sus padres: El asilo de San Antonio y el Asilo de Belén. En 1893 se había propuesto al Obispo Pérez y Aguilar la fusión de ambas instituciones, pero éste con buen tino rechazó la propuesta del Gobierno.

Una de las familias más acaudaladas de Santa Tecla era la familia Guirola Duke. El jefe de la misma era Don Ángel Guirola, quien había sufrido la pena de perder a su hijo Jorge Adalberto en una contienda bélica contra Guatemala, manda, en su testamento, que se levante el monumental edificio del “Asilo Guirola”, como es conocido popularmente, en recuerdo de este hijo muerto en la flor de la juventud, en recuerdo de este hijo muerto en la flor de la juventud.

Hasta entonces el orfanato de Belén había estado bajo la dirección de dos santas mujeres que con su propio trabajo y esfuerzo se hacían cargo de todos los niños y niñas que llamaban a sus honradísimas puertas. Su

primera directora fue la ***Srita, Pilar Velásquez*** quien supo guiar a los niños y niñas con mano suave y prudente hasta el día de su muerte en 1905.

La labor al frente del Asilo de Belén la continuó la ***Srita. Joaquina Sandoval***, también virtuosa y excelente cristiana, hasta que el Gobierno del Dr. Alfonso Quiñónez y Molina lo asume como institución oficial y nombra director del mismo al Dr. J. Francisco Núñez. La Srita. Joaquina Sandoval se une al grupo de Doña Clara Quirós de Alvarado.

El 19 de enero de 1915, con la anuencia del Sr. Arzobispo de San Salvador, las niñas del Asilo Belén se trasladan a su nueva y magnífica casa en el Hogar “Adalberto Guirola”. La inauguración del mismo se realiza el 21 del mismo mes y año entre los oropeles de un acto oficial, con presencia de autoridades civiles y militares.

El Arzobispo Pérez y Aguilar tenía conocimiento del traslado del Asilo de Belén al nuevo Hogar Adalberto Guirola, oficialmente, por lo menos , desde el 4 de enero de 1915 en que recibe una correspondencia del Subsecretario de Beneficencia, don José E. Suay, en el que le comunica la decisión del Gobierno del Dr. Quiñónez Molina de aceptar la donación del Asilo Adalberto Guirola y, al mismo tiempo, trasladar allá a las niñas del Asilo Belén.

El Prelado acepta gustoso el traslado de Belén al Asilo Guirola, pero le preocupa que el antiguo convento de los Capuchinos quede deshabitado porque se escuchan rumores de que la intención del Gobierno es ocupar el local para utilidad del ejército. Con muy buen tino, el Arzobispo, piensa que una manera de evitarlo era dejar allá unas cuantas niñas y trasladar la comunidad de Terciarias Carmelitas de la Iglesia del Carmen. También pensaba en la comunidad de Padres Jesuitas que pronto iría a vivir a Santa Tecla y que necesitarían una casa.

Madre Genoveva del Buen Pastor relata los acontecimientos siguientes:

“Un día fue llamada por el Arzobispo (Antonio Adolfo Pérez y Aguilar) quien le dijo:

- Los religiosos Jesuitas están para llegar, quiero que vayan a Santa Tecla, ¿Quiere Usted darme su casita?.

Inmediatamente contestóle:

- Monseñor, para la Gloria de Dios, mi casa, mi corazón y mi vida.

Y se desprendió generosamente de aquella casa que tantos sacrificios le costara, y su más acariciado ideal.”

A una sugerencia del Arzobispo, Doña Clara Quirós de Alvarado, responde de inmediato entregando la casa que a ella y sus hermanas terciarias carmelitas les había llevado construir siete años, centavo a centavo, renuncia a renuncia, pero Monseñor quería aquella casa para la Compañía de Jesús y ella, la más pobre entre las pobres, la daba pensando en la gloria de Dios. Si a Dios le había entregado ya toda su persona, como no entregarle también una casa que le pedía por medio de su ministro. Obedecer a Monseñor, era obedecer a Dios.

Dios quería que Madre Clara María de Jesús iniciara su obra en la mayor pobreza, con total carencia de medios, el convento de Belén era un signo que el Señor le daba: así como la obra redentora de Jesús tuvo su comienzo en el humilde pesebre de Belén, su congregación religiosa tenía que comenzar en la humildad de un convento medio en ruinas, el convento de Belén.

CAPÍTULO XIII.

El Antiguo Convento de Belén.

El Antiguo Convento de Belén, en Santa Tecla, está vinculado a algunas de las más grandes empresas apostólicas de la Iglesia en El Salvador, y también a algunos de los más estremecedores movimientos telúricos, el último de los cuales, enero-febrero de 2001, borró casi todos los vestigios de su pasado glorioso, excepto el pórtico de la antigua entrada que, aunque con andamios, se mantiene en pie.

En 1916, el **R.P. José Encarnación Argueta**, emprendió la tarea de escribir la “Historia del Convento de Belén”, desde su fundación hasta el año de 1916, o sea, hasta el momento en que se erige canónicamente la Congregación de Carmelitas de San José.¹⁴

En este capítulo seguimos de cerca el texto del P. Argueta.

“Hay acontecimientos –dirá el P. José Encarnación- que es necesario perpetuar y cuya memoria necesita conservarse, no ya como tradición

¹⁴ El P. José Encarnación Argueta, muy vinculado a los orígenes de la Congregación fundada por Madre Clara María, nació en Guatemala el 25 de marzo de 1866, en la ciudad de Guatemala. De niño se estableció con sus padres en la ciudad de Santa Tecla, por lo que “la colina teclena puede ufanarse de ser su madre de nutrición. Allí realizó sus estudios hasta que siguiendo su vocación sacerdotal, decide entrar en el Seminario Conciliar para realizar los estudios eclesiásticos.

Debido a su aguda inteligencia y fiel memoria es enviado por sus superiores a realizar estudios en la Universidad Gregoriana, en la ciudad de Roma, donde obtiene el doctorado en Filosofía y Teología. Ordenado sacerdote en 1892 se dedicó de lleno al trabajo apostólico en la Parroquia de La Inmaculada en Santa Tecla.

Sintiéndose atraído por el carisma de los Padres Salesianos, ingresa a dicha Congregación fundada por San Juan Bosco, incardinándose definitivamente en ella. Trabaja en Panamá, Honduras y Guatemala en donde tiene lugar su santa muerte el 6 de diciembre de 1934. Murió a los 68 años de edad, 25 de profesión religiosa y 42 de sacerdocio.

Fue una ayuda invaluable en la formación religiosa y espiritual de las Carmelitas de San José.

oral sino mas bien escrita y a modo de historia a fin de que los presentes y los que vengan después tengan común edificación y den en todo tiempo aquella gloria que Dios se merece por las constantes obras que suele inspirar, valiéndose de las criaturas, casi siempre débiles, para conseguir sus altísimos fines.”

La historia del convento de Belén, se remonta en el tiempo, a la noble figura del Coronel Don León de Jesús Castillo, propagador de la devoción a la Virgen del Carmen en El Salvador y constructor sacrificado de templos en honor de la Madre del Señor.

La Municipalidad de la recién fundada población de Nueva San Salvador (1854), cedió a Don León Castillo un terreno en la ciudad que él utilizó para edificar el soñado y prometido templo a Nuestra Señora del Carmen. Al mismo tiempo construyó, al lado de la Iglesia del Carmen, una casa que serviría de convento a las Hermanas Carmelitas Descalzas que planeaba traer de Guatemala, proyecto que al final no se concretó, a pesar de haber realizado todos los trámites requeridos, como puede verse en los archivos de las Hermanas Carmelitas de San José.

El convento, sin embargo, no permaneció inutilizado pues durante un corto tiempo fue habitado por los Padres Jesuitas que habían venido a misionar a El Salvador en 1863.

Cuando los padres jesuitas moraron en Belén, ni el templo ni el convento estaban concluidos, pues los trabajos habían tenido que suspenderse debido a la guerra de 1863 y a la expulsión del territorio de la República del Obispo Diocesano, Monseñor Pineda y Saldaña, pero en cuanto las condiciones lo permitieron la construcción se continuó.

“Edificóse entonces la sacristía –dice don Roberto Molina Morales- y se levantaron dos naves, paralelas a la central, así como el campanario. Tanto las paredes de fondo como las laterales se edificaron de ‘talpetate y ladrillo’ y comenzó la construcción de la espadaña donde se colocaron tres campanas, siendo una de ellas ‘volteadora’. Estas campanas pasaron luego al campanario concluido.

Bajo la espadaña mencionada se abrió la puerta que sirvió de entrada al convento de los Padre Capuchinos.”

Después, durante diez años, habitaron el Convento de Belén los Padres Capuchinos a quienes debe su nombre.

“(Los PP. Jesuitas) Se regresaron a Guatemala de donde habían venido y, poco tiempo después, ingresaron en esta misma ciudad de Santa Tecla y en son de misión los PP. Esteban de Adoaín, Fray Bernardino y Fray Pedro, junto con los hermanos legos Fray Crispín, Fray Félix y Fray Lorenzo, todos capuchinos.

La misión de estos se hizo tan permanente que tardaron diez años (desde 1864 hasta el 22 de julio de 1874, en que fueron expulsados del País por el Gobierno de Don Santiago González.)”

Los Capuchinos emprendieron obras de reforma en el convento a manera de darle la forma de un claustro, muy propio de las órdenes mendicantes, con una hermosa fuente en el centro del patio.

Una vez que la donación de la Iglesia y sus construcciones adyacentes a ella fue formalmente hecha por don León Castillo a los Padres Capuchinos, estos cambiaron el nombre del templo, que dejó de llamarse del Carmen para adquirir el nombre de Iglesia de Belén. La imagen de la Virgen del Carmen fue trasladada a la Iglesia de Concepción y en su lugar se colocó la de La Divina Pastora. Al convento también comenzó a llamársele de Belén. Las obras del convento y de la Iglesia fueron bendecidas el 1 de marzo de 1866.

Los PP. Capuchinos fueron expulsados de El Salvador por el régimen anticlerical del Mariscal Santiago González el 22 de julio de 1874, que también había desterrado al Obispo Diocesano, **Monseñor José Luis Cárcamo y Rodríguez**, y al benemérito sacerdote **Don Bartolomé Rodríguez**, entre otros muchos.

“Pero los diez años que estuvieron estos santos padres, como los llama así la gente buena, dejaron tal espíritu de religiosidad en Santa Tecla, el cual siempre le ha hecho distinguirse entre las poblaciones de la Diócesis; y la iglesia y casa que santificaron los buenos religiosos con sus virtudes, siempre ha estado saturada de ese espíritu de Dios, que ha alejado

posesión diabólica, manifestando que no debe ocuparse sino para obras buenas y santas.”

Tras la expulsión de los Padres Capuchinos vino a habitar el Convento de Belén el Obispo, Monseñor Mariano Ortiz y Urruela, Auxiliar de Guatemala, que había sido expulsado por el Gobierno de Don Miguel García Granados. Sin embargo, por presiones del Gobierno de Guatemala que pedía la expulsión del Prelado guatemalteco, algunos meses después fue obligado a salir del país hacia Nicaragua en donde murió.

También habitaron en Belén un grupo de religiosas, expulsadas de Guatemala por la persecución liberal de García Granados. Se trataba de dos Concepcionistas, **Sor Teresa Villacorta y Sor Felicitas Morales** y por la Carmelita Descalza **Sor Margarita Paredes**. Sor Teresa Villacorta se trasladó a un convento de su orden en España y Sor Felicitas Morales murió en Belén. Sor Margarita Paredes dejó el Convento de Belén, muriendo, al parecer en casa de unos familiares.

Tras estas breves estancias en el Convento de Belén, este le fue concedido por el Obispo, Monseñor Cárcamo y Rodríguez, a la Srita. Pilar Velásquez quien realizaba por cuenta propia una obra a favor de las niñas pobres de carácter excepcional. El P. José Encarnación Argueta cuenta la historia así:

“La caritativa señorita Pilar Velásquez, hija legítima de Don Teodoro Velásquez y Doña Josefa Quito, heredando de sus buenos padres todo aquel espíritu de caridad cristiana, había recogido en su casa de habitación a unas diez huerfanitas con el objeto de formarlas. Llegó cierta tarde, cuando el crepúsculo avanzaba el M. Ilustre Sr. Vicario de la Diócesis, Dr. Don José Antonio Aguilar, en nombre del Ilustrísimo Señor Obispo Dr. Don José Luis Cárcamo a proponerle y hasta exigirle muy paternalmente que aceptara la traslación de sus dichas huerfanitas al convento de Belén. De una persona de las condiciones que la Señorita Velásquez y pesadas las circunstancias, ¡quien lo creyera!, a esas mismas horas se ordenó a las huerfanitas que prepararan su ropita de cama y que se fueran a dormir, desde esa misma noche, como en efecto lo hicieron, al convento de Belén, amaneciendo al día siguiente instalados en el hospicio y dando a conocer al público, ya de palabra, ya

por el acuerdo diocesano del que hacía las veces de Monseñor Cárcamo y Rodríguez.

Está por demás decir que la Señorita Pilar Velásquez fue la Directora de aquella obra de beneficencia cristiana.

A principios de marzo, pues, del año 1875, y bajo la protección de la Beata Mariana de Jesús Paredes, la Azucena de Quito, quedó fundado este hospicio de huérfanas de Belén.”

Durante muchos años la Srita. Pilar Velásquez es el alma de aquella institución de caridad, su capacidad de entrega a las niñas abandonadas y su sacrificio para que nada les faltara a lo largo de casi treinta años son dignos de encomio. *Si las obras –dirá el P. Argueta- no fueran de Dios, especialmente estas que tratan de la clase menesterosa de la sociedad, sería imposible sostenerlas, en efecto: la Señorita Pilar Velásquez con el aumento progresivo las huérfanas, pasó no pocas dificultades que sólo Dios sabe.....Es cierto que además del auxilio divino contó con el apoyo material y moral de los prelados y otras buenas personas que Dios suele buscarse como palancas para sostener sus obras.”*

La señorita Pilar murió el 23 de agosto de 1905. En su lugar como directora del asilo de huérfanas de Belén quedó su hermana Concepción, y después de ella la Srita. Joaquina Sandoval que ingresó en la Congregación de Madre Clara María, después del traslado del asilo de huérfanas al Hogar Adalberto Guirola y dejado la dirección en manos del Dr. Francisco Núñez

El terremoto de 1915 dejó regularmente deterioradas el convento e iglesia de Belén, de modo que la primera tarea de las futuras habitantes del lugar sagrado sería reedificar los muros del vetusto monasterio.

CAPÍTULO XIV.

Los Inicios de la Congregación de Carmelitas de San José.

La petición-mandato del Sr. Arzobispo Pérez y Aguilar que privaba, al pequeño grupo de mujeres que se habían reunido en torno a Doña Clara Quirós, de la casita que con tantos esfuerzos, privaciones y sacrificios habían construido, hizo que la naciente comunidad de Terciarias Carmelitas entrara en crisis y que todas las compañeras de Doña Clara abandonaran el proyecto, negándose a trasladarse al viejo y destartado Convento de Belén.

Aquellas dignas señoras, no estaban dispuestas a mudarse a una casa que no ofrecía las condiciones para una vida cómoda, no estaban dispuestas a asumir la tarea de reconstruir el viejo convento y tampoco les agradaba la idea que comenzaba a rondar en el ambiente que lo que se pretendía era fundar una Congregación Religiosa, lo que suponía una exigencia aun mayor que la que ellas estaban dispuestas a asumir.

Doña Clara Quirós, obedientísima al mandato del Arzobispo, el mismo día toma sus cosas y se traslada, ella sola, al enorme caserón que era Belén. El 19 de febrero de 1915, entraba Doña Clara Quirós v. de Alvarado al ex convento Capuchino, día que en el “Libro de Personal” de las Carmelitas de San José, se tiene como el de ingreso de la Madre Clara María de Jesús al Instituto por ella fundado.

Madre Magdalena Barreto, disiente de la idea que Madre Clara llegara ella sola al convento de Belén y afirma: *“Monseñor le entregó la casa de Belén, donde estaba el hospicio de huérfanas que pasó al edificio*

“Adalberto Guirola” y se llamó “Hospicio Guirola”. La casa quedó sola y había que renovar un dormitorio y un salón; cuando las cofrades supieron, unas se fueron a sus casas, sólo pasaron cuatro con Madre Clarita son: Dolores Najarro, Jacinta Najarro y Mercedes Peraza. Madre Joaquina y Madre Teresa Orantes llegaron después a Belén.....”

En realidad, estas hermanas de las que habla la Madre Magdalena Barreto se unieron más tarde al proyecto fundacional de Madre Clara María Quirós. El 15 de abril ingresa la Hermana Dorotea Villeda, de 49 años de edad, que abandonará la Congregación el 19 de junio de 1916, siendo la primera defección conocida. La Hermana María Teresa de la Cruz Orantes ingresa el 17 de mayo de 1915 y fallece en la Congregación el 8 de marzo de 1920. El 7 de agosto ingresa la Hermana Joaquina Sandoval, de 66 años de edad.

En los primeros meses 1916 ingresan dos hermanas más: el 8 de enero, Dolores Najarro, de 61 años de edad; y, el 21 de abril, Mercedes Viuda de Rivera, que viene desde Suchitoto, Departamento de Cuscatlán, de 56 años de edad. A Jacinta Najarro no hemos logrado identificarla, ni en los libros de la Hermandad, ni en el Libro de Personal de las Carmelitas de San José. Madre Genoveva del Buen Pastor agrega a este grupo de primeras compañeras de Madre Clara a una tal hermana Juliana, omitiendo a Jacinta Najarro: ***“Obtuvo el permiso de sus superiores eclesiásticos y se reunieron las siguientes personas: Ella, la Señorita Timotea Orantes, Señorita Joaquina Sandoval, Doña Dolores Najarro, Doña Mercedes Peraza y Doña Juliana. Comenzaron con gran fervor yendo siempre adelante la ejemplar doña Clara, a observar la clausura, el silencio y la oración común.”***

El Padre Encarnación Argueta también recoge el nombre de esta Doña Juliana, como una de las primeras compañeras de Madre Clara María: ***“...y así la casa fue tomando una forma especial que hacía presagiar buenas condiciones para lo futuro, máximo con las asociaciones que hicieron la misma Señorita Joaquina Sandoval, la Señorita Dolores Najarro, la Señorita Timotea Orantes y la buena maestra de escuela Señorita Julia***

Hernández; llegando más tarde de la ciudad de Suchitoto a asociarse a la obra, Doña Mercedes Peraza de Rivera.”

La obra que, como Fundadora, tenía delante de sí la Madre Clara María era ingente y de muy diversas índoles: primero había que restaurar la estructura física del Convento de Belén, luego había que organizar la pequeña comunidad carmelita, fijando el estilo de gobierno, la espiritualidad, los actos de la vida común, los fines apostólicos propios de la misma, etc; de igual manera la naciente Congregación tenía que asumir la educación de algunas niñas que había quedado en Belén, cuando el Hospicio de Huérfanas fue traslado de local al “Hogar Adalberto Guirola.”

Lo primero que Madre Clara asumió fue la restauración de los daños que el terremoto de 1915 había causado en el edificio. Algo de experiencia tenía en el asunto, pues ya la hemos visto dirigiendo obras en casas de su propiedad, y colaborando con el P. López Peña en la dirección de la construcción de la casita de la Iglesia del Carmen, de modo que se puso manos a la obra y ***“Restauró con el auxilio y dirección del Prelado la parte posterior de la Iglesia, y también el interior de la casa y en su solar cercado de tapial, hizo importantes reformas.”***

Con las dos o tres niñas que permanecieron en Belén, con el fin de que ante las autoridades civiles, el convento apareciera como dotado de una función de servicio a las niñas pobres, Madre Clara abrió una pequeña escuela para niñas externas y pobres. Pronto el número subiría de dos o tres de las más formalitas, como señala el P. Argueta, a más de cuarenta.

Así, en suma pobreza, sencillez y sin apoyaturas en estructuras de poder político, económico o religioso se inicia la vida de la Congregación de Carmelitas de San José. En su **Primera Carta a los Corintios** el Apóstol Pablo mira a la comunidad cristiana y afirma: ***“Y si no, mirad, hermanos, vuestra vocación; pues no hay entre vosotros muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles. Antes eligió Dios la necedad del mundo para confundir a los sabios y eligió Dios la flaqueza del mundo para confundir a los fuertes”***¹⁵; tampoco en la comunidad de Belén había grandezas humanas, pero sí unos enormes deseos de hacer la

¹⁵ 1, 26-31.

voluntad de Dios y caminar hacia la santidad. Tal es la constatación que de aquellos años hace la Madre Genoveva del Buen Pastor:

“Se observaban las virtudes, tenían lugar preferente en aquella naciente comunidad como que sus primeras piedras eran ya maestras en ellas, todas de vida ejemplar. La obediencia se practicaba con alegría, no se hacía lo más pequeño sin permiso, y lo mandado aunque fuese el sacrificio más grande se hacía por orden de aquella madre que daba el ejemplo.

Enseñaba a cumplir con la caridad fraterna admirablemente, mandaba que se corrigiera a la hermana que se le viera cometer una falta y ésta debía contestar: Dios se lo pague, hermana. ‘No debe ser tan de vidrio que no se les pueda tocar, pero la otra debe creer que su hermana es de vidrio, que con un soplo se empaña, y por eso deben tratarse con respeto y caridad.’

La santa pobreza era su preferida: pobre voluntaria, sus hijas le daban dinero, ropa o algún platito, y ella, con mucha sal, decíales: ‘Esto no me alcanza para todas’. Si es para ti, mamá. Para mí no quiero nada, jamás se comía una manzana entera, o una naranja sin semilla, la hacía pedacitos y pasaba por toda la mesa. En todo y en todas partes resplandecía la pobreza, pero una pobreza atractiva, ¡suma limpieza!... ella misma remendaba la ropa de las niñas.

Una vez estaba, la que escribe, remendando una enagua blanca con su remiendo de color y me dijo: ‘Hermana, eso no es pobreza, sino desorden, póngale blanco. Una telaraña no se veía en esta casa de 50 años.’

La piedad: en esta virtud corría pareja con los ángeles, rezaba despacio con una entonación que emocionaba. El vía crucis lo hacía con sus propias palabras, me parece que no he visto en ningún libro otro igual. Era eucarística. Delante del sagrario cambiaba su semblante. Todo lo mejor para Jesús. Quería que el acto de la comunión fuera solemne; un canto, pero bien cantado.

...No permitía que se hablara en la capilla, cuando quería corregir salía fuera y por la ventana nos decía, por ejemplo, hagan pausa en el asterisco, recen despacio, ¿quién las persigue?. Al canto le daba una entonación conmovedora. Tenía muy fino el oído, pues sabía música, creo, porque nos corregía en el solfeo y en el piano.

¡La navidad!: entonces si que se olvidaba de sus años y se hacía niña. El belén lo arreglaba de lo mejor, nos compraba panderetas, pitos, tambores y cuanto había para arreglar esa noche, pues todavía se usaba amenizar la Misa con toda clase de música.

Ella misma jugaba con nosotras, que era tan ingenua, tan sencilla en la vida íntima, y como poseía un gran caudal de humildad se abajaba hasta las más pequeñas. Humorística cual pocas, esta santa virtud, la tenía heroica, creía que no merecía ser nuestra superiora, decía: ‘Hijas, lo digo con toda verdad: no merezco ser su madre. No pensé que sería fundadora de este palomarcito. ¿Una pecadora como yo...estar con estas almas puras? No soy digna de besarles los pies.’

No quería que le dijeran Reverenda. ‘La madre soy.’

El silencio se guardaba muy bien, en especial el riguroso. Después del solemne toque de campana que daba las nueve de la noche, nadie hacía el menor ruido al cerrar puertas o tomar una silla y como todas debíamos estar en las celdas, solamente por un trabajo urgente nos podíamos quedar hasta las doce de la noche. Un ejemplo: una religiosa no sé por qué motivo se quedó sin entrar en el dormitorio a la hora ¿y qué hizo? Se acomodó en la panadería y allí pasó la noche, por no tocar; la Madre no lo tomó a bien, es claro.

En este tenor de vida pasaban los años....”

El año 1915 es un año fundamental en la configuración de la identidad y el carisma religioso de las Carmelitas de San José, pues, en medio de una actividad prodigiosa, que también narra la Madre Genoveva en su biografía-testimonio, la Madre Clara María de Jesús encuentra el tiempo para pasar largas horas de oración ante el Santísimo Sacramento y como

fruto de ellas redacta el “**Reglamento**”, en el que recoge los elementos esenciales de su inspiración fundacional.

El texto del “**Reglamento**” es de la mayor importancia para las “Carmelitas de San José”, no sólo porque recoge lo que la virtuosa Fundadora piensa que debe ser la Comunidad por ella fundada, sino porque fue redactado de su puño y letra, de manera que constituye un elemento capital en la herencia espiritual del Instituto.

Incluimos aquí el texto íntegro del Reglamento que, aunque un poco extenso, tiene una importancia capital.

A.M.D.G.¹⁶

Reglamento para la comunidad de las Hermanas Terceras de Nuestra Señora del Monte Carmelo¹⁷ fundada en Santa Tecla el año 1915 en la casa-convento de Belén con el nombre de “Terasas de San José”, patrocinadas por nuestro Padre y Fundador San Elías y Nuestra Madre Santa Teresa de Jesús.¹⁸

Fines y Objeto de la Comunidad.

Con el fin principal de servir a Dios nuestro Señor y a su Santísima Madre, Nuestra Señora del Carmen, y ayudar, en cuanto sea posible, a nuestra Madre la Santa Iglesia, representada por nuestro Dignísimo Prelado el Sr. Arzobispo de esta Arquidiócesis, se fundará¹⁹:

1º. Una escuela externa para niñas pobres, para enseñanza primaria y, sobre todo, el catecismo de la Doctrina Cristiana; y se organizará, al mismo tiempo, talleres de los oficios más necesarios, para que puedan más tarde ganarse la vida honesta y honradamente, como son: lavar, aplanchar, cocinar, coser, zurcir, bordar, hacer flores, trabajar la cera, el pelo, etc.²⁰

¹⁶ Iniciales de la frase latina “**Ad Maiorem Dei Gloriam**”, esto es: “A mayor gloria de Dios”, lema que hizo suyo S. Ignacio de Loyola y la Compañía de Jesús por él fundada.

¹⁷ Todas las órdenes o congregaciones religiosas femeninas son por su propia naturaleza laicales.

¹⁸ Madre Clara María, gran conocedora de la espiritualidad y de la historia Carmelita, quiere entroncar histórica y espiritualmente al naciente Instituto con la tradición que hace descender a los carmelitas del Profeta Elías y así pone su Congregación bajo el Patrocinio de San Elías y, por supuesto, de Santa Teresa de Jesús.

¹⁹ La vida religiosa entendida como consagración total de la persona al Dios sumamente amado por la profesión de los Consejos Evangélicos de pobreza, castidad y obediencia, tiene una necesaria implicación teocéntrica. El fin principal de la Congregación, dirá Madre Clara María, es servir a Dios, nuestro Señor; pero la Carmelita en su pensamiento, y en la espiritualidad carmelitana, es también una consagrada a María, en quien tiene un modelo perfecto de consagración al plan de salvación de Dios para los hombres. La dimensión eclesial de la vida religiosa también aparece claramente señalada cuando afirma que uno de los fines de la congregación es la ayuda a la Iglesia, que es Madre, en cuanto sea posible. Todos los institutos religiosos surgen como respuesta a una necesidad de la Iglesia, sea universal o local, de allí la orientación a una dependencia con el Pastor Diocesano, que representa a Cristo y a la Iglesia.

²⁰ A partir de este numeral, hasta el 5º. Inclusive, Madre Clara señala las formas del apostolado de la Congregación, posiblemente numerados en orden de importancia. El primero, será la formación de las niñas en peligro social de corrupción o abandonadas por sus padres. A ellas, no sólo se les acogerá en la casa-convento de Belén, sino también se les preparará a través de la enseñanza de un oficio de modo que puedan ganarse el sustento y el de sus familias de manera honrada. Madre Clara señala incluso, a modo

2°. Asistir enfermos a domicilio, durante el día, y procurar en cuanto sea posible la salvación de sus almas, exhortándolos y proporcionándoles la recepción de los santos sacramentos. Este cargo será desempeñado solamente por hermanas de cincuenta años en adelante; y para personas de otro sexo, lo cual será en casos muy extremos y excepcionales, la hermana enfermera irá siempre acompañada de alguna persona grave, aunque ésta no sea de la comunidad, cuando la necesidad así lo exija.

3°. La Comunidad tomará a su cargo el servicio de los ejercicios espirituales del Venerable Clero, siempre que el Ilmo. Sr. Arzobispo lo tenga a bien, y estarán a su cuidado todos los útiles necesarios para el caso, a fin de que los ministros del Señor sean servidos con la debida escrupulosidad y decencia que corresponde a su alta dignidad.

4°. Después de practicados los ejercicios espirituales de la Comunidad, los que durarán siete días, incluso los de entrada y salida, se proporcionarán otros, exclusivamente para las VV.TT.OO ²¹religiosas sirviéndolos personalmente, facilitando lo necesario, y aun nuestra casa de habitación, siempre que la necesidad lo pida y el local lo permita.

5°. La Comunidad estará siempre pronta para cualquier caso extraordinario en que el Ilmo. Sr. Arzobispo, necesite sus servicios, ya sea dentro o fuera de la casa, y cuando haya alguna causa que impida esta obediencia, será manifestada al mismo Prelado, para que decida si el motivo es o no suficiente, para faltar en este punto al Reglamento.

de ejemplo, los oficios propios de una mujer que las niñas aprenderán: bordar, zurcir, hacer flores, velas, cortar el pelo, etc.; un segundo apostolado, señalado en este Reglamento es el de la atención domiciliar de los enfermos, en la misma línea de la Congregación fundada por Santa Soledad Torres Acosta. Por la Madre Genoveva del Buen Pastor, sabemos que este era un apostolado realizado por Madre Clara cuando era seglar.

El aprecio y reverencia en que la Fundadora tenía a los sacerdotes, aun a los indignos, hace que piense que uno de los apostolados de las Carmelitas de San José sea el servir a los ministros de Dios en los ejercicios espirituales, atendiendo ellas a todas las preocupaciones materiales, de modo que los clérigos puedan dedicarse a “vacar solo en Dios.” “Lo harán- dirá- con la escrupulosidad que corresponde a su alta dignidad.” Este apostolado lo extenderá a las Venerables Terceras Órdenes.

Finalmente, establecerá que sus religiosas también estarán dispuestas a colaborar con el Prelado Diocesano, en cualquier situación extraordinaria en que éste lo solicite.

²¹ Siglas de Venerables Terceras Órdenes.

Ingreso.

1°. Para ingresar a la Comunidad, se observarán todos los trámites y requisitos que manda la Regla y el Prelado ordenare, siendo entre ellos, los más esenciales, las partidas de bautizo y confirmación, el certificado de buena conducta, y que la solicitante debe tener a lo menos (14) catorce años cumplidos.²²

Dote.

2°. La dote será convencional, según las circunstancias. Para las personas de catorce hasta treinta años será de trescientos pesos, y de treinta en adelante será de mil pesos.²³

Útiles.

3°. Las admitidas llevarán las cosas más indispensables para su uso personal como: cama, mesa de noche, un baúl, un lavatorio y pichel, cubiertos, platos, tazas, etc. Además cuatro sábanas, colcha y frazada, tres camisones de dormir, cuatro sobrefundas, camisón de baño y demás ropa de uso.²⁴

Postulantes.

4°. El postulantado durará seis meses o un año, según lo indique la Regla y el Superior lo crea conveniente, durante el cual portarán las postulantes vestido y manto o tapado negros, golilla café y cuello y puños blancos.

Hábitos.

²² Todos los Institutos Religiosos señalan los requisitos de ingreso que el candidato debe reunir para ser admitido. Madre Clara María señala los esenciales, en otro lugar afirmará que el único requisito para ingresar a las Carmelitas de San José es querer hacerse santa. El Código de Derecho Canónico de 1917, señalaba en sus cánones 542-544 los requisitos de admisión al Noviciado.

²³ La dote era una institución muy importante para el sostenimiento económico de las casas de religiosas, por eso ésta deberá entenderse como una ayuda para atender al sustento de la religiosa. La dote puede darse en efectivo o en otro tipo de valores económicos.

²⁴ Con mucho detalle Madre Clara María señala el ajuar que debía llevar al convento una religiosa de su congregación.

5°. Las hermanas profesas y novicias, portarán el hábito de algodón dentro de la casa, reservándose el de lana para las comuniones de Regla y las festividades solemnes; y para salir a la calle a desempeñar algún cargo de los estipulados en este reglamento (se podrá vestir, aunque no es obligatorio) una enagua negra sobre la túnica del hábito con manto o tapado del mismo color excepto cuando la salida sea al templo a oír la santa misa o a recibir la Sagrada Comunión, o visitar al Santísimo Sacramento en alguna Iglesia donde esté la divina majestad expuesta, y para las visitas a los sagrarios el día Jueves Santo; así como también para ir al Palacio Arzobispal, a comunicar con el Prelado y demás superiores; que en estos casos no se podrá hacer uso de esa concesión y se deberán portar los hábitos descubiertos.

6°. Cada tres años se hará elecciones de la superiora (y demás miembros del Consejo) por votos secretos cuyo escrutinio estará reservado al Superior, o a su representante. Está enteramente prohibido a las hermanas trabajar unas contra otras, tanto (y mucho más) para sí mismas, como para las que sean de su agrado lo que no se podrá hacer ni directa ni indirectamente, pues en este caso las elecciones serían del demonio y no de Dios, a quien con esa conducta se le atarían las manos, si así puede decirse, para que salga electa aquella a quien El tiene determinado dar su gracia y asistencia para el desempeño de tan delicado y penoso cargo. Estas elecciones se efectuarán al terminarse la serie de ejercicios espirituales que corresponda al tiempo de ellas, que será generalmente a fines de año.²⁵

Prácticas.

7°. Fuera de la recreación, las hermanas guardarán un estricto silencio, el que no podrán interrumpir si no es con mucha necesidad, y en cuanto el empleo o cargo de cada una lo pida, y esto con la mayor moderación posible, sin levantar demasiado la voz y no teniendo en ninguna manera chanzas o bromas que sean ofensivas al prójimo, o que se opongan a la moral, decoro y recogimiento, que todas están obligadas a guardar para poder así estar aun en medio de las forzosas ocupaciones, más íntimamente

²⁵ Un elemento que podríamos llamar constitucional: la forma como se elige a la Superiora General y el período en que esta ejercerá tal cargo o función. El elemento experiencial es la prohibición de todo tipo de proselitismo en las elecciones, porque, dirá Madre Clara María, de esa manera le atamos las manos a Dios, es decir, no se permite que actúe el Espíritu Santo.

unidas a Dios, cuyo objeto principal es el que las ha reunido y poder así, conversar en el silencio del alma con aquel Señor que dijo: ‘ Yo la llevaré a la soledad y allí le hablaré al corazón.’ Y porque el alma bulliciosa siempre andará turbada y no podrá en ningún modo percibir los suaves y amorosos silbos del Amado Pastor que puesta sobre los hombros la sacó del bullicio del mundo, trayéndola a su casa, donde quiere y exige que cada esposa suya sea como un huerto cerrado, un precioso jardín y un ameno paraíso donde poder recrearse y descansar con ella; se pondrá mucho esmero en este tan saludable ejercicio de la virtud del silencio.

El alma silenciosa tiene su conversación en los cielos, con los ángeles y santos, convirtiendo de modo prodigioso todas sus faenas del día y aun el descanso de la noche, en una muy alta, subida y constante oración ¿qué mayores bienes podemos pedir a tan preciosa y peregrina virtud? ¡Oh silencio, divino silencio!....tú también nos enseñas a hablar con las criaturas el lenguaje de los ángeles, cuando la necesidad y la caridad del prójimo, nos pide nuestra comunicación.

Procurarán las hermanas, en cuanto pueda evitarse, las comunicaciones inútiles con las personas de afuera y más con las del otro sexo; y aun con las mismas empleadas que no están en comunidad, con las cuales es enteramente prohibido tener particular amistad e intimidad, así como también entre las mismas hermanas, por estar entre otros motivos el de faltar a la caridad con las demás a quienes tenemos la obligación de amar en Jesucristo sin distinción de personas.²⁶

Sacramentos.

²⁶ Este apartado podría llamarse “elogio del silencio”, porque en el, Madre Clara María, habla del silencio que posibilitará a la religiosa mantener la mente elevada a Dios, vivir constantemente en su presencia y continuar la práctica de la oración aun en medio de los oficios y trabajos de la vida cotidiana. Su aprecio del silencio manifiesta la dimensión profundamente contemplativa de su vida. En alguna expresión se siente la huella de Lope de Vega: **“Pastor que con tus silbos amorosos/ me despertaste del profundo sueño;/ Tú que hiciste cayado de ese leño/ en que tiendes los brazos poderosos,/ Vuelve los ojos a mi fe piadosos,/ pues te confieso por mi amor y dueño/ y la palabra de seguirte empeño,/ tus dulces silbos y tus pies hermosos./ Oye, Pastor, pues por amor mueres,/no te espante el rigor de mis pecados/ pues tan amigo de rendidos eres./ Espera, pues y escucha mis cuidados/ pero ¿cómo te digo que me esperes?/ si estás para esperar los pies clavados.”** También San Juan de la Cruz emplea en el “Cántico Espiritual” expresiones parecidas: **“Mi amado, las montañas, /los valles solitarios nemorosos, / las ínsulas extrañas, / los ríos sonoros/ el silbo de los aires amorosos.”**

8°. Las hermanas están obligadas a confesarse a lo menos cada quince días, si no fuera posible hacerlo una o dos veces por semana lo cual será más laudable y provechoso para el alma que, como sabemos, este santo sacramento, cuando se practica con las disposiciones debidas, no tan sólo la limpia y purifica para que pueda dignamente recibir todos los días la Sagrada Comunión, sino que la dispone y fortalece, y le da un aumento de gracia que le sirve de rémora para no caer en lo de adelante con tanta facilidad en las propias miserias.²⁷

Obediencia.

9°. Siempre que no haya pecado en lo que se nos manda debemos obedecer inmediatamente, sin réplica ni contradicción, porque en la de nuestros superiores debemos ver la voluntad de Dios que por ellos quiere manifestárenos, y no tan sólo a la Madre Superiora, sino también a las superiores subalternas debe obedecerse, a cada una según y en orden al cargo que desempeñan. Y en esta tan penosa como importante y necesaria virtud estamos obligadas a rechazar aun los juicios y pensamientos que contra ella nos vinieran, con la misma energía y solicitud con que lo haríamos en los pensamientos que contra la santa pureza nos vinieran o contra la santísima caridad y las demás virtudes.

Pero debe advertirse que, si lo que se nos manda prevemos que pueda acarrear dificultades graves a nuestra propia alma o a la de nuestras hermanas (y más si están a nuestro cargo) o a la salud de unas y otras, así como también a la casa en general; no sólo no se faltaría a la obediencia, en hacer en estos casos, con la moderación y respeto debidos, para evitar esos males, las observaciones necesarias; si no estamos obligadas en conciencia de hacerlas, (y de esto nos viniera algo que sufrir) mas si no fuéramos atendidas y no obstante nuestra insinuación, se nos compele a obedecer en aquello, hagámoslo con el candor y el desasimiento con que obedece un niño a su querida madre, que sabe, no le desea más que bien.

²⁷ La frecuencia de los sacramentos de la reconciliación y de la comunión son dos de los pilares fundamentales en el crecimiento espiritual de una religiosa.

¡Oh Dios mío! dad a estas vuestras siervas, Señor, la prudencia de la serpiente para mandar y el candor y la sencillez de la paloma para obedecer y la una y las otras en todas sus acciones. Amén.²⁸

Licencias.

10°. El día último de cada mes se pedirán las licencias generales para el que sigue, como son: para poder comer y beber algunas cosas fuera de tiempo, dar o recibir algunas que nos obsequien, siendo estas de poco valor, como, estampas, medallas, rosarios, dulces, frutas, etc. Lo cual se entiende aun de nuestros parientes, y aun entre las mismas hermanas. Más para salir a la calle, cuando hubiere alguna necesidad, bañarse, dar o recibir objetos de algún valor y usarlos, como muebles, géneros, libros, etc. No se podrá sin expreso permiso inmediato y menos retenerlos en la propia celda.

Cargos

11°. Cada hermana tendrá su cargo conforme a sus aptitudes y a las necesidades de la casa, el que procurarán desempeñar con la mayor exactitud no dejando por mero descuido y negligencia, que las demás tengan que recargarse con lo que es obligación suya a no ser en caso de imposibilidad, en el cual debe avisarse a quien corresponde, a fin de que se provea en ello mientras dura la dicha imposibilidad.

Salidas.

12°. Las hermanas saldrán siempre acompañadas, y nunca solas, a no ser en caso de grave necesidad, a juicio de la superiora. Con excepción de los días de regla y los festivos y en las grandes solemnidades de Nuestro Señor

²⁸ ¡Cuánto amó Madre Clara la obediencia!, aunque ella le costó grandes sacrificios, ella sabía, no obstante, que no puede haber verdadera santidad sin la obediencia y la humildad. Con todo detalle va señalando los contenidos y los límites de la obediencia religiosa, como quien fuera una consumada religiosa. A veces imaginamos que ella tendría una especie de cuaderno de notas en el que iría anotando las conferencias espirituales que recibía de los Directores de la Tercera Orden del Monte Carmelo que, aunada a su propia experiencia, hacía que brotaran estos hermosos pensamientos.

y de la Santísima Virgen, no será permitido salir fuera a buscar la santa misa y sagrada comunión.²⁹

Alimentos.

13°. La comida será lo más sencilla posible, no permitiéndose en la mesa superfluidades de valor, a no ser que fueran obsequiadas o para las enfermas y débiles cuando las necesiten para cuyos casos quedará incluido el permiso de poderlas tomar, en las licencias generales del último mes.³⁰

Humildad.

14°. Después de rezadas las oraciones de la noche, antes de ir a tomar el descanso, irán las hermanas de una en una o todas juntas a pedir y recibir de rodillas la bendición de la superiora (la que tiene la obligación de darla), pues con la práctica de la humildad vuelan las almas por los caminos de la santificación y perfección, y se fomenta, mantiene y fortalece en ellas el espíritu de fervor y amor de Dios.

Prontitud.

15°. Como el toque de la campana es para la religiosa la voz del mismo Dios que la llama en aquel momento a practicar el ejercicio que señala el reglamento, debe, inmediatamente, sin dilación alguna, acudir al llamamiento del esposo que la espera en el lugar donde tiene que ejercer el acto de obediencia para que es llamada, diciendo al mismo tiempo: **‘habla Señor, que tu sierva escucha. Aquí estoy lista y preparada y deseo hacer este acto para tu mayor gloria y para darte gusto.’**

¡Qué feliz el alma que llega por la prontitud en la obediencia al llamamiento divino a ponerse en aquel mismo estado que para siempre

²⁹ Licencias, cargos, salidas recogen lo que era la normativa común en los institutos religiosos de aquel tiempo. Ya en El Salvador estaban establecidas las Hermanas de la Caridad de San Vicente de Paúl y Santa Luisa de Marillac y la Hijas de María Auxiliadora, fundadas por San Juan Bosco y Santa María Mazarello, algún contacto pudo haber tenido con ellas Madre Clara y recogido sus costumbres en este apartado.

³⁰ Un aspecto importante de la virtud y el voto de pobreza: la austeridad en la comida; una excepción que nace de la caridad: con las hermanas enfermas no ha de escatimarse gastos con tal que recupere la salud.

estará allá en la eterna bienaventuranza, donde se perfeccionará esta prontitud y actividad por un modo admirable y deleitable!

Juntas.

A honra de la Santísima Virgen se reunirán las hermanas todos los sábados, en un lugar determinado, y a la hora que la superiora lo estime conveniente para tratar de las cosas concernientes al espíritu y a la mayor perfección y aprovechamiento de sus almas y se expondrá allí con sencillez las dificultades que cada una tenga en el desempeño de sus obligaciones, ya sea en lo particular o en lo general, que en la parte física o moral, para poner el remedio conveniente en cuanto sea posible y las circunstancias se lo permitan.

Advertencias.

1ª. Las hermanas no podrán salir a temporadas ni fuera ni dentro del lugar, ni con la propia familia, sin expreso permiso del Prelado y por un caso de extrema necesidad, yendo siempre acompañadas de otra hermana.

2ª. Si por causas legítimas la postulante o la novicia, no pudiera hacer la profesión teniendo que retirarse, se le devolverá de la dote la cantidad que sea de justicia, devengándole solamente lo que en ella se hubiere gastado durante su permanencia en la casa. Mas, si por desgracia, Dios no lo permita, quisiera volver al siglo una hermana profesa, en este caso no se le devolverá ninguna cosa aún cuando en esa fecha tuviera algún residuo en su favor:

Laus Deo.

Apéndice.

El último domingo de cada mes, tendrán las hermanas retiro espiritual, el que principiará la víspera por la noche: pudiendo, al haber alguna dificultad, trasladarlo al domingo inmediato, o al que sea más hábil para el caso. Amén.³¹

³¹ AGCSJ, 108. 433.

La lectura atenta de este documento redactado por Madre Clara María de Jesús, suscitará en el lector algunas reflexiones interesantes. Es obvio que debemos afirmar la autoría de Madre Clara en este Reglamento, pero tenemos la impresión que recibió asesoría de algunos sacerdotes de su entorno, sobre todo, del P. José Encarnación Argueta y del P. José María López Peña.

El texto, en cuanto tal, está bien redactado, y pone de manifiesto las dotes excelentes que como escritora tenía Madre Clara, aunque escribió poco; sin embargo, el Reglamento no aparece sistemáticamente estructurado, sino que toca los temas de manera sumamente espontánea, conforme las ideas iban llegando a la mente de la Autora. Es un texto provisional, es decir, una serie bastante heterogénea de normas, jurídicas, ascéticas, espirituales, que tiene como finalidad inmediata organizar la vida de la naciente Comunidad Carmelita que habitaba en el Convento de Belén.

Hay notorias carencias en el texto, en donde, sólo como un ejemplo, no se trata de los votos religiosos, y las virtudes que los sustentan, de pobreza, castidad y obediencia. De igual manera las condiciones de ingreso a la Comunidad no están establecidas con claridad.

No obstante, el texto es de suma importancia para conocer los ideales y los principios de vida que movieron a la primera comunidad de Carmelitas de San José.

Conforme a estas pautas se arregló la vida comunitaria en el ya lejano año de 1915, eran realmente funcionales que es lo que al final importa en un “Reglamento”. *“La comunidad se aumentaba, trabajábamos mucho, había una gran panadería, lavábamos grandes cantidades de ropa, habían tres máquinas para lavar y una centrífuga secadora; se elaboraba chocolate; se hacían hostias para todas las iglesias, pues nosotras éramos las únicas que poseíamos máquinas. Ella no confiaba ningún trabajo a nadie, no se hallaba en un solo lugar. Aquella actividad era milagrosa; en todos los talleres se le veía, animando a unas, alentando a otras, corrigiendo a esta o elogiando a aquella. ¿Quién no trabaja con gusto?”*

No se mendigaba, se comía con el sudor de la frente. Las religiosas casi no salíamos a la calle, era ella la que salía a dejar ropa a San Salvador y a repartir las hostias, a hacer las compras en los almacenes. En fin, se multiplicaba en el trabajo. Una vez la que escribe le dijo: ‘Madre llévenos a San Salvador, al Palacio (Episcopal), para aprender a hablar a las grandes personas.- ¡Cállese!, me dijo, voy a andar con estorbos; cuando me muera verán como hacen.....’

Mientras tanto, Monseñor Antonio Adolfo Pérez y Aguilar, seguía con atención el desarrollo de los acontecimientos en el Convento de Belén; quizás en algún momento pensó que el proyecto de Madre Clara María, a quien estimaba mucho, fracasaría, la experiencia de vida religiosa femenina en El Salvador era poca y reciente, pero al ver que a Belén iban arribando nuevas aspirantes creyó oportuno darle formalización jurídica al proyecto por medio de su autoridad episcopal. Estaba decidido, erigiría canónicamente como Congregación Religiosa de Votos Simples a la Comunidad de Terciarias Carmelitas de Madre Clara María Quirós.

Dio las órdenes a su secretario, Pbro. D. Roque Orellana, para que elaborara unos Estatutos, con las necesarias características jurídicas, de modo que completara al más carismático y espiritual de Madre Clara, y de esta manera dar vida en la Iglesia al nuevo instituto nacido en Santa Tecla, en El Salvador.

ESTATUTOS DE 1916.

Nos, Antonio Adolfo Pérez y Aguilar, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, asistente al Sacro Solio Pontificio y Arzobispo de San Salvador.

Para mayor Gloria de Dios, Nuestro Señor, y en el deseo y con la intención de procurar el provecho espiritual de las almas en la extensión que sea posible, aprobamos y sancionamos con nuestra autoridad

*ordinaria los siguientes Estatutos de la Comunidad de Terciarias Carmelitas de Belén de Nueva San Salvador.*³²

Artículo 1º.

Se establece una comunidad de Terciarias Carmelitas en el Convento de Belén de Nueva San Salvador, con el objeto de que, congregadas bajo el amparo y protección de la Santísima Virgen María y observando la Regla de la Tercera Orden de Nuestra Señora del Carmen, procuren la santificación de sus almas y se dediquen a la caritativa obra de la enseñanza y educación cristiana de niñas pobres y desvalidas.³³ Y declaramos que se adopte por Regla, la de los Carmelitas Descalzos reformada por Santa Teresa de Jesús, la cual deberá tenerse en toda veneración y prestarle la más completa obediencia.³⁴

Artículo 2º.

El Gobierno de la Comunidad estará a cargo de una priora, una Subpriora, una Maestra de Novicias, una Ecónoma o Procuradora, una Enfermera y una Sacristana, quienes durarán en sus puestos un período de tres años y serán nombradas por el Prelado Diocesano el día de la instalación de la comunidad para el primer período, debiendo serlo en lo sucesivo por votación secreta de las hermanas profesas.

Corresponde a la Priora el régimen superior de la comunidad: guardar con la mayor solicitud las Reglas de la Orden y los Estatutos de la Casa y procurar que las hermanas guarden una y otra de la misma manera; y castigar a las transgresoras y negligentes.

³² Con su autoridad legislativa, el Arzobispo de San Salvador promulga los siguientes estatutos para las Terciarias Carmelitas de Belén. El estatuto es un instrumento legal que pretende regular las actividades de una persona jurídica en la Iglesia, sea pública o privada. Es la forma de regular la existencia y acción de las Asociaciones de Fieles.

³³ El Estatuto señala el fin propio de la Comunidad de Terciarias Carmelitas: La santificación de sus almas y el servicio a la educación de las niñas pobres y desvalidas. En otras palabras por la consagración a la tarea formativa de las niñas la Carmelita alcanzará la santificación de su alma.

³⁴ La norma fundamental de la Congregación será, pues, la Regla de los Carmelitas Descalzos reformada por Santa Teresa. Imaginamos que adaptada a un instituto apostólico como es el de Madre Clara María. Los Estatutos del Obispo son sólo un desarrollo mínimo de la Regla casi totalmente en su dimensión jurídica.

La Subpriora hará las veces de la Priora en caso de enfermedad u otro impedimento, y desempeñará los oficios y comisiones que aquella le encomendare.

La Procuradora llevará cuenta de los ingresos y erogaciones de la casa, en un libro especial que presentará semanalmente a la Priora, para que ésta tome las providencias que sean necesarias.

La Maestra de Novicias, la Enfermera y Sacristana desempeñarán los oficios que a estos cargos corresponden; Y todas las hermanas, con cristiana paciencia y llenas de santo gozo, cumplirán sus respectivos deberes y obligaciones, no perdiendo de vista los grandes méritos que con ello acumulan para la vida eterna.

Artículo 3º.

Correspondiendo a la Priora, por su cargo, el cuidado de la administración de los diversos ramos y servicios en que la casa debe ocuparse, nombrará los empleados necesarios, como la Hermana Portera, maestros, profesores, etc., y particularmente un síndico que atienda a sus intereses: todo ello con conocimiento y aprobación del Ordinario Diocesano.

Artículo 4º.

La subsistencia de las hermanas descansa, en primer lugar, sobre los auxilios de la Providencia Divina, y se proveerá de parte de ellas con los recursos de que se habla en los artículos siguientes y con el trabajo de sus manos, admitiendo ropas para bordar, coser, lavar: se harán dulces y comestibles de horno y de cocina y otras labores decentes que arbitrará la Priora.

La Hermana Procuradora con quien deben entenderse las personas de fuera que soliciten trabajos de la casa, se pondrá de acuerdo con la Superiora y ordenará los trabajos proveyendo los materiales necesarios: entregará las obras y recibirá el valor de lo que produzcan para hacerlo ingresar a la caja de la comunidad que debe estar a su cuidado.

Artículo 5º.

Pueden ser admitidas en la Congregación las personas que hayan cumplido doce años de edad, por lo menos, con tal que sean de buena vida y costumbres, gocen de buena salud y tengan inclinación a la vida de comunidad y sin impedimentos para abrazarla. Las jóvenes menores de 21 años necesitan del consentimiento expreso de sus padres. Durante el noviciado pagará cada una la módica pensión mensual que alcance a sufragar su sostenimiento en la casa y cuya cantidad fijará la Priora en vistas de las circunstancias. La dote de las profesas es de trescientos pesos y pertenece a la comunidad, se conservará siempre íntegro, no pudiendo disponerse más que de los productos que de él logren obtener; pero tampoco se devolverá a la hermana que se separe de la Congregación, cualquiera que sea la causa de su separación.

Artículo 6º.

Las hermanas vestirán el escapulario o hábito descubierto, tanto dentro como fuera de la casa, en la forma que describe la Regla de la Orden. Y corresponde su imposición, lo mismo que su profesión, al Señor Director de la Tercera Orden del Carmen de Santa Tecla, previas las diligencias que deben instruirse en la Curia Eclesiástica, mientras, de acuerdo con el Reverendísimo Padre General de la Orden, a quien oportunamente ocurriremos, no se disponga otra cosa.

Artículo 7º.

Después de dos años de noviciado, las hermanas que por lo menos hayan cumplido dieciséis años de edad podrán hacer su profesión, si a juicio de la Maestra de Novicias, de la Priora y Subpriora, merecen ser admitidas a ella. Emitirán entonces los votos de obediencia y castidad que previene la Regla. Los cuales, simples y temporales como son, y renovables cada año, no tienen la fuerza ni el carácter del voto solemne religioso y solamente sirven para dar más devoción y realce a la vida secular cristiana; por lo cual fácilmente se dispensan en caso necesario.

Artículo 8º.

Las Hermanas confesarán sus pecados y recibirán la sagrada comunión todos los días prescritos en la Regla y, con el consejo y licencia del Confesor, procurarán acercarse a la Santa Misa con la frecuencia posible y aun cotidianamente según los deseos de la Santa Sede.

Harán diariamente en comunidad las oraciones de la mañana, laudes, y de la noche: la meditación, examen de conciencia y de la conducta del día, la lectura espiritual: el rezo del Oficio Parvo de Nuestra Señora y de la tercera parte del Santo Rosario y la visita al Santísimo Sacramento. En el refectorio, tanto de la mañana como de la noche, se leerá algún tratado doctrinal o vida de los santos. El resto del día lo empleará cada una en el desempeño de sus respectivos oficios y demás obligaciones. La Priora formará el horario o distribución del tiempo, sujetándolo a la aprobación del Prelado Diocesano, la cual aprobación será también necesaria cuando haya de hacerse alguna innovación permanente.

El primer domingo de cada mes harán las hermanas retiro espiritual; y al fin de año, en tiempo de vacaciones de las escuelas, los ejercicios espirituales por ocho días fuera de la entrada y de la salida.

Artículo 9º.

Las hermanas guardarán la clausura conveniente a su estado. No saldrán de casa sino por necesidad, con licencia de la Priora y siempre acompañadas.

Artículo 10º.

Las escuelas, tanto de internas como de externas, a las cuales la comunidad consagrará especiales cuidados y esmero, tienen por fin principal formar el corazón de las niñas, inculcándoles el santo temor de Dios, el aborrecimiento del pecado y el amor de la virtud; y se les enseñará a leer, escribir, contar, coser, bordar, hacer flores, lavar, planchar, cocinar, etc., y se les explicará la doctrina cristiana de modo que comprendan su sentido. Pagarán, las que puedan, la pensión que se establezca y serán admitidas gratuitamente en una u otra escuela las desvalidas que la casa pueda sostener.

Artículo 11º.

Cada mes serán leídos en comunidad los presentes Estatutos, lo mismo que la Santa Regla adoptada; y en un día de la Infraoctava del Corpus se leerá además el decreto pontificio sobre la comunión frecuente y diaria, según lo mandado por la Santa Sede.

Oportunamente se tomarán en consideración las disposiciones que aquí faltaren y terminamos impartiendo a la comunidad nuestra bendición, con el mayor acierto, mediante el poderoso y eficaz influjo de la oración a cuya frecuencia las invitamos, alcancen toda gracia y perfección con el ejercicio de las virtudes de la tierra y la eterna felicidad en el cielo.

Dado en nuestro Palacio Arzobispal de San Salvador, el 7 de octubre del Año del Señor, mil novecientos dieciséis, día de la Solemnidad del Santísimo Rosario de la Bienaventurada Virgen María.

*(f) Antonio Adolfo,
Arzobispo de San Salvador.*

*Por mandato de su Ilma. y Rvma.
(f) Alfonso Belloso.*

El documento elaborado por el Arzobispo Pérez y Aguilar, o al menos mandado a elaborar por él, parece jurídicamente más aceptable aunque no deja de tener algunas incongruencias notables. Por una parte establece que la Comunidad de Terciarias Carmelitas, debe observar la Regla de la Tercera Orden de Nuestra Señora del Carmen, pero por otra declara que se acepta por Regla la de los Carmelitas Descalzos reformados por Santa Teresa. La primera es una regla para laicos que tratan de santificarse viviendo en el mundo conforme al espíritu carmelitano, la segunda es una Regla para religiosos en los que predomina, de alguna manera la vida contemplativa. (Art. 1º.)

No parece ser que la idea del Arzobispo sea la de erigir una Congregación Religiosa de derecho diocesano, ya que legisla para una comunidad de Terciarias Carmelitas. En primer lugar acepta la misma organización de la Hermandad de Nuestra Señora del Carmen (Art. 2º.)

En cuanto a la edad mínima para la admisión establece la de doce años, ¿Quién a los doce años es capaz de asumir las graves obligaciones de la vida religiosa? El derecho establecía en esa época los dieciséis años como edad mínima para ingresar a la Vida Religiosa.

La imposición del escapulario del Carmen la hará para las hermanas el Director de la Hermandad del Carmen de Santa Tecla, mientras, asevera el Arzobispo “de acuerdo con el Reverendísimo Padre General de la Orden no se establezca otra cosa. (Art.6º.)

En cambio, el Reglamento, establece que son los dieciséis años los que se requieren para emitir los votos en la Comunidad. La naturaleza jurídica de los votos que se emitirán nos hace pensar que no se trata propiamente de votos religiosos, sino de una especie de votos privados. La razón es que, aun en las Congregaciones de votos simples, los votos que se emiten son públicos, es decir, reconocidos por la Iglesia como tales y recibidos en nombre de ésta, con todos los efectos jurídicos que de ellos se derivan, el principal de los cuales es hacer entrar a la persona en el estado religioso.

De igual manera, sólo se habla de los votos de castidad y obediencia, olvidando mencionar el de pobreza. Los tres votos forman parte de la esencia de la consagración religiosa, además, dice el Arzobispo “...los cuales son simples y renovable cada año, no tienen la fuerza ni el carácter del voto solemne religioso, y solamente sirven para dar más devoción y realce a la vida secular cristiana: por lo cual fácilmente se dispensan en caso necesario. (Art. 7º.)

Hay mucha ambigüedad en el texto ofrecido por el Arzobispo Pérez y Aguilar, da más la impresión de estar legislando para una asociación de fieles, que para una Congregación Religiosa. Esta ambigüedad jurídica y existencial se prolongará por muchos años más, siendo ello causa de mucho sufrimiento para Madre Clara María que ve como su Congregación tiene dificultades para su reconocimiento canónico.

El 10 de octubre de 1916, el Arzobispo, que está interesado en la fundación, presenta al Cabildo Catedralicio los “Estatutos” que regirán la Congregación de Madre Clara María y los canónigos los aprueban sin más.

La aprobación de los Estatutos de la Persona Jurídica, en este caso, de la Congregación de Carmelitas de San José, aunque en el documento del Arzobispo no se les da un nombre específico, implica la erección canónica de la institución o asociación de la que se trata.

En el documento elaborado en la Curia Arzobispal se omiten algunos de los elementos más característicos de la identidad carismática de la futura congregación, elementos de corte espiritual y ascético que podemos descubrir comparando este documento con el “Reglamento” escrito por Madre Clara María. En los Estatutos ni siquiera se menciona el nombre de la Fundadora de la Congregación, eso hará que aun hoy se piense que el Instituto Religioso nació a instancias del Arzobispo Pérez y Aguilar. Una vez más la Fundadora ha de ceder, callar, quedar en un segundo plano, el de la humildad, con tal de lograr el bien de su familia religiosa.

La inauguración oficial de la nueva Congregación Religiosa quedó fijada para el 14 de octubre de 1916, víspera de la Fiesta de Santa Teresa de Jesús, inspiradora, de algún modo, de la naciente institución.

Al Arzobispo no le preocupa por el momento que la Congregación que va a erigir canónicamente esté conformada sólo por cuatro personas: Madre Clara María, la fundadora, Madre María Teresa de la Cruz Orantes, Madre Joaquina Sandoval y Madre Dolores Najarro, confía en que esta obra ha sido inspirada por el Espíritu Santo a Madre Clara y que Dios recibirá mucha gloria de estas mujeres que tienen por ideal vivir en radicalidad el Evangelio.

Como preparación al significativo día en que abandonarían el mundo para consagrarse enteramente a Dios el P. José Encarnación Argueta predica un retiro al pequeño grupo:

“Día 13 de octubre: (viernes). El R.P. Salesiano, Dr. D. José Encarnación Argueta, fue buscado para que les diera un Retiro especial de preparación a las personas que iban a tener que abandonar más directamente a este mundo falaz y engañoso. Así lo hizo con la mejor buena voluntad y dedicación, comprendiendo, como religioso que es él, la grandeza de la obra que debía establecerse al día siguiente.”

El P. Argueta explicaría con gran entusiasmo y fervor a las hermanas carmelitas la grandeza de la vocación religiosa y el gran favor que Dios les hacía en sacarlas del mundo y llevarlas al puerto seguro del convento, en donde podrían dedicar su vida a amarlo sólo a él.

“La piedad de las postulantes encabezadas por Doña Clara Quirós viuda de Alvarado, hizo arreglar la iglesia y casa de tal modo que hasta en el adorno material y en las invitaciones que en número de doscientos se repartieron invitando a las buenas personas de la población, se indicaba que el acontecimiento que tenía que verificarse el sábado catorce sería de no poca trascendencia.”

Madre Clara y sus compañeras, tendrían poco sueño aquella noche de viernes, víspera del gran día de la fundación de la Congregación Religiosa a que Dios las llamaba. Alguna incertidumbre pasaría por la mente de la Fundadora, como es natural, pero la fortaleza de su fe vencería la duda y descansaba en la confianza de estar haciendo lo que Dios quería.

¿Cómo se desarrollaron los acontecimientos aquella mañana del 14 de octubre de 1916?. El P. Argueta, testigo presencial, lo describe con lujo de detalle en su historia del Convento de Belén:

“A las 6:30 a.m. llegaba el Reverendísimo Señor Arzobispo de la Diócesis, a celebrar la Santa Misa, revistiéndose de los sagrados ornamentos, y haciéndolo con la piedad que le es característica. No hay duda de que en sus momentos pediría al Señor y a la Virgen Inmaculada se dignara concederle las luces necesarias para la fundación de una obra que, como ésta, formará un capítulo especial en su biografía. Dio la comunión a todas las personas devotas, acercándose las primeras, aquellas que dentro de pocos instantes debían inmolarse en sacrificio al Señor.

Dirigió muy breve y sentida alocución antes de distribuir a los presentes el pan eucarístico y, terminada la misa, y después de la acción de gracias, junto con los concurrentes se retiró al interior de la casa mientras el P. Argueta, que había asistido durante la misa, celebraba inmediatamente después, y también para esperar la llegada del Sr. Provisor de la

Arquidiócesis, invitado especialmente para el acto principal de la fundación.

A las 9:00 a.m. se reunían en una pobre salita del convento, la cual podrá llamarse desde ahora Capitular y, ante la imagen del Sagrado Corazón de Jesús, de Santa Teresa y de los retratos del Papa Pío X, de Monseñor Saldaña y del nunca olvidado Provisor Don Bartolomé Rodríguez, como si estas entidades quisieran desde el cielo caracterizar el acto, y también atestiguarlo...se reunían, pues, el Excelentísimo Señor Arzobispo del Salvador, Dr. D. Antonio Adolfo Pérez y Aguilar, El Sr. Provisor de la Arquidiócesis, Mons. Don Roque Orellana, el Presbítero Salesiano Dr. D. José E. Argueta y las señoras y señoritas siguientes, ya revestidas con la librea Carmelitana, Doña Clara Quirós v. de Alvarado, Doña Mercedes Peraza v. de Rivera y las Señoritas Joaquina Sandoval, Dolores Najarro y Timotea Orantes.

El Prelado invocó, ante todo, las luces del Espíritu Santo y acto continuo dirigió unas paternales e inspiradas palabras que sintetizaban todos sus santos deseos y satisfacciones espirituales por esta obra que Dios le inspiraba. El M.I. Sr. Provisor desdobló un serio documento, leyendo con voz grave, sonora y muy despacio los artículos de que consta el Reglamento con que han de gobernarse de hoy en adelante todas las que vivan bajo la sombra de esta santa casa, el objeto a que tiende la obra, su régimen y modo de perpetuarse. Terminada la solemne y caracterizada lectura, el Ilustrísimo y Reverendísimo Diocesano, con la autoridad apostólica que tiene dio los nombramientos siguientes:

*Priora o Superiora de la Casa, Doña Clara Quirós de Alvarado.
Subpriora, Maestra de Novicias y Sacristana, Srita. Joaquina Sandoval.
Ecónoma, Srita. Dolores Najarro.
Quedando como novicias pero con la facultad de profesar, muy pronto, Doña Mercedes Peraza v. de Rivera y la Señorita Timotea Orantes.*

Indicó el Prelado que número tan pequeño de hermanas obligaba a aumentar algunos oficios, pero que esperaba en Dios que pronto se distribuiría mejor todo.

Reconocidas que fueron las dignatarias e impuestas de sus graves obligaciones, manifestando que estarían bajo la dirección del Capellán que hasta ahora ha dirigido la Hermandad del Carmen y recomendándoselas a los oficios puramente caritativos del P. Argueta, impartió a todos la bendición episcopal, y se retiró a las 10:00 a.m. acompañado del Señor Provisor, del Padre Argueta y de sus familiares entregando antes el Reglamento en manos de la Priora. Todas las agraciadas, y las pocas niñas de la casa, le acompañaron hasta las puertas de la Iglesia.”

Indudablemente, el acto fue muy hermoso, algo que acaso nunca se había visto en la Nueva San Salvador. Entre los invitados se encontraban presentes los hijos y los nietos de la Fundadora, los benefactores de la nueva obra y el pueblo fiel que se regocijaba con el nacimiento de este nuevo Instituto Religioso con cuyos frutos de santidad Dios quería enriquecer a su Iglesia.

En la celebración, sin embargo, hay ausencias que se hacen notar, la primera de las cuales es la del P. José María López Peña a quien el Arzobispo ha designado como Director Espiritual de la nascente familia religiosa. En otro orden, el jurídico, nuevamente surgen algunos interrogantes. ¿Los votos emitidos por las hermanas en la Tercera Orden de Nuestra Señora del Carmen son reconocidos como votos religiosos? ¿puede eso hacerse? ¿Y entonces qué ocurre con el voto de pobreza que explícitamente no se emite entre los terciarios? ¿El Obispo tiene conciencia clara de que está erigiendo una Congregación Religiosa y no una comunidad de terciarias carmelitas sui-generis? El Sr. Arzobispo, doctor en Derecho Canónico no podía errar en estas cuestiones, por lo que posiblemente entendiera estos acontecimientos como una etapa previa a la erección definitiva de la nueva Congregación Religiosa.

En todo caso, en el fondo de sus corazones, las cinco hermanas Carmelitas Descalzas Teresas de San José se consideran ya religiosas en el pleno sentido de la palabra, mujeres consagradas a Dios en un instituto reconocido por la Iglesia y ligadas por los votos de pobreza, castidad y obediencia.

El día 14 de octubre de 1916 fue de muchas emociones para Madre Clara María de Jesús. Al llegar la noche, en la soledad y recogimiento de su humilde celda en el convento de Belén escribió unos versos que reflejan lo que sentía aquella alma profundamente enamorada de Jesús y de María.

El Báculo. (B)

**Por báculo, mi cruz
Llevaré por las sendas,
Do me llama Jesús
Y me viste amoroso
Por sandalias mis reglas
Y mis votos sagrados
Por collares de perlas
Que nos dejan ligados
Con el amado esposo.
¡oh!, ¡ Mi amada Cruz!
¡Eres tú mi altar!
¡Oh, Sagradas Reglas!,
¡Mi faro y mi luz!
¡Oh Sagrados Votos!
Venidme a estrechar,
Con triples cadenas,
A mi Jesús más.**

**Venid Reyes de Oriente.
Venid a presenciar...
El amoroso júbilo
Que mi alma siente ya.
¡Soy toda de Jesús!
A otro no puedo amar
Es mi lecho la cruz
¡Quiero en ella expirar!**

**¡Oh celestiales coros!
¡Presto!.... ¡Venid! ¡Bajad!
¡Tañendo vuestras arpas!**

Quiero a mi Dios cantar.

**Sencillos pastorcitos
Prestadme vuestra voz
Para cantar alegre
Toda soy ya de Dios.³⁵**

³⁵ Hay dos versiones de esta poesía de Madre Clara María, la primera (A) escrita probablemente el 15 de octubre de 1916, la segunda (B) posteriormente. Con respecto a la poesía de Madre Clara hay dos estudios importantes: el de la catedrática universitaria Lic. María Dolores Chopín de Calderón, **Valoraciones Estético –Literarias acerca de la Poesía de Madre Clara María de Jesús, Carmelita de San José, (Universidad Modular Abierta, San Salvador, 1994)** AGCSJ, 158.610.; y el extenso y enjundioso estudio en tres volúmenes del P. Arturo Rodríguez, O.C.D., **La Poesía de Madre Clara María de Jesús, Fuentes, Símbolos, Diccionario y Vocabulario, inédito**, (Santa Tecla 1998) . AGCSJ.

La forma ordinaria de expresión de las personas humanas es el lenguaje discursivo, aunque haya personas como Sor Juana Inés de la Cruz cuya capacidad versificadora es tan grande que el verso le es casi connatural. Sin embargo, hay sentimientos, sensaciones, experiencias que son inexpressables en el lenguaje ordinario y para ello se tiene que acudir a la poesía, cuya esencia es la metáfora, o a la narración, o al mito como vehículos de transmisión de esas experiencias que de otra forma difícilmente podríamos comunicar. La experiencia mística de Dios es una de esas realidades de la persona que es mejor expresar en poesía que en prosa, por eso los grandes místicos de la Iglesia han sido también poetas; San Juan de la Cruz escribió al respecto: “*Y si lo queréis oír,/ Consiste esta suma ciencia/ en un sublime sentir/ de la divinal esencia; / Es obra de su clemencia/ hacer quedar no entendiendo, / Toda ciencia trascendiendo.*”³⁶

En el caso de Madre Clara María hay que dejar a los especialistas la valoración técnica de sus poesías, lo que ahora interesa es su profundo contenido espiritual, ellas expresan la experiencia religiosa de la Autora y la profundidad de su vinculación con Dios. El P. Alberto Barrios Moneo llama a la poesía “El Báculo”, el canto esponsal de Madre Clara, es decir, el cántico entonado por la esposa en el día de los desposorios.³⁷

Con abundantes reminiscencias bíblicas, característica de sus poesías, y con ecos que recuerdan sus lecturas de los poetas místicos castellanos, Madre Clara María va desgranando sus sentimientos de agradecimiento, de amor, de entrega y consagración hasta la muerte.

Invocando a los coros de los ángeles, para que bajen a ella y le ayuden a entonar un cántico digno de su señor, e invitando también a los pastorcitos para que presten alegría a su canto, ella quiere proclamar que es toda de Dios.³⁸

La consagración religiosa, como entrega total de la persona a Dios sumamente amado, aparece expresada en figuras habituales como seguir a

³⁶ San Juan de la Cruz, Obras Completas, **Coplas del mismo hechas sobre un éxtasis de alta Contemplación**, (Editorial Porrúa, México 1989) 432-433.

³⁷ **Salvadoreña y Fundadora, Madre Clarita Quirós López, Fundadora de la Congregación de Carmelitas de San José**, (Imprenta y Ofset Ricaldone, Santa Tecla, Octubre de 2003) 62.

³⁸ Ángeles y pastores recuerdan fácilmente el misterio de Belén, aquellos que fueron invitados a cantar la gloria del Dios Encarnado.

Jesús cargando la propia cruz; la dimensión sacrificial de la vida consagrada también aparece en imágenes en donde la cruz es un lecho en donde se unen los amantes y se consume el sacrificio de la propia vida. La idea de cruz como báculo parece muy original, porque entonces ella es una ayuda para caminar hacia la salvación.

En una época en que la observancia regular y lo que el P.Colín llamaba “el culto a los votos”, Madre Clara María contempla las reglas como sandalias, como faro, como luz, es decir, como una ayuda, una iluminación, una guía, en el mejor sentido como hoy entendemos las Reglas y Constituciones, no tanto unas normas cumplir, sino un libro de vida, un carné de ruta.

Con imágenes muy femeninas, como las perlas de un collar, como el vestido de una novia, se expresa en la poesía el vínculo que, por la virtud de la religión, surge entre el consagrado y su Dios, una alianza, que como la conyugal, sólo la muerte puede romper.

Indudablemente que detrás de todas esas hermosas expresiones, se oculta la honda y elevada experiencia orante, ¿mística?, de Madre Clara María de Jesús.

El P. José Encarnación Argueta, un hombre que acompañó, como un verdadero padre, estos primeros años de vida de las Terciarias Carmelitas Teresas de San José, a quien el Arzobispo a título de mera caridad, es decir, sin ningún tipo de retribución, le encargó velar por las hermanas, llegó de visita el día 21 de octubre al Convento de Belén. El mismo nos lo narra:

“En este día que la Santa Iglesia conmemora el triunfo de esta Santa Institutriz Virgen y Mártir, octavo del acontecimiento de la fundación y a instancias de las buenas hermanas, llegó el R.P. Argueta a poner un sello muy caracterizado, como se deducirá por la relación siguiente. Se congregaron las hermanas en la Iglesia con las niñas internas y también las externas, en número total como de 20 a 30, y después de entonada la significativa alabanza “Virgen María, Madre de Dios, te consagramos el Corazón”, el Reverendo Padre les hizo una corta y práctica alocución recordando el acontecimiento de hoy hace ocho días, el cual, también a él, que es religioso desde hace diez años de la Congregación Salesiana, le había impresionado mucho. Y después de sencillas y paternales palabras terminó haciendo llegar a cada una de las hermanas hasta la balaustra

para cambiarse el nombre y a hacer su más pública consagración al Señor y a la Santísima Virgen María o siquiera para renovarla. No hay para qué decir que semejante acto fue tan conmovedor como el primero, pues al cambiarse el nombre desde luego que daban la última despedida a este mundo tal falaz y traidor y que se entregaban completamente al Señor.

El R. Padre dijo que de hoy en adelante deben acostumbrarse a la nueva denuncia, tanto las hermanas entre sí, como respecto de todas las alumnas y demás gente que las trate, manifestando que la Priora tiene el adoptamiento de Madre, y todas el de sor, según se acostumbra en toda religión, aunque no sea de votos solemnes; y explicó en términos muy claros y serios que los nuevos nombres deberán ser verdaderamente reales y no solamente devotos o si se quiere prácticas, es decir que cada una debe ser una copia fiel del nombre del santo que ha adoptado puesto que a la hora del juicio particular se hará el confronto de obras.”

Los nombres elegidos por las hermanas fueron los siguientes:

1. Doña Clara del Carmen Quirós..... Madre Clara María de Jesús.
2. Srita. Joaquina Sandoval.....Sor María Joaquina de la Pasión.
3. Srita. Dolores Najarro.....Sor María Dolores de Jesús.
4. Srita. Timotea Orantes.....Sor Teresa de la Cruz.
5. Doña Mercedes Peraza v. de Rivera....Sor María de las Mercedes.

Por sugerencia del P. Argueta también cada una de las hermanas escogió una llaga de Cristo en la cual guarecerse:

Madre Clara María de Jesús eligió la del costado; Sor María Joaquina de la Pasión, la llaga de la mano izquierda; Sor María Dolores de Jesús, la del pie izquierdo; Sor María Teresa de la Cruz, la llaga del pie derecho y Sor María de las Mercedes, la de la mano derecha.

La ceremonia concluyó con una emotiva celebración eucarística.

CAPÍTULO XV.

La Fundadora y sus primeras Compañeras.

El fundador de un instituto religioso es aquella persona sin la cual no es explicable la presencia en la Iglesia de dicho grupo de consagrados. La Compañía de Jesús no se entiende sin la figura de **San Ignacio de Loyola**, o la Sociedad Salesiana sin **San Juan Bosco**; intentemos imaginar a los Franciscanos sin el Serafín de Asís y no podremos o a los Benedictinos sin **San Benito de Nursia**. Así no podemos comprender a las Carmelitas de San José sin la presencia histórico-carismática de Madre Clara María de Jesús, ella es la Fundadora.

Sin embargo, en torno al Fundador o Fundadora, siempre hay un grupo de primeros compañeros (as), que son personas que se han sentido fascinados por el ideal de vida religiosa que el fundador les propone y que, de alguna manera, también dejaron su huella en los momentos fundacionales del Instituto.

Juan Manuel Lozano, afirma que hay algunas notas esenciales a la persona de un fundador o fundadora: A) El haberse sentido llamado a seguir un género determinado de vida evangélica y a consagrarse a un cierto servicio de la Iglesia y por lo mismo haber recibido un carisma para ello. B) Haber comenzado a ejercer cierto influjo, atrayendo a otros al mismo género de vida y servicio, es decir, haber ayudado a otros a cobrar conciencia de haber recibido de Dios el mismo carisma. C) Haber dado lugar así, poco a poco, a una nueva familia evangélica. D) Haber descrito su vocación, casi siempre por escrito y en algún caso talvez sólo oralmente, creando así el núcleo de la regla.³⁹

³⁹ Cf. Juan Manuel Lozano, **Fundador**, en: **Diccionario Teológico de la Vida Consagrada**, bajo la dirección de Ángel Aparicio Rodríguez y Joan Canals Casas. (Publicaciones Claretianas, Madrid, 1989) 756-768.

La mayoría de los Fundadores de Congregaciones Religiosas han sido personas a quienes el Espíritu Santo ha guiado a elevados niveles de santidad. Sin embargo, no es esto lo que caracteriza a los fundadores y fundadoras, puesto que ha habido grandes santos que no han dejado tras de sí una familia religiosa, de modo que lo que distingue a este grupo excepcional de creyentes es su fecundidad espiritual. ***“San Juan de la Cruz en un pasaje bello de la Llama ha escrito que las más altas gracias se conceden mayormente a aquellos cuya virtud y espíritu se habría de difundir en la sucesión de sus hijos.”***⁴⁰

El don de la fecundidad nos permite describir a los fundadores como hombres y mujeres llenos del Espíritu Santo, Señor y Dador de Vida. ***“De ellos se sirve el Espíritu divino para dar una nueva vida a la Iglesia, enriqueciéndola con la variedad de sus dones. La tradición les ha venido dando el título de padres y madres.”*** Nuestro padre o nuestra madre es una expresión común con que los religiosos se refieren a sus fundadores.

El don del Espíritu a los Fundadores se centra en el carisma, es decir, en aquello que es propio y peculiar del Instituto fundado y que se traduce en un servicio a la salvación de los hombres. El carisma, como un don vital, se da al fundador precisamente para crear una familia religiosa en la Iglesia. Ello supone, aparte de los dones personales del fundador, la capacidad de impulsar un género de vida y responder a determinadas necesidades de la Iglesia. En el primer supuesto se trata de un carisma personal, el de fundador; el segundo, coincidirá con el grupo y se convertirá en el carisma del Instituto.

El carisma de un fundador supone algunos elementos que son necesarios para la misión que le ha sido encomendada: a) la capacidad de persuadir a otras personas a asumir el mismo estilo de vida y misión que dicha persona ha inaugurado en la Iglesia. b) Comprensión y expresión, es decir la capacidad de entender el don vocacional que se ha recibido y la aptitud para expresarlo con gran claridad en orden a los que luego vendrán. c) ***“Santidad: forma parte de ese carisma que los habilita para fundar la generosidad con que el Espíritu se ha comunicado a ellos. Nos referimos a la santidad eminente que, en muchos casos, los distingue. No es que Dios necesite a un santo para hacer grandes cosas. La teología bíblica de***

⁴⁰ Idem. 758.

la pobreza, según la cual Dios escoge instrumentos pobres para realizar cosas grandes, podría tener cabida aquí. Al lado de una mujer santísima (la fundadora) aparece en una ocasión un sacerdote indigno quien sin embargo la ayudó en el establecimiento del Instituto.... Toda santidad se sabe, es, al mismo tiempo fruto de una relación gratificante de Dios a una persona, pero es dada también últimamente para el bien de la Iglesia.⁴¹

El carisma original recibido por el Fundador es un don que el Espíritu Santo dará a su vez a sus hijos. El fundador al describir el carisma, de un modo o de otro, está dando los elementos que quedarán recogidos en el código fundamental del Instituto y deberá ser interpretado a lo largo de su historia. En realidad no es el fundador el que transmite el carisma a sus compañeros, sino el Espíritu Santo quien lo comunica en todos los casos. La función del fundador en este sentido será ejemplar, es decir, su vida es la mejor concreción del carisma recibido, pero sólo el Espíritu puede hacer entender a una persona que ha recibido el mismo carisma que el fundador y moverlo a asociarse a él para realizar su vocación. El fundador, en todo caso, sirve como mediación al ser él o ella quien primero lo ha vivido de forma eminente.

El primer grupo de seguidores surgirá cuando ***“Cierta número de personas adviertan haber recibido una vocación y, al servicio de ésta, un carisma que coincide en sus aspectos fundamentales, aunque con variaciones individuales, con el don y el llamamiento de esa persona carismática.”***⁴²

Estas notas que caracterizan la figura de un fundador o fundadora de una Congregación Religiosa se dan a la perfección en la vida de Madre Clara María de Jesús y lo mismo puede decirse del pequeño núcleo de mujeres que, habiendo recibido el mismo carisma que ella, se le unen para fundar a las Carmelitas de San José.

El día de la fundación de la Congregación estaban con Madre Clara: Joaquina Sandoval, Timotea Orantes, Dolores Najarro y Mercedes Peraza v. de Rivera. ¿Quiénes eran? De algunas sabemos más, de otras menos, como ocurre con los Apóstoles de Jesucristo, de unos, como Pedro y Pablo,

⁴¹ Op.cit., 759.

⁴² Idem., 767.

sabemos casi todo, de Juan conocemos bastante, pero del resto lo ignoramos casi todo.

Hna. Dorotea Villeda: como una exhalación pasó por el Convento de Belén. Había sido Terciaria Carmelita y es la primera en seguir a Madre Clara al convento de Belén. Ingresa el día 15 de abril de 1915 y también la primera en abandonar el naciente Instituto, el 19 de junio de 1916.

Sor María Joaquina de la Pasión, en el siglo Srita. Joaquina Sandoval, tenía 66 años de edad al ingresar a la Congregación, el día 7 de agosto de 1915. Durante muchos años fue la encargada del Asilo de Huérfanos de Belén, cargo que tomó a la muerte de la Srita. Josefina Velásquez y que tuvo que dejar cuando el asilo se trasladó al nuevo local “Adalberto Guirola”.

La señorita Joaquina Sandoval perteneció también a la Hermandad de Nuestra Señora del Carmen. Como religiosa tomó el nombre de Sor María Joaquina de la Pasión y fue la primera Maestra de Novicias de la Congregación, en 1920 es elegida nuevamente como Subpriora. Murió santamente en la Congregación el 4 de enero de 1941.

Sor María Teresa de la Cruz, en el siglo Srita. Timotea Orantes.

Había sido Terciaria Carmelita, tomó el hábito el 26 de noviembre de 1911 e ingresó a la Congregación fundada por Madre Clara María el 17 de mayo de 1915. En el Archivo General de la Congregación se encuentra su petición al Arzobispo Pérez y Aguilar para que le conceda emitir los votos religiosos, una vez concluido el Noviciado, y el informe que de ella da la Superiora del Convento de Belén; así podemos tener algunos datos sobre la biografía de Sor María Timotea de la Cruz.

“Declara, además, y bajo la religión del juramento prestado en debida forma: que tiene cuarenta y un años de edad (1917), que es hija legítima de Pedro Orantes y de Timotea Cárcamo, de estado soltera, originaria de San Vicente y vecina de Santa Tecla hace como veinticinco años; que vistió el hábito de la Tercera Orden el veinticuatro de noviembre de mil novecientos once, recibéndolo del Director de la Tercera Orden del Carmen establecida en la Iglesia del mismo nombre, Doctor José María López Peña, y se encuentra en el convento de Belén desde cuando se

empezó a establecer la comunidad de Carmelitas Terciarias, con el objeto de abrazar la vida de Comunidad y realizar su vocación.

Que para la profesión que desea, no tiene ningún impedimento, pues goza de salud, sin enfermedad ninguna contagiosa y no tiene compromisos pecuniarios ni matrimoniales, y procede en esto sin estar obligada por persona alguna, sino con entera y deliberada voluntad...”

Madre Clara María al dar informe al Arzobispo sobre la Hermana María Teresa de la Cruz, nos da los rasgos espirituales de esta mujer que desde muy joven se entregó a Dios en la Tercera Orden del Carmen:

“Sor Clara María de Jesús Quirós, Superiora de la Comunidad de Terciarias Carmelitas de Belén de Santa Tecla, declara con juramento prestado en debida forma:

Que conoce a la hermana Teresa de la Cruz y siempre tuvo referencias muy buenas acerca de su conducta y piedad cristianas; que ahora que la conoce de cerca, pues hace más de un año que se encuentra en el Convento de Belén, es decir, desde cuando se comenzó a pensar en el establecimiento de la Comunidad de Terciarias, puede manifestar con toda conciencia, que la hermana Teresa, tiene verdadera vocación para el estado religioso, pues es dócil, obediente, humilde y se distingue por su amor a la casa y a las obligaciones de comunidad y la conducta, por consiguiente, es ejemplar en todo....”

Con el consentimiento del Arzobispo y el voto favorable de la Comunidad profesó el 21 de enero de 1917.

No vivió muchos años muchos años en la comunidad Sor María Teresa de la Cruz, pues el ocho de marzo de 1920, fallecía santamente a consecuencia de una gripe.

Sor María de las Mercedes, en el siglo Doña Mercedes Peraza v. de Rivera.

Mercedes Peraza, nació en el año de 1859 en Suchitoto, Departamento de Cuscatlán, hija legítima de Matías Peraza y Rosario González. El 17 de

enero de 1883 contrajo matrimonio eclesiástico con el Dr. Manuel José Rivera, nacido en San Salvador.

Pasado los años, y sin haber procreado hijos, falleció el Dr. Rivera, dejando a su esposa en estado de viudez.

El 1 de abril de 1916 ingresa en la Comunidad de Belén entusiasmada con el proyecto de Madre Clara María. Tenía entonces cincuenta y cinco años y se encontraba, al parecer, enferma del corazón.

En 1917 se presenta ante el Arzobispo Pérez y Aguilar a pedir el hábito de la Comunidad de Terciarias Carmelitas e iniciar de este modo la prueba de noviciado.

“En el Palacio Arzobispal de San Salvador, a las once y media de la mañana del día ocho de enero de mil novecientos diecisiete, Doña Mercedes Peraza viuda de Rivera, declara con juramento prestado en debida forma:

...Que desea libre y voluntariamente abrazar la vida de comunidad en la Tercera Orden Carmelitana del Convento de Belén de Santa Tecla, para lo cual ya tiene conocimiento de la Regla y de los Estatutos aprobados para la casa y tiene el buen deseo de cumplirlos fielmente con la gracia de Dios. Que no tiene impedimentos para abrazar el estado religioso, pues no tiene enfermedad contagiosa, ni tampoco compromisos de familia, porque no tuvo hijos en su matrimonio.”

Madre Clara María, como Superiora de la Casa, también da su informe positivo acerca de la Sra. Peraza v. de Rivera. *“Que hace como siete meses que se encuentra en la casa con el deseo de pertenecer a la Comunidad, y que al presente desea vestir el hábito. Que a juicio de la declarante y en vista del propósito de la Señora de Rivera, puede concedérsele, porque es piadosa, procura en la casa cumplir con los oficios que se le encomiendan y se le conoce afecto por el estado de vida religiosa, aunque quizá por su enfermedad, pues padece del corazón, algunas veces manifiesta vacilaciones, y más que todo pena por no poder consagrarse de lleno y con todas sus fuerzas al desempeño de las obligaciones y oficios de la casa.”*

Doña Mercedes Viuda de Rivera, en realidad, no debía haber sido admitida en la Comunidad, dada la contraindicación de su enfermedad cardíaca y los efectos que ésta tenía en el psiquismo de la viuda, pero Madre Clara sólo veía en ella sus buenas disposiciones, su deseo de seguir a Cristo en la vida religiosa y no estaba dispuesta a cerrar las puertas de Belén a nadie que “deseara ser santa”. El desarrollo de los acontecimientos mostrarán a Sor María de las Mercedes, que su seguimiento de Cristo debía realizarse en el mundo.

El 21 de enero de 1917 se realiza la ceremonia de Toma de Hábito con la cual se iniciaba para Sor María de las Mercedes la prueba del Noviciado. Pocos meses después, el 30 de abril, abandona la Comunidad para volver a su casa en Santa Tecla. Poco tiempo le bastó para discernir que Dios no la llamaba a la Vida Religiosa.

Sor María Dolores de Jesús, en el siglo Srita. Dolores Najarro. Ingresó a la Comunidad de Belén el 8 de enero de 1916. Tenía 61 años de edad y fue una de las cuatro hermanas que el 14 de octubre de 1916 estuvieron en la inauguración de la Comunidad hecha por el Arzobispo de San Salvador.

Posiblemente debido a sus dificultades de relaciones interpersonales con las hermanas más jóvenes, es aconsejada por el Arzobispo para que abandone la Comunidad y vuelva a su hogar. Al respecto hay una carta del Arzobispo a Madre Clara:

“Estimada Sor Clara: Ha venido la hermana Dolores Najarro y, por algunas cosas, que realmente son simplezas, pero que son ya repetidas y no dejan de alterar esa paz perfecta que manda el espíritu religioso, me ha parecido aconsejarle que es conveniente vuelva a la vida privada, lo cual comunico a su Reverencia para que tal disposición pueda realizarse lo más pronto posible, si así le parece. Saludos a S.R. y a la Comunidad, enviándoles mi bendición.

*(f) Arzobispo de San Salvador.
San Salvador, diciembre 1º de 1918.”*

Sor María Dolores de Jesús dejó la Congregación el 17 de diciembre de 1918.

La experiencia de San Francisco en Asís tuvo un efecto tremendamente multiplicador entre la juventud asisiense, era una forma nueva de seguir a Cristo y vivir el Evangelio; de la misma manera en la pequeña ciudad de Santa Tecla la experiencia iniciada por Madre Clara María tuvo una resonancia comunitaria importante como una nueva manera de vivir para Cristo y servirlo en los pobres, este hecho atrajo a la pequeñísima Comunidad de Belén nuevas personas deseosas de vivir como ella y sus compañeras.⁴³

Aunque las Crónicas de las Carmelitas de San José son deficientes en este aspecto, como lo son las de todos los Institutos en sus orígenes en donde lo carismático prima sobre lo institucional, y lo mismo vale decir del libro en donde se anotan en estos años ingresos, salidas, tomas de hábito y profesiones, tenemos datos suficientes para conocer el nombre y algo más de las hermanas que ingresaron al Instituto en estos primeros años.

Srita. Josefa Molina, ingresa el 17 de febrero de 1917, tiene 30 años de edad y viste el hábito el 19 de mayo de 1918. Abandonó la Comunidad en enero de 1920. ¿Profesa?.

Hna. Juliana Sosa, era profesora en la Tercera Orden de Nuestra Señora del Carmen, ingresa el 24 de febrero de 1917, tenía 58 años de edad. Murió en la Comunidad, sin haber realizado la Profesión, el 9 de marzo de 1919. ¿Profesó in articulo mortis?.

Srita. Teresa Quintanilla, ingresa el 1 de mayo de 1917, tiene 30 años de edad. Inicia el Postulantado el 1 de junio del mismo año y el 15 de octubre toma el hábito,. No se dice nada sobre la fecha de su profesión, pero en 1931, tras la muerte de Madre Clara María, aparece como miembro del Consejo General, cuarta consejera, y Economa General.

Su nombre de religión era **Sor María del Carmen de Jesús**. En mayo de 1933 abandonó el Instituto.

⁴³ Por esta época también se iniciaban en Santa Tecla otras dos Congregaciones Religiosas que han trascendido en la Historia de la Iglesia en El Salvador. Una de ellas es la Congregación de Hermanas de Bethania Consoladoras de la Virgen Dolorosa, fundadas por Madre María de la Cruz Pinto Tobías y Madre Dolores de María Zea Fernández y la Congregación de Terciarias Dominicas del Convento de San Antonio, conocidas por Beatitas Rosas.

Srita. Carlota Cruz, ingresa a la Congregación a los 14 años de edad el 15 de septiembre de 1917. Una vez cumplidos los 16 años es admitida al postulante el 16 de julio de 1919, el 6 de enero de 1921 vistió el santo hábito y profesa los votos religiosos el 8 de diciembre de 1922 tomando el nombre de **Sor Teresa de Jesús**. El 19 de abril de 1941 abandonó la Comunidad.⁴⁴

Srita. María Isabel Melara, ingresa a la Comunidad el 3 de noviembre de 1917, tiene 19 años de edad. Es admitida al postulante el 15 de enero de 1918, toma el hábito el 19 de enero de 1919 y profesa los votos religiosos el 6 de enero de 1921.

Tomó el nombre de **Sor María Isabel de San José**.

María Isabel Melara era hija ilegítima, es decir sin padre legal, por lo que, según la costumbre de la mayoría de los Institutos Religiosos de la época, y aun algunos actuales, no podía ser admitida a la vida religiosa. María Isabel vivía con su tía Josefina Melara y era una joven piadosa, trabajadora y de muy buenas costumbres, por lo que Madre Clara María, tras recibir el testimonio de la Srita. Julia Alegría la recibe con gozo en la Comunidad de Carmelitas de Belén.

Al morir Madre Clarita, Sor María Isabel de San José la sucedió como Superiora General de la Congregación, pero, tristemente, llena de temores por la gravedad de sus obligaciones, al poco tiempo abandonó el Instituto. Fue la Judas Iscariote.

Estas admisiones y las consecuentes dimisiones por parte de algunas hermanas que llegan a la Comunidad de Belén nos hace pensar en la ineficacia de las condiciones de admisión que se habían establecido para las aspirantes a Carmelitas Teresas de San José. El Reglamento de 1915 apenas si hablaba de algunas condiciones:

“1º. Para ingresar a la Comunidad, se observarán todos los trámites y requisitos que manda la Regla y el Prelado ordenare, siendo entre ellos, los más esenciales, las partidas de bautizo y confirmación, el certificado

⁴⁴ Ibid.

de buena conducta, y que la solicitante debe tener a lo menos (14) catorce años cumplidos.”

Los mismo Estatutos dados por el Arzobispo son bastante escuetos en este sentido: ***“Artículo 5º. Pueden ser admitidas en la Congregación las personas que hayan cumplido doce años de edad, por lo menos, con tal que sean de buena vida y costumbres, gocen de buena salud y tengan inclinación a la vida de comunidad y sen impedimentos para abrazarla. Las jóvenes menos de 21 años necesitan del consentimiento expreso de sus padres.”***

Benedicto XV, promulgaba el primer Código de Derecho Canónico de la Iglesia Católica el día 27 de mayo de 1917, mismo que sería de obligatorio cumplimiento en la Iglesia a partir del 19 de mayo de 1918 y en él, en el apartado relativo a la Vida Religiosa se establecían las condiciones de admisión válida al Postulantado, Noviciado y Profesión Religiosa.

El viejo canon 538 establecía que para ingresar a la vida religiosa ***“Puede ser admitido... cualquier católico que carezca de legítimo impedimento, se mueva por recta intención y sea idóneo para sobrellevar las cargas de la Religión.”***

En cuanto al Postulantado, se establecía como obligatorio para las religiones de votos perpetuos, para todas las religiones femeninas, y para los legos en el caso de los Institutos masculinos. Este duraba seis meses, pero el Superior Mayor podía prolongarlo por seis meses más. (canon 539)

Una vez concluido el Postulantado, se abría la etapa del Noviciado; pero para ser admitido a él era necesario reunir las condiciones que señalaba el canon 542.

“Quedando firme lo dispuesto en los cánones 539-541 y demás disposiciones existentes en las constituciones de cada religión,”⁴⁵

1º. Son admitidos inválidamente al Noviciado:

⁴⁵ Fuera de los requisitos comunes señalados en el Código de Derecho Canónico, cada Instituto Religioso en sus propias constituciones podía añadir otros requisitos para que un candidato fuera válidamente admitido al Noviciado, conforme a su carisma propio y a su apostolado.

Los que se adhirieron a una secta acatólica;
Los que no tienen la edad que se exige para el noviciado;
Los que entran en la Religión inducidos por violencia, miedo grave o dolo o aquellos que recibe el Superior inducido de la misma forma;
El cónyuge mientras dura el matrimonio;
Los que están o estuvieron ligados por el vínculo de la profesión religiosa;
Aquellos a quienes amenaza alguna pena por haber cometido un delito grave del cual fueron o pueden ser acusados;
El Obispo, tanto residencial como titular, aunque sólo esté designado por el Romano Pontífice;
Los clérigos que por disposición de la Santa Sede están obligados con juramento a prestar sus servicios a favor de su Diócesis o de las misiones, por el tiempo que dura la obligación del juramento.

2º. Ilícita, pero válidamente, son admitidos:

Los clérigos ordenados “in sacris”, si entran sin consultar al ordinario del lugar u oponiéndose al mismo porque su salida de la diócesis acarrearía grave daño a las almas, que no puede evitarse de otro modo;
Los que tienen deudas que no pueden pagar;
Los obligados a rendir cuentas o que están envueltos en otros negocios seculares, de los cuales puede temer la religión pleitos y molestias;
Los hijos que tienen que socorrer a sus ascendientes, esto es, a su padre o madre, a su abuelo o abuela, que se hallen en necesidad grave, y los padres cuyo auxilio sea necesario para alimentar o educar a sus hijos;
Los destinados al sacerdocio en la religión, y del cual los aparta alguna irregularidad o impedimento canónico.....”

El canon 544 añadirá que “1. *Todos los aspirantes, antes de ser admitidos en cualquier religión deben presentar certificado de bautismo y de confirmación.*

3. *Si se trata de admitir a los que han estado en algún Seminario, colegio, postulante o noviciado de otra religión, requiérense, además, letras testimoniales, dadas, según los diversos casos por el Rector del Seminario o colegio, oído el Ordinario del Lugar, o por el Superior Mayor de la religión respectiva.*

6. Fuera de los testimonios exigidos por el derecho, pueden los Superiores a quien compete el derecho de admitir a los aspirantes establecer algunos más, si los estima necesarios u oportunos al efecto.

7. Por último, las mujeres no serán admitidas sin previa y diligente averiguación acerca de su índole y costumbres quedando firme lo que ordena el No.3.”

El canon 555 añadía otras condiciones para la validez del noviciado:

“...para que sea válido el noviciado debe hacerse:

1º. Después de haber cumplido al menos quince años de edad;

2º. Durante un año íntegro y continuo;

3º. En la casa de Noviciado.

2. Si en las constituciones se prescribe un plazo más largo, lo que exceda del año no se requiere para la validez de la profesión, a menos que en aquéllas se diga expresamente lo contrario.”

El canon 572 establecía las condiciones de validez de la profesión religiosa:

“Para la validez de cualquier profesión religiosa es necesario:

1º. Que quien la ha de hacer tenga la edad legítima según la norma del canon 573.

2º. Que lo admita a la profesión el Superior legítimo, según las constituciones.

3º. Que haya precedido el noviciado válido a tenor del canon 555.

4º. Que se haga la profesión sin violencia o miedo grave o dolo.

5º. Que sea expresa.

6º. Que la reciba por sí mismo, o por otro, el Superior legítimo según las constituciones.

2. Más para la validez de la profesión perpetua, sea solemne o simple, es preciso, además, que haya precedido la profesión simple temporal, a tenor del canon 574.”

Tal era el derecho vigente al tiempo en que Madre Clara María iniciaba las admisiones de candidatas a la Comunidad de Carmelitas de Belén; ciertamente en muchas de las admisiones no se observaron estas normas, sea porque no se conocían, cosa comprensible en plena I Guerra Mundial, sea porque la estructura jurídica de la Comunidad como un Instituto

Religioso de Votos simples no estuviera tan clara. En todo caso, la misericordia campeaba en aquellas primeras admisiones abriendo las puertas de la vida consagrada a quienes en otros institutos posiblemente, por su propia legislación, no serían admitidas.

Esa fue también la idea de San Francisco de Sales y Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal al fundar la Orden de la Visitación, que muchas mujeres, incluso viudas, Santa Juana Francisca lo era, o de frágil contextura física pudieran consagrarse a Dios en la vida religiosa.

Srita. Gumersinda Barreto, ingresa el 20 de agosto de 1918, tenía 10 años de edad. Ingresa al Postulantado el 16 de julio de 1919, recibió el hábito el 6 de enero de 1921 y emitió los votos religiosos el 8 de diciembre de 1922, en Santa Tecla. Tomó el nombre de **Sor María Magdalena del Sagrado Corazón** y fue una de las biógrafas de Madre Clara María de Jesús. Falleció santamente el 4 de julio de 1985.

Srita. María de la Luz Aquino. Es recibida en la Comunidad de Carmelitas de Belén el 1 de febrero de 1919. El 19 de marzo da inicio al Postulantado y viste el hábito el 18 de enero de 1920. Profesa los votos religiosos en 1921, tomando el nombre de **Sor Genoveva del Buen Pastor.**

Es autora de una hermosa biografía de Madre Clara María de Jesús y depositaria, en su tiempo, de muchos de los recuerdos de la santa fundadora. Murió el 24 de octubre de 1964.

Srita. Petrona Úrsula Amaya. Ingresa a la Comunidad el 1 de marzo de 1919, inició el Postulantado el 1 de agosto de 1921 y recibió el hábito del Carmen el 8 de diciembre de 1922. El 1 de enero de 1925 hace su profesión religiosa tomando el nombre de **Sor Paula del Divino Salvador.** Llegó a ser Superiora General de la Congregación.

Falleció el 29 de noviembre de 1967.

Srita. Julieta López, ingresó el 28 de diciembre de 1919. El 1 de enero de 1923 da inicio al Postulantado, toma el hábito religioso el 14 de octubre de 1923 y profesa el 19 de marzo de 1926.

El allegar vocaciones, es decir el dinamismo vocacional, es un elemento fundamental para cualquier Instituto de Vida Consagrada, ya que es la única forma de garantizar de cara al futuro la supervivencia del Instituto y su carisma en la Iglesia.

Los institutos que pierden el atractivo vocacional están condenados a morir, de la misma forma que si pierden el impulso fundacional impreso por sus fundadores. Hasta aquí hemos visto como en un momento determinado, Madre Clara María se da cuenta que es necesario para su Comunidad recibir nuevas candidatas, de manera especial jóvenes, que continúen la obra iniciada por ella y sus primeras compañeras cuando falten.

Esta decisión de Madre Clara María no se aceptó sin tensiones en la Comunidad, sobre todo para las hermanas mayores a quienes la convivencia con hermanas jóvenes les resultó difícil debido a las naturales diferencias generacionales. También Madre Clara se había dado cuenta que las postulantes que son mayores en edad, sobre todo las viudas, son más difíciles de formar en las actitudes y disposiciones espirituales y comunitarias que exige la vida religiosa, porque sus personalidades están ya cristalizadas.⁴⁶

La tradición de la Congregación atribuye la decisión de Madre Clara María de abrir las puertas de su Comunidad a jóvenes aspirantes a un hermoso sueño tenido en esta época:

La Madre Genoveva del Buen Pastor lo narra de la siguiente manera: *“Empezó, pues, aquella mínima comunidad a trabajar por sustentarse y recibir niñas para enseñarles las primeras letras. En su gran humildad no pensaba en que sería fundadora de una comunidad numerosa (Sus palabras: yo quería que nos muriéramos aquí las cuatro viejas), pero una noche soñó que se hallaba en medio de un gran llano cubierto de hierba, sus límites se perdían en el horizonte, cerca de ella vio una campana suspendida entre dos postes, se llegó a ella una religiosa carmelita en quien reconoció a Santa Teresa, y le señaló la campana, indicándole que la tocara, obedeció y al momento aparecieron por cuatro puntos cardinales una multitud de aves de toda clase, desde gallináceas,*

⁴⁶ Al comenzar el año 1920 habían ingresado 15 hermanas a la Congregación de Carmelitas de San José. De las 15, 4 hacen abandono de la Congregación y una fallece, de manera que permanecen 10 hermanas en el convento de Belén. De las 10, dos pasaban de 60 años y tres de 55, una tenía 49 años y otra 39.

zancudas y cantoras, y veía un cuervo. La rodearon muy contentas y ella las acarició.

Entonces conoció que era voluntad de Dios recibiera a las Señoritas que empezaran a solicitar. Pero, ¿Qué condiciones impondría?: solamente el deseo de perfección. En mi comunidad, decía, no se excluirán ni pobres, ni ignorantes, ni naturales, ni ilegítimas. Será una Congregación especial donde entrará toda la que quiera salvar su alma. Este será el asilo de las que, por cualquier motivo, no siendo ella culpable, la haga rechazable en otras comunidades. Solamente viudas, ésta es la última.

Respecto de las ilegítimas decía: no tienen ellas la culpa, y yo conozco hasta sacerdotes, y muy santos por cierto, pero vivían mal sus padres. Las recibía hasta que se casaban. Aquel noble y caritativo corazón que sabía de pobreza y abandono, consideraba. El celo por la gloria de Dios y santificación de las almas la llevaba hasta el heroísmo.”

Orando su propio sueño, Madre Clara María de Jesús llega a la conclusión que Dios quiere que abra las puertas de la comunidad a las jóvenes que quieran seguir a Jesús en el instituto que ella está fundando. En el sueño, además, hay una promesa: que a su Instituto, vendrán mujeres de todas partes del mundo que alegrarán la casa de Dios con la hermosura de su canto, pero que entre ellas también vendrán personas de no recta intención que podrían dañar la obra de Dios.

Como San José, pronto y diligente en la obediencia, Madre Clara María no dilata en cumplir con la voluntad que Dios le ha manifestado por medio de un sueño: *“Después de esto derramaré mi espíritu sobre toda carne y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas, y vuestros ancianos tendrán sueños; y vuestros mozos verán visiones. Aun sobre vuestros siervos y vuestras siervas derramaré mi espíritu en aquellos días.”*⁴⁷

⁴⁷ Joel 2, 28-29.

CAPÍTULO XVI.

Para el Terremoto de 1917.

El Salvador es un país que se encuentra ubicado en el cinturón de fuego de la tierra y el movimiento de las placas continentales de sus costas en el Pacífico hace que los terremotos hayan sido frecuentes a lo largo de su historia conocida. Los antiguos españoles llamaron al valle en donde se fundó la Ciudad de San Salvador, Valle de las Hamacas, debido a la frecuencia de los fenómenos sísmicos.

La ciudad de San Salvador ha sido destruida varias veces por terremotos. El historiador Don Jorge Lardé y Larín escribe: *“Cuando se procede a examinar el registro de las ruinas tectónicas y volcánicas, que han hecho tristemente célebre al valle de San Salvador, bautizado por los españoles del siglo XVI con el plástico nombre de “Valle de las Hamacas”, se comprende que en todo Centroamérica, no hay una región más sometida que ella a hondas y destructoras perturbaciones geológicas.*

Los terremotos del 23 de mayo de 1575, 21 de abril de 1594, 1625, 3 de noviembre de 1658, 1707, 6 de marzo de 1719, 2 de febrero de 1798, 1806, 10 de agosto de 1815, 7 de febrero de 1831, 1 de octubre de 1839, 16 de abril de 1854, 19 de marzo de 1873, 7 de junio de 1917, 28 de abril de 1919 y 3 de mayo de 1965, han destruido total o casi totalmente la capital de los salvadoreños o bien causado daños de consideración, como ocurrió con el último, más que un macrosismo, un terremotito si lo comparamos, por ejemplo con los de 1854 y 1853.”

El 7 de junio de 1917, una tremenda erupción del Volcán de San Salvador o Quetzaltepec, acompañada de numerosos movimientos sísmicos, causaron gran destrucción en la ciudad de San Salvador y poblaciones aledañas.

La ciudad de Santa Tecla también sufre numerosos daños y, una vez, más el vetusto Convento de Belén resulta afectado por los convulsos movimientos telúricos que duraron desde la siete de la noche del jueves 7 de junio, Jueves de Corpus Christi, por cierto, hasta las siete de la mañana del día 8 de junio. San Salvador y sus habitantes no habían conocido horror más grandes.

“El volcán de San Salvador -escribía en 1883 el sabio Dr. David J. Guzmán- está totalmente extinguido...’ y por tal era tenido por todos los tratadistas de principios del presente siglo.

A fines de mayo y albores de junio de 1917 se sintieron, en el Valle de las Hamacas, muchos temblores cuyos epicentros, según los registros sismográficos, acusaban diferentes orígenes y los cuales, ciertamente, en manera alguna alarmaron a los capitalinos.

Sin embargo, el 7 de junio de 1917, después de celebrarse la fiesta de la Institución de la Eucaristía (sic), las poblaciones circunvecinas al volcán de San Salvador sintieron los efectos destructores de un terremoto que ocurrió a las 18 hs. 55 m. 30 s. y que echó en tierra a Armenia y causó grandes daños en Sacacoyo, Tepecoyo, Ateos y otros lugares situados en el borde de la gran falla que se extiende a lo largo de la cadena costera desde Caluco hasta el desagüe de la laguna de Ilopango.

A partir de dicho megasismo, la tierra continuó en movimientos discontinuos y de diversas intensidades; pero a las 19 hs. 30 s. se produjo un espantoso terremoto que derribó casas y edificios públicos y religiosos, sembrando el natural pánico en las poblaciones comarcanas al Volcán de San Salvador....”⁴⁸

La vida de la Comunidad Carmelitana de Belén transcurría plácida en su cotidianidad aquel día 7 de junio de 1917. Habían participado con gran devoción en la Procesión del Corpus, y, por la tarde, tras una recreación especial, se dedicaban a sus ocupaciones habituales.

Un hecho extraordinario, sin embargo, ocurre en Belén, una hora antes que comenzara la ruina; Madre Clara María, envía a uno de los empleados de la

⁴⁸ Jorge Lardé y Larín, *Op.cit.*, 123-125.

casa a comprar una velas, en previsión a que conocía de manera sobrenatural que iba a faltar la energía eléctrica y además tuvo conocimiento que a ninguno de los habitantes de aquella santa casa le iba a pasar desgracia alguna. Es Madre Magdalena Barreto, testigo de los hechos, la que nos narra el suceso:

“El 7 de junio, antes del terremoto, como a las seis de la tarde, le dijo al joven que estaba en la casa: ‘andá a traer dos cajas de candelas, venís pronto.’ Y a nosotros nos dijo: ‘hoy no vayan a echar ceniza a los zompopos. Aquí tienen que estar dentro.’ Faltando un cuarto para las siete empezaron los temblores y ocupamos las candelas que mandamos traer.

¿Quién le dijo a Madre Clarita que iba a haber un terremoto? El Espíritu Santo la iluminó para que hiciera ese milagro y todas las madres observaron ese milagro.”

Los destrozos que el terremoto causó al convento y capilla de Belén fueron grandes. M. Magdalena Barreto, completa su narración:

“En el primer temblor cayó una parte de la Iglesia y el Santísimo quedó enterrado. Como a las dos de la mañana llegaron los Salesianos a llevarlo, lo desenterraron, porque estaba bajo los escombros y Madre Clarita con las madres y nosotras en el jardín de las azucenas, arrodilladas cantando fuerte: Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Dios Inmortal, libranos, Señor, de todo mal, etc.

Se terminaron los temblores fuertes como a las cuatro de la mañana. Otro día, todas desoladas pero haciendo la voluntad de Dios. El convento quedó en ruinas, inhabitable; entonces los Gallardos, familia de Madre Clarita, nos dijeron que pasáramos a la casa de Utila (que era nueva) mientras arreglaban la casa de Belén. Creo regresaron a fines de septiembre de 1917.

En aquella tremenda necesidad en la que se encontraban Madre Clara María, su comunidad religiosa y las niñas que atendían, vinieron en su socorro su hija Doña Carmen y su yerno Don Recaredo Gallardo. Ya hemos oído hablar de la finca “Utila”, situada en los alrededores de Santa Tecla y de la casa que en ella había construido Don Recaredo para su es

esparcimiento y el de su familia. Viendo el ruinoso estado del Convento de Belén y del peligro que representa para sus moradores, ofrecen a Madre Clara que se traslade con la comunidad y las niñas a aquella casa campestre, mientras se reparan los daños causados por el terremoto.

Madre Clara María acepta sin vacilaciones y permanece en Utila hasta el mes de septiembre aproximadamente.

Mientras habitaban en Utila, en donde gracias a la generosidad de su hija Carmen no les faltó nada de lo necesario, Madre Clara viajaba con frecuencia al Convento de Belén, acompañada por algunas hermanas y niñas, de las más grandecitas, para vigilar que no fueran a robar las cosas que allí habían dejado y limpiar un poco los escombros en orden a la reconstrucción de la casa-convento que ya había decidido la Fundadora.

“La Reverenda Madre –dirá la testigo Doña Inés Flores del Valle- aun bajo los aguaceros venía con las niñas mayorcitas a sacar ripio y ordenar los reparos que debían hacerse. A los pocos meses volvieron a habitar aquel sagrado recinto y reanudar las clases.”

Las reparaciones que se hicieron fueron sólo las necesarias para volverlo seguro y habitable, pero había todavía una inmensa tarea por delante, sobre todo la de reconstruir la Iglesia que había sido gravemente dañada por el seísmo.

Aun en medio de tragedias como ésta, hay quienes quieren sacar ventaja de la situación. Resulta que el Párroco de la Iglesia de La Inmaculada, **Don Manuel Bedriñana y Martínez**, cuyo templo también ha resultado dañado pide a Madre Clara María que le entregue los materiales de construcción de la Iglesia de Belén que no han resultado dañados para poder reparar cuanto antes la iglesia parroquial.

Madre Clara María, como antes con la casita del Carmen, accede a la petición del Párroco, que es la autoridad eclesiástica local, y que cuenta con más medios para realizar la obra, y éste manda a sus peones a recoger todo el material aprovechable que quedaba del templo de Belén.

La conducta del Clérigo llega a oídos del Arzobispo Pérez y Aguilar, quien justamente indignado le manda devolver todo lo que indebidamente ha tomado.

El sacerdote intenta justificarse ante el Arzobispo, afirmando que los materiales los tiene en depósito, sin embargo, en carta a Madre Clara María afirma que los necesita para reconstruir cuanto antes el dañado templo de la Inmaculada.

El Arzobispo, Mons. Antonio Adolfo Pérez y Aguilar, consciente de la necesidad en que se halla la Comunidad de Carmelitas de Belén, decide, con su Cabildo de Canónigos, dar a Madre Clara María una pequeña ayuda para reconstruir el convento y la iglesia de Belén.

Es muy noble la preocupación del Sr. Arzobispo por ayudar a las comunidades religiosas de su Arquidiócesis y muy loable la distribución que hace entre ellas de las pocas ayudas que recibe. El Cabildo Catedralicio decidió en la sesión del 18 de julio de 1917:

“...Que las limosnas recaudadas y las que vinieren se distribuyan por partes alícuotas entre la Catedral, Colegio María Auxiliadora, Instituto Don Bosco, de esta ciudad; San Antonio, Belén, Colegio Santa Inés y Casa Seminario en Santa Tecla. Respecto al templo de Belén se dispuso, por ahora, se haga una ermita provisional y se guarde la madera del templo caído.”

Por su parte Madre Clara María escribe al Ministro de Beneficencia, **Dr. Juan Francisco Paredes**, solicitando un subsidio mensual de ciento cincuenta pesos (\$ 150.00) ***“porque ha tenido que luchar para reparar el edificio que quedó en completa ruina a causa del terremoto del 7 de junio de 1917, no habiendo sido posible hasta el presente levantar los tapias que lo circundan para garantía de las niñas.”***

Esta carta es del año 1919, lo que supone que han transcurrido casi dos años desde el terremoto y Madre Clara María no ha logrado aun concluir las reparaciones de la Casa de Belén. No conocemos tampoco respuesta por parte del Ministro de Instrucción Pública y Beneficencia.

Los muros que rodeaban la casa-convento de Belén no se llegaron a levantar sino hasta el año de 1925 gracias a un ingenioso trato de la Superiora de Belén con la Municipalidad de Nueva San Salvador. En conversación con **Don Paulino Cea Campos**, Alcalde de Santa Tecla, Madre Clara le hace patente la necesidad de levantar los muros del Asilo de Belén para seguridad de las religiosas y las alumnas, pero que debido a la carencia de recursos de la Comunidad, le sugirió que pusiera la Municipalidad la mano de obra y el convento de Belén los materiales. El Alcalde, a su vez, propone a Madre Clara María que para alinear la calle frente al templo, la Iglesia done a la Municipalidad una pequeña franja de terreno en forma de martillo, de 2 y 3 varas de ancho que *“da muy mal aspecto al mismo atrio y reduce notablemente la calle.”*

“Hija obediente de la Iglesia”, como ella misma se llamó, acude al Arzobispo de San Salvador para obtener permiso para efectuar el contrato con la Municipalidad. El Prelado obsecuente con la religiosa le concede la licencia necesaria, no sin antes consultar al Párroco de la Inmaculada Concepción.

“A solicitud de Sor Clara M. de Jesús, y con informe favorable del Párroco de Santa Tecla, cedemos a la Honorable Municipalidad de la misma ciudad el terreno que forma un martillo de dos y tres varas de ancho en el extremo del atrio de la Iglesia de Belén, para alinear la calle, en cambio de la mano de obra del trabajo de los tapiales que dan a la calle del Hospicio de Belén, que será por cuenta del Honorable Municipio, según lo ha ofrecido. Comuníquese.

El Arzobispo,

Por su mandato.

Rafael Vela. Notario Eclesiástico.”

En su empeño por reconstruir la casa-convento de Belén, Madre Clara María, no sólo invirtió las pocas ayudas que le dieron, sino casi la totalidad de su propio patrimonio. Así lo afirma ella misma en su Testamento:

“Que, además, tiene derecho la compareciente a la suma de seis mil colones, poco más o menos, que de su propio peculio ha sido invertida en la reconstrucción del referido Asilo de Belén, o sea la casa y sus dependencias, así como algunos muebles al servicio de la misma casa, en cuya reconstrucción se ha invertido una suma mucho mayor, pero el excedente de los seis mil colones los ha tomado prestados la otorgante y aun existe pendiente una deuda a favor de varias personas que asciende más o menos a cuatro mil colones; todo según consta de los libros llevados al efecto hasta el año próximo pasado inclusive, pues en el corriente año, se ha abierto nueva cuenta.”

Además de la preocupación por reconstruir la parte de la casa y convento que había derribado el terremoto, Madre Clara María tiene la grave preocupación de reconstruir la Iglesia de Belén. Este templo había sido erigido en Parroquia por Monseñor Pineda y Saldaña, siendo sus párrocos los Presbíteros **Juan Menéndez, Manuel Velásquez, Lucas Nerio y Juan J. Bernal**. En tiempos de Madre Clara, como hemos visto, era una iglesia filial de la Parroquia de la Inmaculada Concepción.

Pocos días antes del terremoto, el 2 de junio de 1917, el Arzobispo de San Salvador, Don Antonio Adolfo Pérez y Aguilar, nombra al P. José María López Peña como Capellán de la Iglesia Filial de Belén. Hasta aquí esta figura tan importante en los orígenes de la Congregación de Carmelitas de San José había permanecido como casi oculto, a pesar de que el 11 de diciembre de 1916 el mismo Arzobispo lo había nombrado para que confiriera el hábito a las novicias.

“Palacio Arzobispal, San Salvador 11 de diciembre de 1916.

Siendo necesario nombrar, para vestir el hábito, una vez evacuadas las canónicas formalidades de la Curia, un Director de las Hermanas Terceras de N. Sra. del Carmen, que habitan en la casa de Belén en la ciudad de Santa Tecla; por las presentes acordamos nombrar al Señor Pbro. Dr. D. José María López Peña, para el efecto mencionado únicamente, Director de dichas Hermanas Terceras, mientras no llegan de Roma las facultades necesarias. Comuníquese.”⁴⁹

⁴⁹ AHASS, Libro Copiador de Acuerdos, Años 1915-1926, pág. 59.

Extraña que, a un hombre tan espiritual y teológicamente competente, como es el P. López Peña, el Arzobispado quiera mantenerlo al margen de la fundación de las Carmelitas. En el acuerdo anterior se le nombra Director de las Hermanas, pero sólo para el efecto de presidir la vestición del hábito.

El nombramiento del P. López Peña como Capellán de Belén ocasionó un serio disgusto al Párroco de la Inmaculada Concepción, Don Manuel Bedriñana y Martínez, que veía en tal designación una intromisión en su jurisdicción parroquial. Al final, después de una bizantina y canónica controversia entre el Párroco y el Promotor Fiscal de la Diócesis, **Don Vicente Martínez Lemus**, que tiene como consecuencia la renuncia de Don Manuel a la Parroquia de Concepción, el P. López Peña no acepta el nombramiento.

En todo caso, el P. López Peña, hubiera sido una ayuda invaluable en la reedificación de la Iglesia de Belén, si el enojo del Párroco no le hubiera motivado a no aceptar el nombramiento.

Madre Clara María emprende sola la difícil obra de reconstruir el templo de Belén. Por mandado del Arzobispo se construye, provisionalmente, una ermita de madera. El 13 de octubre, solo unos meses después del terremoto, el nuevo Párroco de la Inmaculada Concepción, **Don Salvador Revelo**, solicitó la licencia del Arzobispo para bendecir el pequeño oratorio:

Cinco días más tarde, el Secretario del Arzobispo transmite al P. Revelo las licencias pedidas al Arzobispo e indica que para la bendición ha de seguirse el Ritual del Arzobispado. Además lo faculta para que en la humilde capilla de madera se conserve el Santísimo Sacramento.

No hay constancia de la fecha en la que se realizó la bendición de la capilla provisional. Es probable que se realizara el mismo día 15 de octubre, fiesta de Santa Teresa de Jesús.

Madre Clara María, sin embargo, soñaba con un templo definitivo, grande, hermoso, digno de los sagrados misterios que en él se celebrarían. Corría el año de 1923.

En aquellos tiempos estaba de moda que algunos edificios eclesiásticos y civiles se edificaran conforme a la técnica inglesa de lámina de hierro y madera. Un ejemplo de este tipo de arquitectura es la actual Basílica del Sagrado Corazón de Jesús en San Salvador, la casa que fue del célebre escritor Don Arturo Ambrogi . etc.

A través de los Sres. Mugdan, Madre Clara obtiene una cotización de una iglesia pre-fabricada de hierro y madera, importada de Inglaterra, cuyo costo sería de cinco mil quinientos dólares (\$5,500.00), unos once mil colones, incluidos los gastos de traslado al Puerto de La Libertad. Pero, ¿de dónde obtener tanto dinero? Si aun le estaba siendo muy difícil terminar la restauración de la casa-convento de Belén.

Confiada de manera absoluta en la Providencia, piensa en una casa, situada en el Barrio Nuevo de Santa Tecla, que la Srita. Pilar Velásquez había dejado en su testamento para la Casa de Belén; pero no planea venderla, sino en rifarla, a modo de obtener de ella los máximos beneficios: 12,000 colones, justo lo necesario para cancelar los materiales para el templo y un poquito más, para la mano de obra.

Como acostumbra, no da un paso sin consultarlo con las autoridades eclesiásticas, primero el Párroco, Don Salvador Revelo, luego el Arzobispo de San Salvador y su Cabildo.

El Arzobispo Pérez y Aguilar, hombre prudente y sensato, consulta la petición de la Superiora de Belén, en primer lugar con el Párroco de la Inmaculada Concepción de Santa Tecla, con su Consejo de Administración Arquidiocesano y, finalmente, con el Cabildo. Todos, sin oposición, dan su voto favorable al proyecto de Madre Clara María que, aunque riesgoso como lo es toda rifa, confían que fieles y pueblo en general de Santa Tecla lo apoyarán con interés.

El día 25 de mayo de 1923 emite un decreto por el que faculta a Madre Clara María a rifar la casa en cuestión:

“Palacio Arzobispal, San Salvador, mayo veinticinco de mil novecientos veintitrés.

Vista la anterior solicitud de Sor Clara María de Jesús, Superiora del Asilo de Belén en Santa Tecla; oídos los informes del Señor Cura Párroco de Santa Tecla, del Consejo de Administración Diocesano y del Venerable Cabildo Eclesiástico; leído el testamento otorgado por la Srita. Pilar Velásquez y haciendo uso de las facultades que nos concede el derecho en el canon 1515, 1, por el presente decreto concedemos a Sor Clara María de Jesús permiso para rifar por la suma de (\$12,000.00) doce mil colones la casa que fue de la Señorita Pilar Velásquez y que está situada en Santa Tecla, para emplear esa cantidad en la construcción de la Iglesia de Belén.

+ El Arzobispo.

Por su mandato.

J. Rutilio M. Montalvo.

Canónigo Secretario.

Transcrito a Sor Clara María de Jesús con fecha 28 de mayo de 1923. Conste. Montalvo."

Todo estaba listo, los permisos concedidos, sólo se trataba de echar a andar la rifa de la casa y, sin embargo, nunca se llevó a cabo. En la transcripción del Decreto del Arzobispo Madre Clara María escribió de su puño y letra: *"Esta rifa no se efectuó. (f) Sor Clara María de Jesús. R.C."*

Nunca sabremos las razones de esta decisión sorprendente de la ilustre Fundadora. Ella no llegó a ver nunca el templo de Belén reedificado.

CAPÍTULO XVII.

Salvad esas Almas.

En la Teología de la Vida Religiosa se suele distinguir entre el ser y la misión de la misma, sin que ello signifique, por supuesto, una escisión de su unidad. El ser tiene que ver con la vida religiosa como consagración de la totalidad de la persona a Dios “sumamente amado”; la misión significa el apostolado que dicho instituto está llamado a desempeñar dentro de la Iglesia, la necesidad evangelizadora que se supone satisfecerá. El ser y la misión se implican mutuamente, de forma que ambos integran el llamado carisma del Instituto, su misión específica.

Desde el primer momento, Madre Clarita, es consciente de su llamado y el de sus hermanas al servicio de las niñas abandonadas o en peligro social de corrupción, la formación integral de las niñas pobres es la misión de las Carmelitas de San José. Así lo establece desde su “Reglamento de 1915”, el primer intento por parte de la Madre de recoger de manera escrita el carisma del Instituto:

“Con el fin principal de servir a Dios nuestro Señor y a su Santísima Madre, Nuestra Señora del Carmen, y ayudar, en cuanto sea posible, a nuestra Madre la Santa Iglesia, representada por nuestro Dignísimo Prelado el Sr. Arzobispo de esta Arquidiócesis, se fundará

1º. Una escuela externa para niñas pobres, para enseñanza primaria y, sobre todo, el catecismo de la Doctrina Cristiana; y se organizará, al mismo tiempo, talleres de los oficios más necesarios, para que puedan más tarde ganarse la vida honesta y honradamente, como son: lavar, aplanchar, cocinar, coser, zurcir, bordar, hacer flores, trabajar la cera, el pelo, etc.”

La misma idea recogen los Estatutos aprobados por el Sr. Arzobispo de San Salvador en 1916.

“Artículo 10º.

Las escuelas, tanto de internas como de externas, a las cuales la comunidad consagrará especiales cuidados y esmero, tienen por fin principal formar el corazón de las niñas, inculcándoles el santo temor de Dios, el aborrecimiento del pecado y el amor de la virtud; y se les enseñará a leer, escribir, contar, coser, bordar, hacer flores, lavar, planchar, cocinar, etc., y se les explicará la doctrina cristiana de modo que comprendan su sentido. Pagarán, las que puedan, la pensión que se establezca y serán admitidas gratuitamente en una u otra escuela las desvalidas que la casa pueda sostener.”

Lo anterior hemos de entenderlo como formando parte de la opción de Madre Clarita por la mujer, y, en especial, por la mujer marginada, en este caso por la niña marginada.

Cuando la Ilustre Fundadora llegó al Convento de Belén, cuentan las crónicas, que habían quedado allí unas tres niñas que no fueron trasladadas al “Adalberto Guirola”; eran de las mayorcitas y más formales, anotan. Con esas niñas comenzó a concretar el aspecto principal de la misión de las Carmelitas de San José en la Iglesia.

“Las primeras niñas que recibió Madre Clarita, todas pagaban, porque había necesidad, unas pagaban 25 colones mensuales, otras 30.00 colones, otras 10.00 y otras hasta cinco, por hacerles el bien.

La idea de Madre Clarita, sin embargo, no era cerrar las puertas de su casa a nadie, es más las quería muy abiertas sobre todo para las niñas pobres, pues se trataba en el fondo de salvar sus almas enseñándoles a vivir con dignidad. *“La madrecita pensó en recibir jóvenes para que aprendieran y ayudaran en los talleres; éstas las traían sus padre de familia y si venían de los pueblos se pedía recomendación a los párrocos de los pueblos de donde eran, no se recibía a cualquiera, a estas niñas se les daba clases de noche, recibían religión y moral, estaban juntas con las que pagaban.”*

Con las niñas del internado Madre Clarita también ejerció su función de madre: *“La Madre quería a todas las niñas, no le gustaba que las trataran mal, a las hermanas asistentes les decía que no les pegaran, si había alguna que no se portaba bien, que se la mandaran a ella y las castigaba y si la falta era grave ella les pegaba y les decía, aquí las estamos formando y no podemos dejarles pasar nada.”*

María Victoriana Alfaro, fue una de las jóvenes que estuvieron con Madre Clarita en aquellos primeros años: *Tenía cinco años de haber fundado Madre Clarita cuando yo llegué, tenía la edad de 17 años, un seis de agosto. Había bastantes postulantes, yo llegué de alumna con mi hermana Carmen, que ya falleció. Trabajé bastante en los talleres de panadería y cocina, pero más en cocina, la jefe era Madre Carmen. Lo que he aprendido me ha servido de mucho.”*

Sofía y Leonarda fueron dos niñas pobres admitidas en Belén como educandas, por Madre Clarita, donde vivieron largos años, hasta su muerte. **Sofía Águeda Uceda**, describía así su estancia en Belén:

“Yo estuve aquí en Belén desde los once años. Madre Clarita fue la que me recibió. A los tres meses de estar aquí me comenzó a dar temperatura y me decía que era el cambio de clima. Me dio un frasco de osomulsión, yo la botaba; después me lo quitó y yo llegaba todos los días para que me diera la cucharada, me daba sopa de espinaca y un huevo crudo en la noche; me llevó donde el doctor Godofredo Arrieta, él recetó unas inyecciones tomadas, ella también tenía el cuidado de darme una copita de la medicina y sacaba una almohada de su celda para que me recostara y así pasarme la reacción, era muy primorosa.....Madre Clarita era muy caritativa, alegre, activa y graciosa. Todas nosotras le decíamos ‘madrecita’.

Cuando tenía como quince días de haber llegado aquí a Belén, Madre Dolores, me mandó lavar la ropa. La madrecita no quiso que fuera, porque en la lavandería había dos niñas que estaban muy despedidas, porque tenían malas conversaciones y me mandó a limpiar trigo.

Las niñas que se quedaban por la noche en los talleres, la Madrecita les daba semita para que no tuvieran hambre.”⁵⁰

Los testimonios con respecto a la caridad entrañable de Madre Clarita con las niñas pobres son abundantes. La Srita. Isidra Menéndez afirma: ***“Recogía a las niñas necesitadas y se desvivía por ellas.”***

Y la **Madre Macrina de Jesús** dice que ***“La característica de la Madre fue la caridad con las niñas huérfanas y desamparadas.”***

Dolores Ordóñez, por su parte, afirma: ***“Ella predicaba con el ejemplo. En el convento habían muy pocas pensionistas y si muchas niñas de caridad. A éstas les daba todo, desde alimentación y ropa, hasta estudios. Nunca hacía diferencia entre unas y otras, para ella todas eran iguales, pensionistas y pobres.”***

La Srita. Dolores Ordóñez afirma algo esencial. En Belén todas las niñas eran iguales, tanto las pensionistas como las que estaban de caridad, no había nada especial para quienes pagaban una cuota, en todo caso módica. Esto hizo que pronto las niñas que pagaban una mensualidad fueran pocas y muchas las que se acogían al manto de la caridad de la Comunidad de Carmelitas de San José.

Victoriana Alfaro declara: ***“Lo que recuerdo es que en el tercer año, mi mamá no tenía como pagar. Madre Clarita le escribió diciéndole qué era lo que pasaba, que si era por la falta de dinero que me mandara, y así fue, ese último sólo yo estuve, me sacaba buenas notas y el certificado ella lo firmó. Dos años estuve aprendiendo oficio y un año que estudié.”***

La formación espiritual era esencial en la obra educativa de Madre Clara María. Había fundado la Escuela de Artes y Oficios, pero también quiso fundar en ella la “Asociación de Hijas de María Inmaculada”, que por la imitación de la Santísima Virgen María, induce en las jóvenes socias auténticos valores morales y espirituales, con énfasis en aquellos que tienen que ver con la pureza, el pudor y el recato.

⁵⁰ Testimonio, AGCSJ, 166-A. 633.6..

El 25 de agosto de 1922, el P. Salvador Revelo, Párroco de la Inmaculada, pide al Sr. Arzobispo la erección de las Hijas de María en la casa de Belén. Posiblemente la Asociación de Hijas de María, que tiene como Patrona Celestial a Santa Inés, se inauguró en Belén el domingo 27 de agosto del mismo año, con la anuencia verbal del Arzobispo.

Por este tiempo, 1922, también tuvo Madre Clara María el proyecto de una escuela para empleadas domésticas, que era patrocinado por las Damas de la Caridad de San Vicente de Paúl, a la que ella había pertenecido. La idea era formar cristianamente a las muchachas del servicio doméstico, de modo que pudieran ser al mismo tiempo señoritas dignas y preparadas en su oficio.

El 15 de noviembre de 1922, dirige Madre Clarita la petición de autorización al Señor Arzobispo; ella siente que como Comunidad están preparadas para una segunda fundación, esta vez en San Salvador.

Después de consultar al Cabildo Eclesiástico, Monseñor Pérez y Aguilar, faculta a la Superiora de Belén para abrir una nueva casa en San Salvador cuyo apostolado principal sería la formación de las empleadas del servicio doméstico. La fundación al fin no se realizó, por razones que desconocemos.

El aumento del número de niñas que la Comunidad tenía que atender, trajo consigo, como es natural, un aumento en los gastos. Es cierto que las entradas por el trabajo de la comunidad eran casi suficientes, pero había momentos en que Madre Clarita tenía que acudir a algún préstamo o donación de los bienhechores de la obra.

Bertila Alvanez, hija de una buena amiga de la Madre, recuerda las estrecheces económicas por las que algunas veces pasaba la Comunidad de Belén: *“En los tiempos que comenzaba a fundar, Madre Clarita pasó dificultades. Llegaba donde mi mamá a solicitarle ayuda para las niñas. Le tenía mucha confianza y le decía la Chus (Jesús Meza). Le contaba sus penas y sólo con ella platicaba. Cuando llevaba leña lo hacía en el delantal ayudada de las niñas.”*⁵¹

⁵¹ **Idem.**, 166-A. 633.3.

La **Sra. Jesús Meza**, de la Hermandad del Carmen, no sólo fue gran amiga de Madre Clarita, sino una benefactora de la Comunidad de Belén. En algunos apuros acudía a ella y la encontraba siempre bien dispuesta a ayudarla, cuando le era posible. La gracia de Madre Clarita y la amistad que tenía con la Sra. Meza hacía que la Madre cuando llegaba a pedir algún favor dijera: **“Vengo con vergüenza rala”**, esto es, me da cierta vergüenza, pero tengo mucha confianza.

Es muy grande el número de las niñas y jóvenes que pasaron estos años por la casa-convento de Belén y que recibieron el influjo benéfico, cultural, moral y espiritual de la Comunidad de Carmelitas fundada por Madre Clarita. Del mismo modo son inmensos los recursos económicos que fue necesario allegar e invertir en la obra.

El primer recurso, y el más importante hasta cierto punto, era el trabajo de cada uno de las miembros de la comunidad y de las educandas. Madre Magdalena Barreto nos describe con bastante detalle las actividades laborales de la Comunidad de Belén:

*“La Comunidad empezó siendo de semiclausura. Estas hermanas son después de las primeras fundadoras, las cuales comenzaron a trabajar para el sostenimiento de la comunidad. Se hacían comedias y salían actuando las postulantes. Costuras y cojines estampados a colores, también se hacían tamales (quedó la fama, sabían trabajar muy bien algunas hermanas) las vendía una señora en el zaguán, después pensaron en poner talleres, el primero fue la lavandería, ropa de los salesianos, se cocía, lavaba y aplanchaba como 170 bolsas, también ropa de los padres jesuitas, se daba ya arreglada; panadería fuerte; apiario de abejas, más de 100 barriles se vendía y transportaba a los Estados Unidos; hubo hortaliza, había un hortelano; hacía cerería, se hacían velas para vender (las hacía Teresa Quintanilla) una de las hermanas. Había taller de formas, este taller era fuerte, porque no hacían en ninguna parte, venían hasta de fuera. Había floristería, se hacía flores de las entradas para las fiestas y las que mandaban a hacer.”*⁵²

⁵² Op.cit. 8.

Estas entradas, por supuesto, no eran suficientes para satisfacer las necesidades de la Institución, para ello, Madre Clarita, con el talento financiero que poseían, buscaba otro tipo de recursos. El primero era hacer que las dotes que ofrecían las hermanas que iban ingresando, dieran los frutos civiles que eran de esperar.

Todos recordamos que en un momento dado, Madre Clara María de Jesús, quiso rifar la casa que había heredado la Comunidad de la Srita. Pilar Velásquez. Hizo bien en no hacerlo, porque, más adelante, el alquiler de los cuartos de esa casa sería una fuente de ingresos permanentes para la Comunidad. En el Libro de Cuentas de la Casa de Belén, se anota en septiembre de 1917: *“Al albañil Antonio Moreno, por partes del locutorio de Belén y un resumidero \$ 205.50 colones. Este valor fue descontado con arriendos.”*⁵³

La **Srita. Rafaela Iraheta** ingresó a la Congregación el 31 de mayo de 1921, al hacer su profesión religiosa tomó el nombre de **Sor María Mercedes de la Eucaristía**, y como dote donó al Convento una casa de su propiedad.

En una situación de grave urgencia económica a finales de 1920, la Madre Clara María se ve en la necesidad de solicitar un préstamo por valor de mil colones (\$ 1000.00), con sus correspondientes intereses. Ella pensaba que pagaría la deuda con la venta de la casa de la Srita. Pilar Velásquez, o casa del Arzobispado, como se le conocía, pero la grave crisis económica que pasaba el país, como consecuencia de la recesión económica posterior a la Gran Guerra, hacía muy difíciles y lentas este tipo de transacciones. Para solucionar la grave dificultad, escribe al Sr. Arzobispo Pérez y Aguilar para solicitar su permiso para hipotecar la casa de Sor María de las Mercedes:

“Nueva San Salvador, octubre 30 de 1922.

*Excmo. Sr. Arzobispo,
Don Antonio Adolfo Pérez y Aguilar.
San Salvador.*

Excelentísimo Señor: con todo el respeto y consideración debidas, vengo a manifestar a V. Sría Ilma. y Rvma. Que habiéndome visto en graves dificultades de fondos, a fines de 1920, y teniendo que cubrir entonces

⁵³ AGCSJ, 56. 188.3.

una cantidad que había conseguido para algunos trabajos y otras necesidades de sostenimiento de esta casa de huérfanas y niñas pobres, me vi en la precisa necesidad de tomar, con permiso verbal del Sr. Cura y Vicario Pbro. Don Salvador Revelo, a quien puse al corriente de las dificultades, la suma de mil colones al 1% de interés mensual, esperando que al venderse la casa que fue de la Srita. Pilar Velásquez, y hoy casa arzobispal, pues había obtenido de Vuestra Sría. el permiso verbal para el efecto de esa venta, la que no se ha llevado a cabo por las dificultades generales que cruzamos; hoy vengo con todo rendimiento a suplicaros, me otorguéis el permiso para gravar con hipoteca por la suma de \$ 2000.00 colones, una casa que donó a nuestra comunidad la Srita. Rafaela Iraheta, hoy Sor Ma. Mercedes de la Eucaristía, mientras que, previas las diligencias que deben seguirse en esa Curia y que la situación mejore, pueda llevarse a término la realización de aquella.

La última de vuestras hijas en Cristo,

Sor Clara María de Jesús. R.C.”

El Arzobispo concede el permiso solicitado el 31 de octubre de 1922. la casa de Sor Ma. Mercedes de la Eucaristía es hipotecada y así la Comunidad de Belén puede cancelar la deuda de mil colones y librarse de los agobiantes intereses del 1% mensual.

Pero las necesidades de Belén son muy grandes y los aprietos constantes. Estas situaciones angustiaban sobremanera a Madre Clarita que, sin embargo, se manifestaba siempre fuerte en las adversidades, como mujer abierta a la acción del Espíritu Santo. En este aspecto resulta admirable como honra siempre las deudas que tiene, así tenga que pagar con cascajo y piedra, para algo tiene que servir lo que los terremotos destruyen. Oigamos lo que cuenta la **Srita. Margarita Peña:**

“Mi tía Catarina Melara, la trató antes de ser monjita, ella le vendía queso. Yo la conocí después, esta casa la hice porque Madre Clarita se rezagó en el pago de ella y me dijo:

- Yo estoy enferma y de esta cama no me levanto. Pero el buen pagador aunque sea con piedras paga.

Y así me pagó con carretadas de piedra (cascajo), y así tuve para hacer los cimientos. Yo le vendía jabón porque ella se había hecho cargo de lavar ropa ajena.

Madre Clara era bonita, amable y caritativa.”

La **Srita. Lucrecia Cea**, bienhechora de la Comunidad de Carmelitas de San José, donó a Madre Clara María unas acciones del mercado de Sonsonate; en uno de los tantos apuros económicos por los que pasaba, se ve obligada a vender dichas acciones, naturalmente, no sin antes obtener la licencia del Arzobispo de San Salvador, sin cuyo consentimiento no da un paso, practicando por motivos absolutamente sobrenaturales la virtud y el voto de la obediencia. Madre Clara sabía que el que obedece no se equivoca.

“Con motivo de las graves necesidades en que me veo actualmente para el sostenimiento de las huérfanas y niñas pobres que están aquí a mi cargo en este hospicio y en número de 25, de las cuales unas seis reciben algunos vestidos y a las otras se les dá todo en la casa; vengo a suplicar S. Sría. Ilma. se sirva autorizarme para poder negociar del modo más conveniente posible, cuatro acciones del mercado de Sonsonate que dejó la difunta Srita. Lucrecia Cea para este establecimiento, de las que sólo existe en mi poder la constancia que adjunto, y que recogí de aquella administración el año pasado, con objeto de emplear su valor en cubrir algunos compromisos contraídos, en sostener a las mismas niñas y comprarles algunos vestidos de que tienen urgente necesidad.”

Conociendo las graves necesidades del Convento de Belén, nuevamente la autoridad eclesiástica concede su permiso para se vendan las acciones que Madre Clara posee de la Compañía del Mercado de Sonsonate.

Ha sido un elemento común a todas las fundadoras de Congregaciones dedicadas al trabajo de beneficencia con los pobres el pasar enormes dificultades para el sostenimiento de sus obras y la participación casi milagrosa de la Divina Providencia que no las deja perecer. Es el Evangelio el que enseña a confiar en el amor providente de Dios que alimenta a las aves del campo y viste a los lirios silvestres. Madre Clara María vive absolutamente confiada en las manos amorosas de la Divina Providencia y, así, a pesar de los agobios y las preocupaciones materiales,

Dios no abandona a su hija y la obra que le ha encomendado. Santa María Micaela del Santísimo Sacramento, fundadora de las Adoratrices del Santísimo Sacramento, acuñó una frase que fue verdad en su vida y en la de Madre Clarita: ***“No faltará el pan, en la casa del Sacramento.”***

A Dios rogando y con el mazo dando, dice el antiguo refrán. La confianza heroica de Madre Clara María en la Divina Providencia no hace que ella se suma en el quietismo, sino se pone a trabajar para colaborar con Dios, como un instrumento dinámico en sus manos. También a las instancias oficiales solicita ayuda para sus queridas niñas de Belén. El Gobierno y la Municipalidad de Nueva San Salvador son los destinatarios de sus peticiones.

La obra de Madre Clarita con las niñas pobres o en riesgo social no se reducía a unas cuantas clases de moral y de religión dadas de manera más o menos informal, se trataba en realidad de un proyecto global en el que se impartía lo que en aquellos años se llamaba la instrucción primaria, hasta el sexto grado, y se les enseñaba un oficio, que como expresa la “Desiderata” **“es un verdadero tesoro en el fortuito cambiar de los tiempos.”** Si las niñas internas, por lo que sabemos, eran ,en 1919, veinticinco, las externas ascenderían a unas cuarenta.

En una solicitud dirigida a la Honorable Asamblea Legislativa, Comisión de Peticiones, Madre Clarita pedía que se le asignara una cantidad de cien colones (\$ 100.00) mensuales a favor del Asilo de Belén. Al parecer la Asamblea concedió lo que ella pedía para su Asilo, pero no se hacía efectivo mediante su inclusión en el presupuesto. Debido a eso se ve en la necesidad de pedir a la misma Comisión de la Asamblea que el acuerdo de subsidiar al Asilo con cien colones mensuales se incluyera en el presupuesto de la Nación.

También el Ayuntamiento de Nueva San Salvador, conocedor de la obra de la Madre, colaboró con ella el sostenimiento del Hospicio de Belén. Es cierto que sus relaciones con los munícipes no fue siempre igual, hubo quienes la apoyaron decididamente y quienes sólo moderadamente.

Del 26 de julio de 1921, tenemos la siguiente comunicación de la Municipalidad de Nueva San Salvador.

***“Señorita Directora del Asilo de Belén:
Ciudad.***

La Municipalidad que presido, en sesión celebrada el 5 del corriente, entre otras cosas, acordó: rebajar a veinte colones mensuales la subvención de que goza la Escuela que Ud. dirige.

Lo que pongo en conocimiento de Ud. subscribiéndome su atento y seguro servidor.”

La comunicación del Alcalde supone que hasta esa fecha la ayuda de la Municipalidad era mayor de veinte colones. En 1924 (7 de enero) la ayuda se reduce aun más, a quince colones. Unos días después, 12 de enero de 1924, la Alcaldía reconsidera su decisión anterior y concede de nuevo la subvención de veinte colones para Belén. En febrero de 1925 Madre Clarita solicita a la Municipalidad que aumente la subvención, pero su petición es declarada extemporánea, no obstante se acuerda que a partir de diciembre de 1925 se aumentará la ayuda a veinticinco colones mensuales.

La Municipalidad de Santa Tecla igualmente ayuda a Madre Clarita y su Asilo con la concesión de becas a alumnas externas. El 8 de enero de 1924 concede una beca a la niña **Angelita Cativo**; el día doce del mismo mes y año se le concede una beca más a la niña **Aminta Xibalba**.

Los gastos de Madre Clarita en Belén no se reducen a los propios del Asilo y colegio de niñas huérfanas, sino también a todos los pobres, vergonzantes y no, que ayuda en su ardiente caridad, de tal manera que por sus manos pasan grandes cantidades de dinero que van a parar directamente a manos de sus destinatarios: los pobres.

En su libro “ **Salvadoreña y Fundadora, Madre Clara María Quirós, Fundadora de la Congregación de Carmelitas de San José**”, su autor, **P. Alberto Barrios Moneo**, gran conocedor de la obra de Madre Clarita, resume así los sacrificios, las renunciaciones y los esfuerzos que tuvo que realizar para solventar las necesidades de aquellos primeros años de su obra:

“Sólo Dios sabe el dinero que gasta en la obra apostólica. Nunca se muestra M. Clarita más original, más audaz, más perseverante, más

animada que en recaudar fondos para sus encomendadas. Aquí brilla hasta las nubes su talento y su poderosa voluntad.

Para ello compra, vende, trabaja, hipoteca, pone talleres, compra máquinas modernas, enseña a trabajar. Pide al Gobierno de la Nación, al Ayuntamiento de Santa Tecla, a personas particulares, a amigos y conocidos. Usa mucho de los créditos, aunque tenga que pagar altos intereses, pero salía del apuro. De tantas puertas a donde llamaba le llovían algunas ayudas que, como pobre no podía rechazar.”⁵⁴

Husmeando un poco en los libros de contabilidad de aquellos años, nos damos cuenta del talento de Madre Clarita para saber encontrar el punto justo de equilibrio entre ingresos y salidas.

INGRESOS DE LA COMUNIDAD DE BELEN DESDE SU FUNDACIÓN EN ABRIL DE 1915, HASTA DICIEMBRE DE 1928.

Lavandería	26,115. 16
Taller de Formas	9,068.89
Apiario	4,700.69
Internado	19, 399.53
Externado	1,732.22
Florería	91.25
Costurería	241.92
Donativos	12,902.00
Dotes de las Religiosas	2,882.00
Dobles	40.50
Limosnas para el Culto	943.46
Por otros conceptos menores	1,798.55
Suma	79,916.17 colones.⁵⁵

⁵⁴ (Imprenta y Offset Ricaldone, Santa Tecla, Octubre de 2003) 70.

⁵⁵ Libro de Ingresos y Gastos de las Hermanas Carmelitas del Hospicio de Belén, Santa Tecla, a 7 de enero de 1928. AGCSJ 57, 189-A. 1.

GASTOS QUE HA TENIDO LA COMUNIDAD DE BELÉN DESDE SU FUNDACIÓN EN ABRIL DE 1915 HASTA DICIEMBRE DE 1928

Alimentación	58,687.57
Vestido y calzado de Hermanas y Huérfanas.	1.099.94
Medicinas	500.29
Luz eléctrica	4,788.02
Compra de Máquinas de Lavar	910.00
Lavandería	5,644.55
Floristería	45.25
Externado	368.59
Capilla	1,584. 35
Taller de Formas	185.54
Taller de Formas *	1,769.89
Huerto	456.87
Apiario	1,503.96
Costurería	235.88
Gastos varios	235.88 *
Suma	76,246.67 ⁵⁶

Las cuentas de este libro han sido aprobadas por la **M. Isabel de San José**, sucesora de Madre Clara María de Jesús a su muerte, y por el **R.P. Fr. Plácido Elcorobarrutía**, Visitador nombrado por el Arzobispo de San Salvador, Monseñor Alfonso Belloso y Sánchez.

Al restar las salidas de los ingresos resulta un pequeño superavit de 3.699.50 colones que poseía la Congregación a la muerte de Madre Clarita.

La lectura de estas cuentas pone en evidencia la radicalidad con que se vivía la pobreza evangélica en la pequeña comunidad de Belén; el talento con que fueron administrados y utilizados los bienes que poseían, el trabajo con las propias manos como fuente principal de ingresos y, por supuesto, son una demostración de que la Providencia no falla nunca a quienes como

⁵⁶ Ibid.

Madre Clarita con una auténtica pobreza de espíritu ponen en ella toda su confianza.

Al ir escribiendo estas páginas una y otra vez ha venido a nuestra memoria una frase que la tradición de la Congregación ha puesto en labios de Madre Clarita dirigida al Santo Patriarca el Señor San José: “ **San José, no estoy bromeando, esto lo quiero ya, ya.**” La confianza en la poderosa intercesión del **Custodio del Redentor** hacían que la Madrecita acudiera a él en los momentos de angustia y, por los resultados a la vista, el Esposo de la Santísima Virgen María acudía siempre en auxilio de la Fundadora de la Congregación que lleva su nombre: Carmelitas de San José.

